

mientras
seamos
jóvenes

josé luis correa



Lectulandia

Cuando el cuerpo sin vida de una estudiante aparece en un zaguán de Las Palmas, y el supuesto asesino solicita su ayuda, Ricardo Blanco no sabe que se enfrenta a uno de los casos más complejos de su carrera. A medida que se adentra en la investigación, no está seguro de que su cliente se merezca el tiempo y el esfuerzo que requeriría librarlo de una condena que todos dan por segura.

Lectulandia

José Luis Correa

Mientras seamos jóvenes

Ricardo Blanco - 8

ePub r1.0

Titivillus 24.02.17

José Luis Correa, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Si en todas mis novelas el parecido con la realidad resulta mera coincidencia, en esta lo es mucho más. Animado por el rector de la ULPGC, decidí localizar una de las andanzas de Ricardo Blanco en mi Universidad. Y me pareció un modo de homenaje. Pido disculpas a mis colegas de la Facultad de Veterinaria por sugerir en la Ficción lo que jamás serían capaces de representar en la vida real. Y al propio rector por presentarlo como nunca ha sido. A todos ellos va dedicado este libro.

Hasta que no sonó por cuarta o quinta vez no comprendí que era el timbre del teléfono lo que zumbaba. El bisbiseo parecía venir desde muy lejos, desde otro tiempo casi. Se había entremezclado con un sueño chinchoso en el que, en blanco y negro, me venían a visitar mis muertos. Aún andaba intentando desprenderme de esa angustia pastosa cuando una voz desconocida pronunció mi nombre. Con un ojo cerrado afirmé tres veces, al revés que Pedro. Sí. Ricardo Blanco. Sí. El *famoso* detective privado. Y sí. Podía aguardar un minuto a que otra persona hablara conmigo.

Mientras esa otra persona alcanzaba el auricular (se oyó de fondo una puerta metálica que se abría y se cerraba con un ruido pesado, unos pasos que se acercaban al teléfono, una mano nerviosa que asía el aparato) me enderecé en la cama, espanté los últimos fantasmas que quedaban de la pesadilla y logré abrir el otro ojo. Miré el reloj. Pasaban dos minutos de las nueve. Demasiado temprano para un domingo. Por la rendija de la ventana se colaba un haz de luz dorada. La primavera apuntaba maneras.

Dijo llamarse Jorge del Amo. Dijo ser profesor de patología animal. Dijo no ser un héroe pero tampoco un villano. Había sido objeto de una encerrona, de una tremenda injusticia detrás de la cual intuía la larga sombra de alguien que quería joderlo. Me hablaba desde la prisión del Salto del Negro. Sonaba asustado, con una voz de sal que imploraba por lo que más quisiera en el mundo que no le colgara. Que lo dejara hablar hasta el final. Que, como el bolero, yo era su esperanza, su única esperanza, comprenda de una vez. Que no tenía a nadie más a quien recurrir. Que si lo abandonaba a su suerte se iba a pudrir en la cárcel. Y sí pero no. Sabía que existían los abogados pero no confiaba en ninguno. Ya había tenido suficiente ración de ellos durante su proceso de divorcio.

¿Por qué me había llamado a mí? Porque la desesperación tiene igual de osadía que la ignorancia. Uno no duda en aliarse con el mismísimo diablo para salvar el pellejo. Claro que él no creía que yo fuera el mismísimo diablo, por favor. Pero tenía que ponerme en su lugar. Estaba desesperado hasta decir basta. Lo acusaban de un crimen abominable. Con solo imaginarlo daban arcadas. La violación y el asesinato de una de sus estudiantes. En efecto. Esa de la que tanto hablaban los periódicos y los telediaros.

Me pareció pertinente, llegados a ese punto de confidencia, recordarle al profesor un detalle con el que he tenido que vérmelas a lo largo de muchos años en mi oficio. No estábamos en San Francisco. Y yo no era Sam Spade. Según la legislación española, de los delitos de sangre (y una violación y un asesinato sonaban a mucha sangre) solo pueden encargarse la policía nacional o la guardia civil. Nadie más. En esos casos, los detectives valíamos menos que las monedas de cobre.

Del Amo era conocedor de esa norma. Ah, ¿que era una ley? Pues le daba igual el rango de la norma. La policía ya había decidido que él era culpable del asesinato de la muchacha italiana. Sí. Italiana de Sicilia. Se llamaba (tuve la sensación de que dudaba ante el tiempo verbal, como si el pasado le quemase en la boca) Paola Bortolucci. Era una alumna de doctorado ejemplar. Encantadora. Una chica preciosa con unos ojazos negros que hechizaban. Veinticuatro años espléndidos arruinados por culpa de un cabrón mal nacido.

De modo que así estaban las cosas. Del Amo sabía bien lo de la ley. Pero la ley ya lo había condenado antes de juicio. Estaba jodido. Y necesitaba a un tipo como yo. Alguien curioso, entrometido, acostumbrado a hacer preguntas. Me necesitaba como respirar. Si no para encontrar al auténtico asesino, al menos para demostrar que él no lo era. La acusación se basaba en hechos de lo más circunstanciales: la chica tenía su número grabado en el móvil, los habían visto más de una vez cenando juntos en un restaurante de Ciudad Alta y el profesor no tenía quien corroborara dónde se encontraba el catorce de marzo entre las doce y la una de la noche, hora en que, por lo visto, había muerto Paola. Mire usted qué argumentos tan científicos. ¿Acaso alguien podía corroborar dónde estaba yo el catorce de marzo entre las doce y la una de la noche? No. Aunque solo hubiera transcurrido un suspiro, yo ni siquiera sabía qué día de la semana era el catorce.

Jueves. El catorce de marzo había sido el jueves anterior. En efecto, un suspiro. Y en un mundo de ermitaños y solitarios seguro que habría cincuenta mil personas en Las Palmas sin coartada para esa noche. Seguro. Pero Paola Bortolucci no tenía grabado el número de teléfono de cincuenta mil profesores que la invitaban a cenar.

Lo oí respirar. Parecía estar pensando si no había sido la peor idea del mundo malgastar una llamada conmigo. Titubeó. Por un instante creí que iba a echarse a llorar. ¿Yo también iba a juzgarlo antes de tiempo? Ni por asomo. A mí no me pagaban por juzgar. La mayoría de las veces ni me pagaban. Me daba mucho respeto eso de jugar a Dios, eso de decidir si alguien era culpable o inocente. Menuda responsabilidad, ¿verdad? Yo me limitaba a intentar comprender. ¿A encontrar la verdad? Bueno. La verdad, como diría García Márquez, tiene más cuartos que un hotel de putas. Me daba por satisfecho si al final del caso entendía algo de lo que había ocurrido.

No le prometí nada. Le aseguré que iría en su hora de visita y escucharía todo lo que tuviese que contarme. Como él había dicho, yo era un entrometido acostumbrado a hacer preguntas. Necesitaba hacerle unas cuantas. Si no me convencían las

respuestas, le recomendaría algún buen abogado y aquí paz y en el cielo gloria. ¿El salario? Eso lo debería negociar con mi secretaria. Sí, coño. Yo no era Sam Spade ni estábamos en San Francisco pero podía permitirme una secretaria. Y que no se hiciera ilusiones el profesor. Inés era de granito para las perras, no en vano su sueldo salía de ahí.

Mientras me duchaba decidí si la llamada de Jorge del Amo había sido real o parte de la pesadilla. Nada aclara más las ideas que el agua fría. Llevaba varios días con el termo descompuesto. Obsolescencia programada, me habían dicho. Una broma de mal gusto según la cual cualquier artefacto eléctrico tiene una esperanza de vida de cinco o seis años, siete con mucha suerte. Después de eso comienza a desbaratarse, a hacer agua (en el caso de mi termo, nunca mejor dicho) por todos lados. Así te ves obligado a comprar otro. A dejarte la vida en una nueva inversión a fondo perdido. El fontanero al que llamé, un venezolano de Caracas que se ofreció de paso a arreglarme los enchufes viejos, enlosarme el piso o montarme una librería de la nada, por causas que no quiso especificar no podría venir hasta el lunes.

El caso es que mi termo (ahora que lo pensaba, sí podía decir qué estaba haciendo la noche del jueves catorce: achicando la inundación de mi cocina) había muerto el mismo día que la estudiante de doctorado. Y yo llevaba lo que me parecía un lustro duchándome con agua helada. Visto así, ya no me pareció tanta desgracia un termo roto. Paola Bortolucci hubiera dado todo por poder ducharse con agua fría.

* * *

Los domingos por la mañana son como pueblos fantasmas. O así al menos siempre me lo parecieron. Calles vacías. Un silencio apenas roto por el cambio de luz de los semáforos. Un hombre que pasea a su perro. Una muchacha que regresa de comprar el pan. Un anciano que da de comer a las palomas en un banco del bulevar. Al final uno decide que a esta ciudad le hacen falta más mañanas de domingo. Decide que vive en un mundo que anda desesperadamente necesitado de silencio. Eso también se nota el día de Navidad y el de Año Nuevo, pero solo suceden dos veces cada año.

Compré la prensa en un bazar que vende de todo, desde garbanzos de bote hasta lápices y afiladores, en la trasera de la plaza de la Victoria. Lo regenta un matrimonio chileno que habla por los codos. Su bazar tiene algo de tertulia clandestina de los tiempos de Pinochet. A veces concurre tanta gente que tienes que pedirle el periódico o el pan a través de una ventanilla junto a la caja registradora si no quieres tirarte medio día allí dentro.

Fui a tomarme el primer café a una terraza. Me atendió Lila, una italiana de boca inmensa y brazos tatuados. Recordé una conversación mantenida hacía unos meses con una traductora de francés, una muchacha de la edad de Lila que sabía distinguir entre tatuajes y *piercings*. Para la traductora, que se llamaba Adela, los primeros eran para siempre y los segundos hasta más ver. Lila, pues, era de para siempre. De no hay

vuelta atrás. De rompe y rasga.

El café sabía a grumos, a café griego. Pero se alió con la ducha fría de la mañana y me despabiló. El periódico seguía hablando de la siniestra muerte de la estudiante. Se trataba de una noticia golosa que nadie estaba dispuesto a dejar enfriar así como así. La camarera me vio leyéndola y se compadeció de su compatriota. A ese profesor había que cortarle los huevos y luego emparedarlo. Había que condenarlo a la silla eléctrica. Y cortarle los huevos también después de electrocutado por si nos hubiéramos quedado cortos de dolor. Otra que creía que estábamos en San Francisco. Le expliqué que la pena de muerte había sido abolida en España desde mucho antes de que ella naciera. La cadena perpetua estaba ya trasnochada. Y la tortura daba mal en las fotos de gobierno.

Lila apretó los dientes (compadecí a su novio, si lo hubiera) y maldijo el sistema. ¿Qué sistema? El sistema que permitía que alguien pudiera violar y matar a una chica y luego salirse con la suya y diez años mierdosos de cárcel. Le recordé dos cosas: que aún no estaba claro que el profesor fuese culpable (le daba igual; algo tendría el agua cuando la bendecían); y que en Italia gobernaba Berlusconi (lo sabía; por eso se había mandado a mudar a otro país).

Ella no conocía a Paola Bortolucci. Pero había visto su imagen en la televisión. Tenía cara de buena persona. ¿Por qué le ocurrían esas cosas siempre a las buenas personas? La contradije. También les ocurría a las malas. Pero convine con ella en que la estudiante de veterinaria (el periódico daba una fotografía de la muchacha en lo que parecía una cena de celebración con varios jóvenes de su edad) parecía agradable. A Lila le brillaron los ojos de pura rabia. Si hubiera sido fea y gorda aún seguiría viva.

La camarera fue a atender a otra mesa, la de una pareja de jubilados bajo cuyos pies un chihuahua no cesaba de ladrar al mundo. Yo me quedé dándole vueltas al pensamiento ese de que la suerte de las feas la guapa la desea. Creer que la belleza de la estudiante italiana tenía que ver con su muerte estaba a un paso de justificar el crimen. Y eso me mortificaba. Algún juez despreciable (se espera que la justicia sea ciega pero a veces debería de ser también muda) llegó a sentenciar que la violación de una adolescente era directamente proporcional al tamaño de su escote, e inversamente proporcional al de su falda, o puede que a una conjunción de ambos tamaños a un tiempo. Y no, coño, no. La muerte de Paola Bortolucci podía deberse al desenfrenado arranque de pasión de un sátiro. Pero si el sátiro tenía una historia con la víctima, ¿por qué iba a matarla? Aquel parecía un buen punto de partida.

Un silogismo. Todas las cárceles (hasta cuando se va de visita) son lugares deprimentes. El Salto del Negro (incluso con cuidados jardines y paredes decoradas por los presos) es una cárcel. Luego el Salto del Negro deprime cosa bárbara. Uno imagina la leyenda de Dante en lo alto de sus puertas: *abandone toda esperanza el que aquí entre*. Yo entré con la esperanza de hallar respuesta a algunas de mis dudas.

Lo que más deprimía era, de nuevo, el silencio. Pero otro silencio. Un eco a desaliento que solo quebraba el sonido chirriante de las puertas correderas, metálicas y frías. Tuve que cruzar cinco hasta llegar a Jorge del Amo. A un cuarto desnudo de muebles con una mesa y dos sillas también frías y metálicas. Lo peor del tránsito por aquellos pasillos eran esos tres segundos de espera entre que se cerraba una puerta y se abría la siguiente. Tres segundos en los que temías que algo fallara, que se fuese la luz o el mecanismo no funcionase y pudieras quedarte para siempre encerrado allí.

El cuarto de visita tenía dos ventanas sin barrotes más allá de las cuales podían verse una mañana azul y una montaña verde. Un paisaje capaz de volver (más) loco a Segismundo. Me figuré que lo hacían a propósito para que los presos supieran lo que se estaban perdiendo y se portaran bien para reducir condena y se lo pensarán dos veces antes de volver a delinquir. Pero la realidad era que a los presos, cuando cumplían sus penas, les aguardaba una pena mayor. Un mundo que los despreciaba, que les tenía miedo, que cruzaba la calle, el río o el desierto entero antes de tener que tropezárselos. Y paro y hambre y desconcierto. Por eso reincidían. Para volver. Fuera quedaba la noche oscura y amenazadora. Allí, en cambio, tenían aseguradas tres comidas diarias. Cobijo. Y un mundo conocido en el que se sentían iguales y amparados.

Cinco minutos después de que un celador calvo y taciturno me dejara en la habitación volvió a abrirse la puerta. Me había imaginado a Jorge del Amo de muchas maneras (alto y bajo, delgado y grueso, inocente y culpable) y aun así me sorprendió el hombre que me ofreció una mano recia y una sonrisa de circunstancias, a media boca, como el que se disculpa por sonreír con la que está cayendo. Le eché cuarenta y pocos. Alto. No demasiado grueso. Todavía no inocente. El cabello moreno con unas pinceladas grises a la altura de las patillas. Ojos claros, vivaces. A pesar de la barba de varios días y un chándal rucio de andar por casa, el cabrón resultaba elegante. Su voz, aunque algo bronca, sonaba distinguida. Me hubiera gustado saber cuál de

aquellos rasgos habría embelesado a Paola Bortolucci.

Del Amo se sentó al otro lado del escritorio, con las piernas muy juntas y los codos apoyados en la mesa. Cruzó los dedos y esperó a que yo hablara con un gesto que, luego comprobé, repetía cada vez que intentaba pensar: realizaba un molinete nervioso con los dos pulgares.

No me gusta malgastar una mañana de domingo, de manera que fui directo al grano. ¿Se estaba acostando con su alumna de doctorado? El profesor detuvo sus pulgares en el aire y giró la cabeza como si no entendiera la pregunta. La repetí. Y esa vez subí la apuesta. No le iba a admitir una mentira. Yo no era ni el juez ni su confesor ni su mujer ni era la opinión pública. A mí me daba igual que hubiera descubierto una segunda juventud al lado de la italianita o que el complejo de Peter Pan se hubiera apoderado súbitamente de él. Podía obviar los detalles. No me interesaba cuántas veces al día ni en qué posición ni siquiera por dónde. No esperaba conocer la medida de sus sentimientos. Solo si se acostaba o no con Paola Bortolucci.

Jorge del Amo estaba acostumbrado al aula. A los discursos. Necesitaba retrotraerse hasta los orígenes del mundo para explicar cualquier fenómeno científico. Así supe que la estudiante llevaba seis meses en la isla. Que había llegado con el principio del curso, la primera semana de septiembre. Que venía recomendada por prestigiosos profesores de Sicilia. Que había ganado una beca para acabar su tesis doctoral. Sobre zifios. Sí. Zifios eran cetáceos. En Canarias, sobre todo, calderones. Unos enormes y calmosos animales que sufrían los estragos del peor depredador de la naturaleza: el hombre. Del Amo bromeó con un anuncio que había visto hacía poco en el que se veía un submarinista junto a un enorme pez. Una voz en *off* decía: «Aquí pueden observar al más fiero depredador de la naturaleza»; a su lado, un pobre tiburón blanco.

Paola estudiaba las causas de la desorientación y la muerte de zifios. Tal vez yo no lo sabía pero la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria era puntera en esos estudios. De hecho la tesis era multidepartamental. Implicaba al departamento de biología marina, al de patología animal, al de física, al de tecnología. Claro. También física y tecnología. Porque los sonares de los zifios servían de modelo a la hora de dotar a los modernos buques de guerra. Y ahora, ironías del destino, esos mismos radares de última generación estaban acabando con ellos.

Paola, entonces, solía andar del tingo al tango por media universidad pero donde más tiempo pasaba era en el laboratorio de patología. Con Jorge del Amo. ¿Y el roce hizo el cariño? Sin duda. Era difícil no enamorarse de la muchacha. De su vitalidad. De su fuerza. ¿De su cuerpo joven? Por supuesto. Del Amo no era tan ingenuo para negar que también se había enamorado de un cuerpo joven. Pero era más que eso. Mucho más. Yo debía entenderlo para poder concebir su relación.

A mal árbol se arrimaba. Yo entendía poco de relaciones. Mantenía una desde hacía un tiempo con una farmacéutica guapísima, vital, fuerte, pero de casi el doble de edad que la italiana. Me limitaba a vivir ese amor día tras día como si fuera a

acabarse el mundo. Me limitaba a ser feliz. Pero ni siquiera entendía por qué Beatriz Guillén continuaba a mi lado. Así que ya podía imaginarse el profesor mi capacidad de entendimiento en amores. No obstante, aquello era trivial. Yo lo que quería comprender era quién y por qué había asesinado a Paola Bortolucci después de haberla violado.

Él no había sido. Lo juraba por la vida de su hijo. Sí. Tenía un hijo de doce años. Sergio. Y no podía permitir que el chiquillo creciese creyendo que su padre era un degenerado y un criminal. Por eso estaba pidiendo, suplicando que lo creyera. Él no había matado a Paola Bortolucci. Se acostaba con ella. En eso no me iba a engañar. ¿En lo demás? En lo demás tampoco, carajo. Era una manera de hablar. No pretendía engañarme en absoluto. Sabía que no lo llevaba a ninguna parte.

Pues se acostaba con ella desde antes de Navidad. Al principio tal vez por narcisismo. Por sentirse joven. Por el subidón que le dio el hecho de que una muchacha como Paola se hubiera fijado en él. Pero esas armas las carga el demonio y el profesor acabó enamorándose. Sí. Enamorándose. La quería con toda su alma. Había recuperado las ganas de vivir.

Se acostaban en el apartamento de él. De hecho, en el cuarto de baño la policía había hallado el cepillo de dientes y el desodorante de la italiana. Y en un cajón del ropero, su pijama y su ropa interior. Y en el bolso, las llaves de la casa de su profesor. El cepillo dental y el desodorante hubieran podido pasarlos por alto pero las llaves y los tangas cantaban hasta desafinar. No. No sabía ni le importaba si sus colegas o sus otros alumnos estaban enterados de la historia. Paola era mayor de edad. No estábamos hablando de una adolescente de instituto. Se trataba de una relación adulta. Era una chica muy madura y equilibrada. Sí. Jorge del Amo era consciente de que sonaba a tópico, a excusa trillada. Pero no disponía de otra.

La quería con locura. Era incapaz de imaginar una sola razón para hacerle daño. Mucho menos, para violarla y matarla. Se sentía feliz a su lado. Como yo con mi farmacéutica. No tuve claro si me gustaba la comparación pero preferí dejarlo correr. ¿Conocía a los compañeros de Paola? ¿Tenía ella amigos en la facultad? ¿Vivía con alguien? Lo cierto era que no estaba demasiado al tanto de la vida de su alumna. Fuera del laboratorio y del apartamento la dejaba vivir. No hacía preguntas. Odiaba parecer un novio celoso.

Paola compartía piso por las Alcaravaneras con otros dos estudiantes: una italiana y un portugués. Posiblemente ellos sí supieran que eran amantes. ¿Amantes? ¿No habíamos quedado en que la cosa iba en serio? Sí. Del Amo no había querido dar esa impresión. Había dicho amantes sin pensarlo. Perfecto. Pero a partir de ahí debería pensar siempre. Sobre todo si pensaba en voz alta.

Soy hombre que asume sus contradicciones. Y volví sobre mis pasos para contradecirme. Había afirmado que me importaba una vaina su manera de quererse. Pero, pensándolo bien, tal vez fuera importante. ¿Les gustaba el sexo duro? Del Amo pareció cogido en un renuncio. Me pidió que definiera sexo duro. Le expliqué que, a

veces, resulta conveniente realizar alguna pregunta dolorosa. Para entender al enemigo sobre todo. Sí. Allí el enemigo era la policía. Y la policía estaba convencida de que el profesor era culpable. ¿Por qué? No sería por los tangas en el ropero. Ni porque los hubieran visto cenando juntos. Quizá pensasen que aquella noche su fogosidad se había salido de madre. Que lo que empezó siendo un juego, una simulación, yo te ato y tú te dejas atar, acabó en tragedia. ¿Se les había ido la mano en uno de sus encuentros?

No. Ni entonces ni nunca. Hacían el amor sin prisas, con ternura. Paola tenía una piel muy blanca y muy sensible. Enseguida le nacían moretones. Y no era cuestión de ir escandalizando al personal, ¿verdad? Porque, aunque no se avergonzaban de su historia, pretendían mantenerla lo más discretamente posible. No. Quien la mató no la conocía. O al menos no tenía ni idea de cómo le gustaba a ella el sexo. Del Amo no pudo evitar que se le humedecieran los ojos. Hablar de ella le hacía bien. Pero pensar en la forma tan cruel, tan inhumana en que había muerto lo destrozaba. Parecía sincero en su dolor.

Me jodía desgarrarle la emoción al profesor. Pero no me gusta quedarme con nada dentro, que luego se me pudre y es peor el remedio que la enfermedad. En su defensa había alegado algo difícil de obviar. Había dicho que «ni entonces ni nunca» habían practicado sexo salvaje. ¿Eso significaba que el día que la mataron también se había acostado con ella? ¿No habíamos quedado en que no sabía dónde se encontraba el jueves catorce? Del Amo abrió las manos con las palmas hacia arriba. Jamás había afirmado tal cosa. Sabía bien dónde estaba ese día. Vaya sí lo sabía. Lo recordaba todo. Había repasado la escena tantas veces que ya le dolía. Porque si hubiera insistido en que se quedara con él, Paola aún viviría.

Almorzaron en casa. Un pisto de verduras con arroz blanco y huevos fritos. Vieron una película. Una comedia española. A ella le encantaban. Había aprendido el idioma a fuerza de películas. Hicieron el amor. Se quedaron dormidos, enredados de pies y brazos. Y sobre las siete (aún quedaba algo de luz), ella se levantó para vestirse. Él le dijo que se quedara. Que la tarde prometía. Que aún tenía más arroz y más cine español para ofrecerle. Ella le sonrió. Se acercó a la cama para besarlo. Le dijo que lo amaba. *Ti amo*. Pero tenía que irse. Había quedado con unos compañeros (la de los jueves es noche de cañas y tapas en Vegueta) y además él debía preparar una práctica de laboratorio para el siguiente día. Así que se marchó dejando un rastro de lavanda detrás. Y Jorge se quedó solo en el apartamento. Trabajando sin ganas. Lo recordaba desde el principio al fin. Lo que había afirmado la primera vez que hablamos fue que nadie podía corroborar esa coartada. Una tarde como aquella no se comparte.

Salí de allí con cierto regusto de pomelo en la boca. Por Del Amo y por mí. Por su trágico relato y mi domingo luminoso. Por su futuro crudo y mis dudas sin resolver. Por la época tan antipática que nos estaba tocando vivir. Siempre he pensado que la línea que separa la desgracia de la dicha (acabar o no en la cárcel) es tan

delgada como un hilo carreto.

En el jardín del Salto del Negro dos tipos se esmeraban en decorar un parterre dominado por una palma enana. Jugaban con parsimonia, con mimo, a combinar el rojo de las flores de pascua (no sabía que pudieran durar hasta marzo) con el blanco de las jaras y las margaritas. Uno de ellos levantó los ojos de la tierra para saludarme. Entre su mirada triste y la mía melancólica solo distaba acaso un error de juventud. Si yo me hubiera extraviado un poco más tal vez estaría ahora limando una condena a golpe de azadón. Si él se hubiera equivocado un poco menos habría montado un bar, sacado unas oposiciones a celador de clínica o alistado en las fuerzas armadas. Caprichos de la fortuna. La suerte. El azar.

Me interesé por el jardinero de la mirada triste. Le pregunté a la mujer que custodiaba la última (la primera) puerta de la cárcel. El tipo cumplía condena por varios delitos. Había entrado en un chalé de Tafira cuando pensaba que se habían ido todos. Pero quedaba alguien. La abuela. Ochenta años y un corazón tan frágil como papel cebolla. ¿Quién iba a pensar que la dejarían sola? Pues la dejaron. Y a la señora, cuando oyó que entraban en la casa, le dio un ataque tal de ansiedad que se murió del susto. Posiblemente el ladrón ni se enterara. Y lo que se llevó (bisutería, morralla de hojalata) no valía más de mil euros. Lo paradójico del caso había sido que el matrimonio que vivía en el chalé heredó una fortuna con la muerte de la vieja. Y el ladrón, doce años por homicidio culposo. Ajá. Una época antipática y el puñetero azar.

Allí dentro penaban mil veintisiete presos. En una cárcel pensada para seiscientos. No querría contarme la portera cómo se las apañaban. Un desastre. Y el caso es que quince kilómetros más al sur había otro edificio más moderno con más celdas y más sol. Sin embargo, pocos querían mudarse allí. ¿Por qué? Porque para sus familias sería más difícil visitarlos allí. Y las visitas, amigo mío, calientan más que cien soles. Antes de marcharme pregunté precisamente por las visitas. ¿Cuántas había recibido Jorge del Amo? Yo era la primera. Sí. El preso solo llevaba dos noches allí. Quizá aún fuera demasiado pronto. O no.

* * *

Se había hecho la hora del almuerzo. Entre una cosa y otra la mañana se había ido en un suspiro. Mientras conducía de regreso a casa encendí el teléfono móvil. Me llegó el pitido de un mensaje. No hice caso. Un segundo, vaya guineo. Ya se cansarían. Al tercero comencé a preocuparme, demasiada insistencia para un domingo gris. Un coche de la guardia civil me adelantó en el cruce de Hoya de la Plata. El cuarto zumbido rayó ya en las urgencias. Al carajo la multa. Me dio por hacer recuento de mis deudos. La lista cabía en una tarjeta de visita y hasta me quedaría espacio para algún garabato. Aparqué en el arcén. De cualquier forma, había perdido la concentración.

Me aguardaba una llamada de Miguel Moyano, mi socio y sin embargo amigo. Habíamos quedado a comer en El Pote. Miré el reloj. Mierda. Iba a llegar tarde. Faltaban diez minutos para las dos (Miguel y Concha habrían llegado ya, con esa manía suya de ser impuntual a la inversa) y mi socio querría asegurarse de que no había olvidado la cita. Mentí. Claro que no la había olvidado. Pero me había distraído una cuestión de trabajo. Sí. En domingo. El delito no respeta los festivos, coño. Iba de camino. Ya le contaría. ¿Beatriz? Ella iría por su cuenta. La noche anterior había tenido a sus hijos. No. No habíamos dormido juntos. ¿Una pareja moderna? Mucho. Y mejor: así nos duraría más. Eso sí. Conociéndola, aún no habría salido de su casa.

El segundo mensaje vino a confirmar mis pronósticos. Beatriz se preguntaba con una voz tan neutra que era imposible de rastrear (¿irritable?, ¿irónica?, ¿decepcionada?) dónde andaría yo a esas horas. Me pedía que la disculpara ante Concha y Miguel. Iba a retrasarse algo. Sus padres y el alzheimer que no hacía rehenes. Llevaba media mañana buscando las llaves del coche. No quise ni pensar quién padecía la amnesia.

Por último tenía dos llamadas perdidas del mismo número. Alguien desconocido que no dejó recado. Marqué. Sonó tres veces hasta que respondieron. La mujer escupió mi nombre como con asco. Ese fin de semana yo debía de ser el tipo más popular de la ciudad. Y en otras circunstancias me hubiera halagado pero llevaba prisa. Puesto que ella estaba al tanto de mi existencia, lo justo sería que se presentara. No pareció convencida del razonamiento pero aceptó el trato. Se llamaba Sara Arrocha y quería hablar conmigo sobre un asunto que sin duda me iba a interesar. No. No podía precisar más por teléfono. ¿Una pista? De acuerdo. Algo que habría de averiguar tarde o temprano. Sara Arrocha era la exmujer de Jorge del Amo. Joder. Eso no era una pista. Era un señuelo.

¿Cuándo podríamos vernos? El lunes. Por la tarde. En mi despacho. Claro que ella sabía dónde estaba mi despacho. Por lo oído, conocía muchas cosas sobre mí. Supuse que tendría culpa la prensa, siempre tan ávida de atrapar las noticias al vuelo. Esa sería la explicación. Pero aún estaba por explicarse cómo Arrocha me había relacionado tan pronto con Del Amo. Yo ni siquiera había oído hablar de él hasta esa mañana.

El almuerzo resultó algo extraño. La comida estaba sabrosa, el vino magnífico, la música discreta. Pero la conversación se hizo caótica a medida que los platos llegaban. Estuve taciturno la mayor parte del tiempo, con lo que me gané alguna broma de Miguel, la mirada reprobadora de Concha y un cabreo monumental de Beatriz porque todos teníamos problemas, ¿vale? No era yo el centro del universo, ¿vale? Y nos veíamos poco para, encima, tener que soportar mis silencios, ¿vale?

Llevaba razón en cada uno de sus vales. Me disculpé. Prometí enmendarme. Volví a tiempo de compartir con ella un mus de gofio y de participar en un debate sobre los exmaridos que no paran de tocar los huevos. Que no entienden que hay puertas que se cierran por completo. Que son incapaces de asumir que hay caminos que no tienen

retorno, que se acabó lo que se daba. César, su ex, era de esos.

¿Continuaba amenazando con llevarse a los niños? Peor. Se había atrincherado, embrutecido, dado a la práctica obscena de sobornar a los chiquillos con regalos y graciets que no hacían sino maleducarlos. Con él todo era diversión. No existían las tareas del cole ni los horarios. Y se hartaban todos de *pizzas* y hamburguesas. De tal forma que Beatriz había pasado en pocos meses de madre a madrastra de cuento. A bruja del oeste. A Cruela de Vil.

Concha vino a apoyarla con consejos que, en mitad de un almuerzo, helaban la sangre: el contraataque; la aniquilación del enemigo; la destrucción total. Si César quería sangre, sangre tendría. Las mujeres también podían luchar con artimañas barriobajeras. Pero Beatriz se negaba una y otra vez al juego sucio. Tras el ojo por ojo, todo Cristo ciego. Y César podía ser un cabrón pero también era el padre de sus hijos. Miguel amagó con intervenir pero se llevó un rapapolvo de su mujer. ¿Qué coño iba a decir él, si se pasaba el día fuera de casa? ¿Para ganar cuánto, para conseguir qué, tanto trabajo? No, bonito, no. Moyano (cuando se encabronaba, Concha lo llamaba por el apellido) tampoco era un padre modélico. Así que punto en boca.

Sentí alivio. Lo de la paternidad jamás había entrado en mis planes. Y ahora entendía por qué. Poca broma con eso. Me limité a guardar silencio. Pero la prudencia no me libró de otra bronca. ¿Para qué sirve un novio si se calla cuando más se le espera? Procuré razonar. Yo era parte del problema. Aunque quisiera, no lograría ser objetivo. Adoraba a Beatriz. De verdad. No me importaría darme de trompadas con su ex en un callejón oscuro si supiera que eso iba a resolver algo. Pero no lo resolvería. Le recordé a la farmacéutica una conversación mantenida meses atrás. Había sido ella la que me había dejado al margen. Aspiraba a solucionar sus problemas sola, dijo. Sin ayuda. Nada de príncipes salvadores ni machangadas líricas.

Sí. Yo quería ayudarla. Era más. Allí, delante de testigos, me comprometía a todo. A mudarme, con ellos, a su casa. Sí. ¿Por qué no podíamos vivir juntos? Beatriz me miró. La seriedad se le fue desbaratando. No pudo reprimir una sonrisa, Anda ya, bobilín; si acepto esa propuesta se te descompone el estómago; no te conoceré yo; tú eres un lobo solitario.

—Eso es una milonga. Lo de los lobos solitarios suele resolverse con una buena manada. No. He dicho ma-na-da. Y esa cuestión ya la resolvió Serrat.

—¿Serrat? ¿Qué pinta Serrat aquí?

—Mucho. A ti te encanta.

—¿Y?

—Que ahí tienes a *Lucía*.

—¿Y?

—Oh, padrito. Que *Si alguna vez fui un ave de paso, lo olvidé pa' anidar en tus brazos*.

Se le agotaron los Y. La logré dislocar, creo que por vez primera. Se le cuajó la

vista. Miguel llegó en su auxilio. Tomó las riendas de la conversación. Histriónico. Guasón. Puro Miguel. Se levantó de su asiento. Rodeó la mesa. Me besó, Joder, viejo, eres mi héroe; de mayor quiero ser como tú. Todos rieron. Todos menos yo. ¿En qué quedábamos? Si callaba, malo. Si me expresaba, peor.

No aclaró el horizonte. Cuando salimos del restaurante el cielo se había encapotado. Amenazaba lluvia. Y a las dudas por la extraña conversación con Sara Arrocha se le unieron el cansancio y la frustración. ¿Eran cosas mías o Beatriz me acababa de rechazar en la mesa? Cierto que yo no había formulado ninguna pregunta. Que no había acudido a la cita con un anillo de oro blanco. Que había elegido el peor momento. Pero mi oferta había sido sincera. Por primera vez estaba dispuesto a poner mi vida patas arriba por una mujer. Y esa mujer se lo había tomado a coña.

Nos separamos en la puerta de El Pote. Nuestros amigos debían volver a por sus hijos, que los tenían prestados en casa de la abuela. Beatriz esperaba quizá que le propusiera pasar la tarde juntos (nos encantaba *no dormir* la siesta hasta que anochecía y nos entraba el hambre) pero no lo propuse. No podría soportar un segundo rechazo. Me apetecía estar solo. Botarme en el sillón. Ver una película antigua. Escuchar música antigua. Aburrirme a la antigua. Como un lobo solitario.

Apagué el móvil. No quería más llamadas inoportunas. Ni personales ni de trabajo. Busqué el sofá. Me encendí un puro. Me serví una copa. Hice un barrido por la parrilla de televisión a ver qué hallaba. Era domingo. Hallé exceso de fútbol. Hasta el hartazgo. De primera y segunda. En varios idiomas. En directo y en diferido. Busqué con avidez los canales de cine. Daban tres comedias románticas. Tan iguales que parecían la misma. Todas con muchachas demasiado rubias y demasiado jóvenes. Y dos películas de guerra. Vietnam. Oriente Medio. Un exceso de sangre.

De repente surgió el rostro de Ingrid Bergman. Y entonces comprendí lo viejo que me había hecho. Casi sin darme cuenta. De un día para otro. Mierda. Viejo y maniático. Lo sé. Mi abuelo se estaría descojonando de mi melancolía en su tumba. Había muerto a los noventa y tantos. Y hasta el penúltimo día mantuvo intacto su espíritu socarrón de isletero. Se comía un sancocho, jugaba al dominó, coqueteaba con las mujeres con el mismo arrebató que un chiquillo. De haber estado allí, en mi sofá, me hubiera dicho Fíjate en Cary Grant, tolete; en esa película parece tu padre y, sin embargo, debía de tener diez años menos que tú ahora; ¿viejo?, vete a la gran puñeta.

Brindé por Colacho. Por él gocé de la pasión de Ingrid Bergman y Cary Grant. Saboreé de igual modo el puro y la tarde. Escuché a Nat King Cole (*Ansiedad de tenerte en mis brazos musitando palabras de amor*) también en su honor. Soñé con él la siesta. Un sueño plácido, para variar. Me desperté deprimido. Con la sensación de haber malgastado, más que un domingo, toda la jodida vida. Le televisión continuaba parpadeando. Marcelo Mastroiani y Sofía Loren se besaban bajo una luna blanca y redonda. Demasiado sentimentalismo para un estado de ánimo como el mío. Cambié al telediario. Más acorde con mi tristeza mustia. La primavera árabe comenzaba a

deshilacharse por todas sus juntas. En Túnez. En Argelia. En Egipto las calles y plazas hervían de rabia y desesperación. Una primavera de lo más lluviosa. El locutor, no obstante, le veía el lado bueno. Las perspectivas económicas para España eran halagüeñas. Menos seguridad en esos países, más turistas en el nuestro. Vaya consuelo infame.

La radio no iba a servir de compañía. Más fútbol. ¿Cuántas horas se necesitan para explicar un puñetero partido? ¿Cuántas entrevistas para contar un gol o una expulsión o un penalti? Mejor la música. Elvis Costello. *Just in time*. A pesar de la desgana tenía que comer algo, de lo contrario me despertaría el hambre en mitad de la noche. Una manzana y un yogur griego con anacardos. Tres veces estuve a pique de agarrar el teléfono y llamar a Beatriz. Colacho Arteaga me habría aconsejado que no me fuera a la cama con esa deuda pendiente. Porque, en cuestión de afectos, los intereses corren como la pólvora. Al día siguiente tendría, en la cuenta corriente de las emociones, un boquete de padre y muy señor mío. Y el banquero del corazón es más perro que el de la cartera. No atendí a su consejo. Andaba demasiado abatido para enfrentarme a Beatriz. No atendí a su consejo y me iba a arrepentir. Como siempre, mi abuelo sabía más por viejo que por diablo.

El lunes llegó tarde. Tras una noche revuelta en la que me costó conciliar el sueño (¿el remordimiento por no haber hecho las paces con Beatriz?, ¿la desconcertante entrevista con Sara Arrocha?, ¿el yogur griego a deshora?), la mañana me pilló sin aliento, rendido.

Como el móvil seguía desconectado, nadie vino en mi ayuda hasta casi las diez. Fue un conductor de guagua cabreado con el mundo. Bocinazos y gritos en mitad de la calle. Un insulto desbocado. La sirena de la policía de tráfico. Más pitidos. Y un camión que, como la retahíla infantil, pasaba por España y niña ven aquí. No hay nada que anime tanto los lunes como una buena trifulca en un cruce de calles.

El silbido de la cafetera, media hora más tarde, casi asfixia el sonido del telefonillo. El olor a café recién hecho me había hipnotizado. Pero volvieron a llamar abajo y se quebró el hechizo. ¿Quién podría ser? Tito Ramírez. El fontanero venezolano y coñón que resultó que hablaba como en las películas viejas dobladas en Puerto Rico. Había encontrado un hueco para mí. Para mi termo obsolescentemente programado. Se había permitido la licencia de comprar uno nuevo en la tienda de saldos de un amigo suyo, un *very nice friend*. El aparato era una ganga de verdad. Casi regalado. Su amigo no iba a engañarlo. ¿Venezolano también? Sí. ¿Cómo lo había sabido yo? Mi intuición que tenía vida propia.

Tito había cargado con el termo unos quinientos metros (el transporte a mano también iría en la cuenta) para que yo pudiera empezar la semana con una ducha como Dios manda. Con agua caliente. El tipo olía a vinagre, a un sudor ácido tintado con un resto de coñac, a días de mucho vino y pocas rosas. Al parecer Dios mandaba las duchas en según que casas. Al menos el trabajo fue limpio y rápido. Dolió doscientos cincuenta euros. Sin factura. *Of course*, mi socio. Con factura hubieran sido trescientos cincuenta. Me había hecho a la idea de que el artista caraqueño iba a dejarme la solana hecha un Waterloo. Pero Tito fue capaz de desmontar el termo viejo y colocar el nuevo sin agujerearme la pared, sin descascarillarme un solo azulejo, sin tirarme el piso abajo. Y todo en veinte minutos.

El tiempo en que me fue contando con parsimonia de embalsamador por qué se había mandado a mudar de Venezuela a la edad de veinte años y dos días, cómo había acabado de fontanero en Las Palmas después de una odisea de casi tres años en los que ejerció de media docena de oficios en media docena de ciudades, qué se le había

perdido al otro lado del Atlántico. Demasiadas ilusiones rotas. *A broken heart*: una novia que se fugó con el jefe de una banda pandillera; un *brother* al que le volaron la cabeza para robarle un reloj de pega, un anillo barato y ciento treinta pesos del carajo; un presidente del país iluminado y bufón que se creía nacido de la costilla de Simón Bolívar.

No le cupo una decepción más. Salió por patas de allí en busca de un bisabuelo salvador que al final resultó que sí existía. La partida de nacimiento de Ariel Ramírez Padrón estaba documentada tanto en el ayuntamiento como en la parroquia. Había nacido en mil ochocientos noventa y tres en la villa de Moya. Sí. Ya podía yo hacer cuanta rima quisiera con el nombre del pueblo de su bisabuelo, que él lo prefería mil veces a la Caracas del negro Chávez, valiente totorota. ¿Que se había muerto ya? Peor se lo ponía. Si Chávez daba risa el guagüero Maduro daba pánico. Le vinieron a dar una ametralladora a un enfermo de parkinson.

La ducha debería haberme devuelto el alma al cuerpo pero fue incapaz de ahuyentar el desánimo que me había provocado la conversación con Tito Ramírez sobre el valor de la vida. Porque yo andaba preocupado por una muchacha asesinada en mi ciudad cuando allá de donde venía él morían a diario tres o cuatro. A navajazos. A tiro limpio. Degolladas. Eso sin contar las que simplemente desaparecían, aquellas cuyos cuerpos jamás volvían a encontrarse. Tito lo narraba sin un atisbo de horror en sus ojos ni en su voz. Con la misma flema con que explicaba los beneficios del nuevo termo eléctrico. Porque nosotros los españoles no sabíamos la suerte que teníamos. *Lucky men* los españoles. Nuestro gobierno no estaba para echar voladores, bien era cierto. Pero al menos las maras no campaban a sus anchas. La chusma no se pasaba el día jugando al tiro al blanco con tu nuca o vendiendo armas en la puerta del colegio o decorando los semáforos con cadáveres destripados.

Antes de despejar la incógnita que suponía Sara Arrocha (¿qué querría la exmujer de Jorge del Amo?), me propuse recabar toda la información posible sobre la muerte de la estudiante italiana. Para ciertas cosas, hay que tener amigos hasta en el infierno. Y yo tenía uno bueno en la comisaría de Sargento Llagas, que no era el infierno pero hubiera dado el pego.

Tuve que esperar una hora. El inspector Álvarez andaba en mitad de su reunión matutina, un cónclave en el que echa broncas y reparte tareas a partes iguales. El agente de guardia, que me conocía desde hacía años y desde hacía años no daba crédito a que dejaran entrar allí sin esposar a un tipo como yo, me señaló con desdén un asiento vacío en el pasillo. Fui a sentarme entre un matado con cara de hambre y una pingona que mascaba chicle con la boca abierta. La chica no paraba de rascarse el interior de los muslos y de amenazar a todos con una demanda por daños y *prejuicios*. Porque cada minuto que pasaba allí le costaba un euro. Uno detrás de otro.

Cobraba sesenta la hora. Aunque según le confesó al matadillo, por si quería visitarla luego en su salón de belleza, la tarifa variaba según la faena. Cuarenta por una paja. Ochenta por guarradas varias como dar por culo o invitar a una amiga a la

fiesta. Noventa por... Antes de que siguiera desplegando el menú, el pibe le confesó la verdad verdadera: solo llevaba encima diecisiete euros. ¿Cuánto? ¿Diecisiete? Por eso la fulana le enseñaba las tetas y que se pajeara él solito.

No pude remediar imaginar la escena de placer solitario en el salón de belleza y estuve a pique de hacer una mueca de asco. Opté por tragármela, no fuera que lauviésemos tan de mañana. La última vez que había ido a un lugar parecido, para tenderles una trampa a los sicarios de un moro mafioso, había salido al día siguiente en las noticias a cuenta de una bala perdida que me atravesó el brazo. El burdel había quedado, luego del tiroteo, a un paso del derribo. Y Beatriz a un paso de mandarme a la mierda. No. Mejor pensaba en cosas menos desagradables y rezaba por que Álvarez acabase pronto con su reunión.

Pronto fueron cuarenta minutos. Se abrió una puerta al final del pasillo y ante nosotros comenzó a desfilar la comisaría en pleno. Había algo de esperpento en aquel pasacalles militar, sobre todo por la terna que pasábamos revista: el matadillo se había dormido; la chica seguía rascándose y jurando en arameo; y yo me había hecho un ovillo entre los dos, tierra trágame. Reconocí varios rostros con los que había tenido tratos en el pasado. Definitivamente, no caía bien a ninguno.

Entonces se me apareció la Virgen. Iba con uniforme de faena. Margarita Esponda, una policía cojonuda con quien viví una odisea el verano en que murió Chavela Vargas, rompió filas y se acercó a saludarme con un beso. Sus compañeros la miraron con una arrogancia rayana en el desprecio. Y la pingona hizo un comentario obsceno a cuenta del parecido entre su trabajo y el de la agente, cada una jodía a su modo o algo así. Margarita levantó el dedo índice con tanta firmeza que hasta yo me acojoné. No necesitó decir nada. Se hizo el silencio en la galería. Sus compañeros continuaron desfilando con la cabeza gacha y la puta bajó el labio. Antes de que los ánimos se caldearan, Esponda se ofreció a acompañarme al despacho de Álvarez. Allí podríamos esperarlo con más calma y menos bulla.

Rechacé el café que me ofreció. Conocía bien los límites de mi digestión y la máquina de la comisaría podría ser más hiriente que los comentarios de todas las fulanas de Las Palmas juntas. Charlamos unos minutos sobre asuntos que nada tienen que ver con el trabajo. Ella seguía viviendo con un abogado que la adoraba y yo creía seguir saliendo con mi farmacéutica. ¿Lo dudaba? Sí. Hasta nueva orden prefería continuar suponiendo que Beatriz y yo estábamos juntos. Pero soy de los que tienden a dudar de todo siempre. Eso me mantiene alerta por lo que pueda ocurrir.

Gervasio Álvarez llegó de buen humor. Al parecer Susana, su mujer, le había levantado la dieta por unos días para celebrar no sé qué revisión médica que les había salido perfecta. Mucho colesterol del bueno y poco ácido úrico. Tenía una semana de pase pernocta y se la había tomado muy en serio. Había cenado marmitaco de atún. Se había desayunado un bocadillo de jamón serrano con tomate. Tal cual. Como un señor. El inspector es de esos hombres que sonríen por el estómago: lo importante es comer; lo demás, literatura.

Aproveché las circunstancias para pedirle el informe (o lo que quedara de él luego de descartar los aspectos confidenciales) de la muerte de Paola Bortolucci. ¿Para qué lo necesitaba? Para ayudar a un hombre que se juraba inocente. Sí. Exacto. El profesor de veterinaria. Álvarez me miró de arriba abajo y chasqueó la lengua. No me arrendaba la ganancia. Mal compañero de viaje me había agenciado con Jorge del Amo. Según los que llevaban el expediente, todo estaba en su contra. Y cuando decían *todo* querían decir *todo*. Su pasado. Su presente. Y más que nada su futuro.

Gervasio no podía enseñarme el informe policial del caso Bortolucci. Eso ni se contemplaba. ¿Por qué esa cerrazón? Por tres motivos. Uno: porque él no estaba a cargo de la investigación. Dos: porque yo no era demasiado querido entre sus compañeros. Y tres: porque el sumario aún estaba abierto. Sí. La chica había muerto hacía solo cuatro noches. Aún quedaban flecos para parar un carro. ¿Su opinión? ¿De modo extraoficial? Álvarez sonrió a media boca. Resopló. De modo extraoficial carecía de opinión. La suya era una tonga de dudas. No se trataba de que todo Dios creyera que el profesor había matado a su alumna. Era que todo Dios parecía querer que fuese él.

Sí. Del Amo resultaba el tipo más odiado del universo mundo. Sus colegas arrugaban la frente cuando hablaban de él. Sus estudiantes (al menos a los que preguntaron) le tenían unas ganas locas. Su ex había alegado maltrato en la demanda de divorcio. ¿Sus amigos? Ahí estaba la cosa. Todo indicaba que el profesor no tenía amigos. Llevaban buscando tres días y no había aparecido nadie que diera la cara por mi cliente.

¿Opiniones y conjeturas? Tal vez. Sin embargo, existía un hecho crudo y objetivo. El de una muchacha muerta en el zaguán de su piso, en la calle Montevideo. La cabeza reventada contra el cuarto escalón. La falda por la cintura. Las bragas alrededor del tobillo derecho. Los ojos entreabiertos. Y una mueca de horror imposible de olvidar. Había sido violada por partida doble. No. Nada de sexo anal. Peor. Además de forzarla le metieron también una botella de refresco de plástico hasta la cepa. Hasta desgarrarla por dentro. Esponda se removió en su silla. ¿Era necesario tanto regodeo en los detalles? Álvarez se disculpó. Lo era. Si yo quería desenmascarar a un criminal lo mejor sería que empezara por conocer la naturaleza del crimen. Y aquello había sido una carnicería.

A mí me pareció justo. ¿Existía un informe forense? Desde luego. Uno muy completo. Y ese sí que se regodeaba en los detalles. Al lado del doctor Santa Ana, Álvarez era un puñetero aprendiz. La muerte se había producido por el golpe contra el escalón. Paola se había roto la base del cráneo. Pero eso había sido después de las vejaciones. Después del dolor. El asesino se había ensañado con ella. Le había tapado la boca con un trapo para ahogar sus gritos. Y la única huella encontrada fue un rastro de semen que pertenecía a Jorge del Amo. Sobre eso no había duda.

Sí. El inspector ya conocía la versión del sospechoso. La de que se había acostado con la muchacha la tarde del crimen. Pero los investigadores no lo habían creído. Su

declaración estaba llena de contradicciones. Manda cojones. Y la mía, si hubieran encontrado a mi novia en aquel zaguán. El miedo y la rabia me hubieran embotado el entendimiento. No hubiera sido capaz de recordar ni mi nombre. ¿Contradicciones? La muerte es la mayor contradicción, joder.

La tendencia natural es la de ponerse de parte de la víctima, máxime cuando la víctima es una muchacha luminosa de veinticuatro años, llena de vida. Nada hace más ruido que las ilusiones rotas. Como un cristal de Murano que se quiebra contra el suelo, Paola se había quebrado contra el cuarto escalón de su zaguán. Y el ruido era atronador. Margarita se tapaba los oídos, en un gesto de auténtica dentera, mientras escuchaba el informe. Se preguntaba cómo alguien podía ser capaz de hacerle eso a una mujer. Por supuesto. Si se lo hubiesen hecho a un hombre también le habría espeluznado. Pero ¿a cuántos hombres conocíamos Álvarez y yo a los que hubieran violado con una botella de refresco antes de matarlos? A ninguno. Eso imaginaba ella.

Pues lo propio era ponerse de parte de la víctima, lo que significaba ponerse en contra del victimario. Sin ambages. Y todas las flechas apuntaban a Jorge del Amo, el general Custer de aquel Little Big Horn. Margarita resumió los hechos con una lógica aplastante. A lo mejor le estábamos dando demasiadas vueltas al problema. Si quienes lo conocían pensaban que era culpable, si su semen estaba en la vagina de la chica, si ya tenía antecedentes de violencia, ¿por qué nos empeñábamos en dudar de las pruebas? ¿Gremialismo de género?

De ninguna manera. Teníamos tantas ganas como ella de atrapar al asesino. Nada de gremialismo. Nos dolía igual. A mí me dolía igual. Me sentía miserable tan solo por ser hombre. Me ocurría cada vez que daban en los telediarios la noticia de una muerte brutal o una violación. Me entraban ganas de salir a la calle y pedirle perdón a todas las mujeres con las que me encontraba en el camino. Perdón. Así que no. De gremialismo nada. No pretendía defender a los hombres sino a un hombre en concreto. Y llevaba rumiando una pregunta desde hacía tiempo. ¿Qué ganaba ese hombre en concreto con la muerte de Paola Bortolucci?

* * *

Me fui de allí sin respuestas. Necesitaba andar para dar forma a mis propias dudas. Como las nubes, las dudas tienen a veces formas descabelladas: un caballo alado, una cometa, un pájaro. Las mías, no obstante, andaban a ras de suelo. Reptaban. Olían mal. Todo aquello apestaba. Tenía la sensación de estar metiéndome en un charco. Peor. La de estar siendo manipulado por un titiritero sin rostro. ¿Y si al final de todo resultaba que Del Amo había asesinado a su alumna? ¿Y si me había contratado para hacer el paripé, para parecer menos culpable? Luego estaba el súbito advenimiento de Sara Arrocha. ¿Quién la habría invocado, convocado, provocado? ¿Cómo habría sabido, casi antes que yo, que me iba a encargar del caso Bortolucci? Caballos,

gaviotas, torres. Dudas que se formaban y se deshacían en el mismo arrebato de viento.

Decidí sentarme en una terraza de las Canteras. Para contento y decepción de un camarero bullicioso que, en tres idiomas, animaba a los viandantes a comer en su tasca. Me acomodé en una mesa pero no tenía intención de almorzar. Bastaba con una cerveza y unas aceitunas. El camarero insistió, ya solo en castellano, en que allí se comía como en ningún otro sitio. Desde cabrillas frescas a chuletón de buey. De ensaladilla rusa a arroz caldoso. De salmorejo a pochas con almejas. Cuantos más manjares me ofrecía el buen hombre menos me convencía la carta. Era como acudir a un médico que aseguraba curarte igual de un eccema en la piel que de un esguince, de una otitis crónica que de una obstrucción intestinal, de gripe y de hemorroides con el mismo tratamiento. No. Una cerveza y unas aceitunas no comprometían a nadie.

El mar estaba echado. La marea baja y tranquila. La playa llena de estudiantes Erasmus, las invasiones bárbaras de cada curso. Me acordé de Paola. Quizá la italianita hubiera estado tumbada al sol de las Canteras ese mediodía de lunes si alguien no hubiese decidido acabar con su vida. Una pareja rubia se besaba sobre la toalla de él. Supe que era de él porque la muchacha estaba encima. Feliz tiempo en el que las muchachas deciden estar encima. Si les place besar a alguien lo besan y al que no le guste que no mire. A mí me gustaba. Pensé en Paola y en su profesor. En sus veinte años de diferencia. En una muchacha de su tiempo que, sin duda, tomaría la iniciativa, cabalgaría sobre su amor maduro.

Recordé la mirada del amor maduro. Un hombre jodido, derrotado quizá. Aún tenía que decidir si el dolor le venía de la probabilidad de pasarse los próximos treinta años en la cárcel o de la evidencia de vivir el resto de su vida sin la presencia de su siciliana. La soledad, dicen los poetas, es la cárcel más cruel. Pero uno no lo sabe hasta que no ha experimentado el gozo de enamorarse. Había un poema de Cernuda. *¿Cómo decía? Libertad no conozco sino la libertad de estar preso en alguien cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío.*

Escalofrío. ¿Estaba perdiendo el norte? Me habían puesto sobre la mesa el cuerpo ultrajado, el cuerpo sin vida de una muchacha ¿y yo sentía lástima por el principal sospechoso del asesinato? No quería seguir esa vereda. Me torturaba. Debía esperar a ver qué traía la marea antes de definir mis prioridades. Así que opté por mirar las nubes y dejar que el sol le diera calor a mis huesos. No tenía hambre. Tanto galimatías me había quitado el apetito. Apuré las aceitunas y pedí otra cerveza para hacerle el gusto al camarero y de paso hacer tiempo hasta que llegase la hora de una entrevista que anunciaba tormenta.

Sara Arrocha era una mujer hermosa. Ignoro cómo habría sido en su juventud pero la tarde en que la conocí me pareció muy linda. Los ojos vivos. La piel blanca. Las manos elegantes. Tal vez demasiado delgada. Con esa delgadez que dan las penas. Habían sido, dijo, muchos años de sufrimiento junto a un hombre al que amaba pero que nunca supo corresponderla. Nunca, lo sabía, era un término excesivo. Pero todo en aquella jeringada relación había sido excesivo. Echaba la vista atrás y no recordaba un solo momento de mesura.

Ni al principio, cuando se conocieron: Sara, mira por dónde, también había sido alumna de Del Amo. Ni a mitad de trayecto, cuando nació su hijo: Sergio, pobre chiquillo, fue capaz de llenar el vacío de sus vidas. Ni al final, cuando descubrió que la propensión de Jorge por las estudiantes (y alguna que otra profesora también) era compulsiva: Paola, yo debía de saberlo, fue la última de un sinfín de aventuras. Sentía ser tan cáustica. Pero tenía la impresión de que su vida con él había sido una farsa. Tal vez con el tiempo recuperara algo del naufragio. Pero ahora no. Todavía no.

No quiso decirme cómo había sabido que me iba a encargar de la investigación. Ni cómo había dado con mi número de teléfono. Ni de dónde había sacado la dirección de la agencia. Se fue por peteneras. Eligió respuestas vagas. El amigo de un amigo que me conocía. Un pariente lejano que trabajaba en el Salto del Negro. Una conversación entre su hijo y el padre de su hijo. Una suma de coincidencias que la habían llevado hasta mí. Mentiras. El único que pudo decírselo fue el propio Jorge.

¿Dónde estaba su interés? En que ella sí tenía conciencia gremial. No lo ocultaba. Se veía reflejada en la chica muerta. Quince años atrás también había sucumbido a los cantos de sirena de Jorge I el Cruel. Un carroñero. Le recordé que los carroñeros se alimentaban de carne putrefacta. Y yo no podía hablar por las otras estudiantes pero no imaginaba a la Sara Arrocha de hacía quince años ni a la Paola Bortolucci de hacía quince días como carne putrefacta. Más bien al contrario.

Vale. Quizá había elegido mal sus palabras. Depredador. Quería decir depredador. Uno que se alimenta de carne fresca pero débil, fácil de cazar, ingenua, torpe. Me costó pensar en la mujer que tenía delante como débil y fácil de cazar. Y, luego de haber contemplado la escena de toalla en las Canteras, me preguntaba hasta dónde podía considerarse a una muchacha de veinticuatro años de nuestros días como ingenua y torpe. Pero no dije nada. Perseveré en la pregunta original: ¿qué tengo yo

que mi amistad procuras?

Sus ojos no paraban de danzar de un lado a otro. No conseguía fijarlos en un sitio más de unos segundos, como si el reposo les quemara. Es difícil saber hasta dónde llegan los secretos de alguien a quien no puedes leerle la mirada. Y Sara Arrocha no se dejaba leer. Por si su inquietud tuviera que ver conmigo y con la situación me levanté a servirle una taza de té y unas galletas de canela que Inés suele tener para un apuro. Sara no tocó las galletas pero agradeció el té caliente. Lo bebió a sorbos lentos, reflexivos, como quien busca respuestas en el humo.

Una belleza triste, sí, la suya. Me di cuenta de que Arrocha no había sonreído ni una sola vez desde que había llegado al despacho. Ni siquiera en el saludo inicial. Ni cuando agradeció la infusión. Ni en respuesta a alguna carnalada de las mías. Apenas esbozó una mueca indecisa. No era cómoda, dijo, su situación. Jorge era el padre de su hijo. ¿Otra Beatriz? No. Otra madre. Ninguna madre tolera el dolor de ver crecer a un hijo con el estigma de un crimen tan monstruoso. Ya lo estaba viendo. El recreo en el colegio. Un grupo de abusones de sexto curso que rodean a su niño. Que se burlan. Que le escupen a la carita, Tu padre es un violador y un asesino. Imaginaba las pesadillas del chiquillo. Sus dudas. Las preguntas en la oscuridad: Mami, ¿la maldad se hereda?

¿Me estaba diciendo que el padre de su hijo era un malvado? Con todas las letras. Yo no sabía hasta qué punto lo era. Nadie lo sabía. Ella no lo supo hasta que no fue demasiado tarde. Sara Arrocha. Una mosca en la tela de araña de Del Amo. ¿Lo que me iba a decir era confidencial? A buenas horas con las cautelas. Primero dejaba caer la bomba y luego se quedaba mirando al horizonte. Un truco más viejo que la orilla del mar.

Pero sí. Podía considerar reservado todo lo que dijese. Lo que se escuchaba en aquel despacho tenía algo de sagrado. El problema estribaba en que en aquel despacho se estaban escuchando cosas contradictorias. Me estaba haciendo un lío con las intenciones de la mujer que apuraba el té al otro lado de mi escritorio. No tenía yo claro si Arrocha pretendía salvar a su exmarido o dejar que se ahogara.

¿Podía fumar? De acuerdo. Aunque debía permitirme abrir las ventanas para que el aire no se viciara. A Inés no le gustaba el olor a tabaco. Por supuesto. El jefe era yo. Pero ella se pasaba allí más tiempo y no me apetecía una demanda por maltrato laboral. ¿Fue mi cansancio o cuando Arrocha oyó la palabra maltrato bizqueó? En sus dedos, el cigarro temblaba levemente. Como si quisiera escapar de la quema.

Pues eso. Que me había hecho un lío con sus intenciones. ¿Qué buscaba de verdad aquella mujer? Un milagro. Buscaba un milagro. Alguien que la despertara de aquel sueño de mierda. Que la besara en la frente. Que le prometiera que todo se iba a arreglar. Que le asegurara que ninguna muchacha de veinticuatro años había sido asesinada el jueves anterior. Pues tanto que lo sentía. Porque el sueño de mierda seguía vivo y la muchacha muerta. Y en cuanto al beso y la promesa falsa no teníamos tanta confianza. Así que en eso no la engañaba. Lo sentía de veras.

Sara sonrió. Pero su sonrisa me dolió más que toda su congoja anterior. Me agradecía la franqueza. Y quería devolvérmela. Por eso me pedía que no aceptara la investigación del caso Bortolucci. Por favor me lo pedía. Como madre me lo pedía. Le daba miedo que descubriera una verdad que hiriese más que el engaño, que fuese más dura de lo que su familia pudiera soportar. Me defendí. La verdad siempre duele. Y, por otra parte, si yo no aceptaba el caso, otro lo haría. Arrocha contraatacó con todo. Ja. Pobre iluso. ¿Qué me creía yo? ¿Que era el primero al que Jorge había llamado? Pues no. Había recurrido a mí. Sí. Pero porque los tres anteriores investigadores se habían negado a tener tratos con un depravado sexual, con un tirano, con un mal bicho.

Me recompuse como pude. ¿Debía entonces suponer que había montado ya aquella escena con otros tres colegas? No. Solo con uno. Los dos primeros renunciaron *motu proprio*. Le vieron el rabo al lobo nada más hablar con él. No necesitaron de intermediarios. El tercero, un policía retirado, experto en infidelidades y en trampas industriales, tuvo sus dudas. Pero se le disiparon pronto. Una oportuna llamada de Sara Arrocha, cinco minutos de conversación y quedó convencido. Cojonudo. ¿Quién tenía el rabo más largo allí?

Se había acabado la entrevista. No me apetecía seguir oyendo sus razones. Hasta que no mascara bien lo que acababa de echarme a la boca no tenía nada más que hablar con aquella mujer. Sara dejó la taza de té sobre la mesilla. ¿Sabía yo que me iba a arrepentir? Lo sabía. Solía ocurrirme con frecuencia. Era un arrepentido nato. A Arrocha se le diluyó la belleza triste. Sus ojos se detuvieron por fin para mirar más allá de lo que podía verse. Sentenció. Tarde o temprano yo lo iba a lamentar. Cogió sus cosas y salió del despacho. Saludó a Inés. Y su Adiós, buenas tardes se congeló en el tiempo. Tres días después aún podía olerse la amenaza.

Mi secretaria vino a sustituir a la ex de Jorge del Amo en la silla todavía tibia. Miró las galletas en el plato. Cogió una. La mordió por una esquina. Tenía esa forma graciosa de comer galletas. Las iba limando por los bordes como un ratoncito y dejaba el centro, lo más apetitoso, para el final. La puse en antecedentes de lo ocurrido en las treinta y seis horas anteriores: mi visita a Del Amo, la llamada de la ex, la conversación que acabábamos de mantener Arrocha y yo.

Inés acabó su galleta. La paladeó. Ganó tiempo para hacerse una composición de lugar. Ladeó la cabeza. Hillary Clinton, dijo.

—¿Qué?

—Me recuerda a Hillary Clinton.

—¿Qué tiene que ver la Clinton con este caso?

—Mucho. Cuando el asunto de las mamadas de la Lewinsky a mí me resultó incomprensible que la tipa saliera a la palestra a defender y perdonar a su marido. Lo consideré un sacrificio inútil. Una bajada de bragas intolerable.

—Y tanto que lo fue.

—No.

—¿No?

—No. Se trataba de salvar al clan. Una familia es más que un padre, una madre y unos hijos. Es un clan. Un proyecto. Una filosofía. Y todo se derrumba si el padre se hunde. Ya. Por supuesto que se lo merecía. Pero había una hija allí. Una niña a la que no puedes humillar de esa forma. Nosotros no somos padres y no lo entendemos. Pero la actitud de la Clinton fue más honrosa de lo que pareció.

—No lo tengo tan claro. No me hace falta ser padre para sentir la indignación. Es más. El presidente debería haber reparado en que era padre antes de desabrocharse la bragueta, coño. Yo no soy un angelito pero hay cosas que no tienen vuelta.

—Para su mujer sí.

—¿Me estás diciendo que ella lo perdonó?

—Ni de coña. Probablemente no hayan vuelto a dormir juntos después de aquello. Se sentiría asqueada tan solo de pensar en el sexo con él. Pero de puertas afuera han mantenido el clan. Ella aún conserva la opción de ser presidenta. Y su hija ha acabado en política creo. He leído por ahí que cobra cuarenta mil euros por conferencia.

No logró convencerme la explicación de Inés. Pero por eso le había pedido su parecer. Porque suele ser distinta de la mía. Porque arroja otra luz sobre las cosas de las que hablamos. Para opinar igual ya tenemos a los políticos que van a votar como borregos, en manada, a la voz de su amo. Miguel Moyano acostumbraba a repetir un chascarrillo grosero que venía a cuento de lo de la Lewinsky. Si somos los ciudadanos quienes votamos, ¿por qué nuestros representantes se la van a chupar a su jefe de filas? Deberían chupárnosla a nosotros.

No. Yo no había mantenido a Inés en su puesto todos aquellos años porque me bailara el agua sino por todo lo contrario. Sin embargo, aún no me había aclarado la cuestión principal. ¿Qué pretendía Sara Arrocha con su visita? Alejarme de la investigación, vale, pero para conseguir qué. Mi secretaria tomó una segunda pasta de canela. Se relamió. ¿Y dices que la policía tiene claro que Del Amo es culpable? Yo me serví un café y encendí un puro. Me fui junto a la ventana para evitar que me echaran la bulla. Triana estaba viva y coleando. Con los escaparates del color de la primavera. Y un violinista checo tocando un viejo tango. Me volví, Según Álvarez sus colegas creen que sí pero él piensa lo mismo que yo. Inés se impacientó, Oh, caramba; ¿y qué piensas tú, mi niño?

Yo pensaba que esa suposición tenía una brecha de agua. Y de años. Existía un hombre de cuarenta y cinco con una novia de veinticuatro de la que creía estar enamorado. Tal vez no lo estuviera. Tal vez fuera solo un juego o el síndrome de Peter Pan de las narices. Pero lo hacía dichoso. Se levantaba cada mañana con una sonrisa en la boca. ¿Por qué matar a la gallina de los huevos de oro? Sí. Ya sabía que sonaba fatal el símil. Pero no se me ocurría otro. Y, en resumidas cuentas, la esencia era la misma. ¿Qué ganaba Del Amo con la muerte de Paola?

Inés tomó una libreta de notas y un lápiz de mi mesa. Comenzó a garabatear algo.

Fue llenando la hoja de flechas y recuadros. De razones. Celos. Miedo. Venganza. Ira. Volvió sobre los celos. Recalcó la palabra. Se detuvo. Mordisqueó el culo del lápiz, Yo no creo, Ricardo, que los tiros vayan por ahí; no se trata de quién gana con la muerte de la muchacha; este crimen suena a arrebató furioso; demasiada rabia para calcular las ganancias. Desde la ventana donde yo fumaba, Inés parecía segura de lo que decía. Y lo que decía tenía sentido. No se me quitaba de la cabeza la saña que había mostrado el asesino. Lo de la botella de refresco daba grima. Parecía que quisiera no solo matarla a ella sino todo lo que significaba. Su dignidad. Su recuerdo.

Sin embargo, esa línea de razonamiento no excluía a nadie. Ni siquiera a Jorge del Amo. De hecho a él, sobre todos, lo arrojaba a los pies de los caballos. Porque la brecha de años se agrandaba. ¿Cuántos no pensarían que el profesor pudo recelar de cualquiera de los amigos de Paola? Que tuvo miedo a perderla en cualquier momento, en cualquier lugar. Que pudo haberla espiado ese jueves en Vegueta. Haberla visto reír, disfrutar, quizá besar a un muchacho. Y que se lo llevaron todos los demonios. Y la siguió hasta el piso de Montevideo. Y acabó con los celos de una puñetera vez, a fuerza de estamparle la cabeza contra el escalón del zaguán. Celos. Venganza. Ira. Miedo. Todo junto.

Por lo que había dejado traslucir Sara Arrocha, Del Amo era capaz de eso y de más. ¿Qué términos había empleado la exmujer? Depravado sexual. Tirano. Mal bicho. Inés se quitó una pelusa inexistente de su pantalón, Tú lo has visto, Ricardo, y has hablado con él; ¿te dio la impresión de ser un mal bicho, un engreído? Dejé el puro en el cenicero antes de responderle, Yo lo he visto en la celda de visita de una cárcel y eso atenúa mucho el engreimiento; me pareció algo envarado pero no sabría decir si era su carácter o la forma que tenía de enfrentarse a su suerte.

En ese instante supe que tendría que volver a ver a Sara Arrocha. Y al final la exmujer vengadora iba a tener razón y me iba a arrepentir de haber aceptado el caso. Ya me estaba arrepintiendo. Tenía la sensación de estar metiéndome en la mierda. Y de que la mierda me iba a llegar al cuello.

Pasamos la tarde en la oficina recabando los datos que pudiésemos de la muerte de Paola Bortolucci. Inés delante de su ordenador. Yo al teléfono. Ella hurgando en los periódicos digitales. Yo comprobando mi agenda de contactos. Ella pasando las hojas con el ratón. Yo con el dedo. Se me ocurrió que, al tratarse de un asunto de violencia, la demanda de divorcio de Arrocha la habría llevado la fiscalía de la mujer. Sabía de alguien que había trabajado en casos de ese calibre. Margarita Esponda. Tal vez la agente pudiera echarme un cable. ¿Conocería a alguien del Instituto Canario de Igualdad?

No solo conocía a alguien. También podía concertarme una cita con Eva Jerez, la fiscal encargada de violencia de género. Era amiga suya. Habían comenzado juntas la carrera de Derecho. Ajá. Aunque yo no lo creyera, Esponda tuvo una vez el sueño de ser una gran abogada. Pero la vida elige por ti. Y la vida eligió una muerte, la de su padre, antes de tiempo. Y una madre viuda sin recursos. Y la necesidad de trabajar. Y un oficio que garantizaba dinero en casa. La Academia de Policía ofrecía más salidas a corto plazo y se acabó el sueño. No. No miraba atrás. Margarita Esponda era de las que aceptaban las cosas como venían.

Así que la fiscal y la agente de policía eran amigas. Pero que no esperara yo que esa amistad me abriera las puertas del cielo. O que fuese a desvelárseme ningún secreto. Ni hablar. Desde ya me podía ir olvidando de obtener algún dato revelador del divorcio de mi cliente. No obstante, Eva podría ilustrarme sobre los litigios con los que lidiaba a diario. Denuncias más frecuentes. Tipos de agresiones. Perfiles. Sin nombres ni fechas, ni detalles. No me harían falta para hacerme una idea de lo cabrones que podemos llegar a ser los hombres cuando nos lo proponemos.

Esponda sabía de lo que hablaba. Su primer marido la había abandonado por una colombiana que conoció en Internet. El tipo había dinamitado un matrimonio feliz, la sonrisa de Margarita y los ahorros de cuatro años por una mulata falsa como moneda de dos caras. Al final resultó que nada era suyo: ni su nombre (no se llamaba Esterlizia) ni su edad (no tenía veinticinco años) ni sus tetas. Pero el daño ya estaba hecho.

Su voz sonaba fría a través del teléfono. No parecieron hacerle gracia ni mi participación en aquel caso ni mi cliente. ¿También pensaba Esponda que iba a lamentarlo? No. Pero conocía mi forma de ser y no daba un euro por que me gustara

lo que iba a descubrir. Me alié con sus temores. Yo era detective privado, jamás me gustaba lo que descubría. Margarita se mantuvo firme. Aquello era distinto. ¿Qué lo hacía diferente? Que a mí siempre me solían querer los buenos para que atrapara a los malos. Y ahora me estaba aliando con el mismo diablo. Qué extraño. Del Amo también había empleado esa expresión la primera vez que hablamos por teléfono. Aliarse con el diablo. Pero entonces el diablo era yo. Esponda se despidió con un refrán que hubiera hecho feliz a mi abuelo Colacho, Ah, mira; cree el ladrón que todos son de su condición. Cuando colgué el teléfono se apoderó de mí una extraña acidez. El universo entero se había compinchado para quitarme la venda de los ojos. ¿De verdad Jorge del Amo era un tipo tan repugnante que no merecía crédito alguno?

Inés regresó al rato a mi despacho. Puso cara de fastidio. Se tapó la nariz con el dedo índice a modo de bigote. Se lamentó de mi asqueroso vicio de fumar. Y no. No le valía la excusa de que los puros no eran un vicio sino un placer. Ni loca. Un placer que huele a mierda de vaca no merece ese nombre. Se sentó. Apartó el plato con las galletas de canela. Un placer que te deja el culo como un pandero tampoco lo merece.

Traía consigo un fajo de papeles aún con olor a tinta fresca. Un hatajo de crónicas, reportajes y entrevistas en relación con la muerte de Paola Bortolucci. Por lo que se leía, la prensa entera había dado por buena la teoría de los investigadores. Todo hacía presagiar que Jorge del Amo, en un arranque de locura, había matado, maltratado, vejado a la estudiante italiana. No tenía vuelta de hoja. Lo del semen resultaba concluyente. Después de *CSI* nadie en su sano juicio se atrevía a poner en duda una prueba de ADN.

Habían entrevistado a los amigos que estaban con Paola aquel desdichado jueves. La última vez que la vieron fue en la calle Mendizábal. Después de tres cañas y tres montaditos. Cuando todos los gatos comenzaban a ser pardos. Ellos iban a continuar la jugra una o dos horas. Apenas eran las doce, ni que fueran Cenicienta. Pero Paola se sintió cansada. De repente dijo que quería irse a casa. Sí. De repente. Un minuto antes estaba bromeando con ellos sobre lo que pensarían sus padres si los vieran, un jueves, en mitad de una bacanal. Pero entonces Bortolucci se separó del grupo. Fue a saludar a alguien, dijo. Cruzó la calle peatonal. Se alejó dos terrazas. Se perdió entre la marabunta de adolescentes. A nadie le resultó extraño. Cuando llevas seis meses saliendo cada jueves a beberte el mundo acabas por conocer a media universidad.

Al regresar, a Paola se le había agriado el ánimo. Su compañera de piso, Chiara Alberganti, declaró que llevaba una sombra en la mirada. Había visto a alguien que le había amargado la fiesta. No podría decir a quién. Cualquiera sabía. Imaginaba que al viejo verde ese. ¿Quién iba a ser si no? La tenía dominada. Sí. Abducida. Bortolucci había caído, según su amiga, en una secta. Que solo tuviera un miembro no la hacía menos peligrosa. Lo que decía Del Amo iba a misa. No. Tampoco podía sostener que Paola hubiese cambiado tras conocer a Jorge. Chiara vivía en otro piso y se había mudado a principios de diciembre, cuando su amiga ya estaba liada con el profesor.

Aldo Lopes, el portugués que residía en el mismo apartamento que las italianas,

coincidió con Chiara en la primera parte de su declaración. En un momento de la noche, Paola creyó haber visto a alguien (no dio nombres pero él suponía de quién hablaba) y se alejó del grupo. Aldo ya no podía confirmar más. Ni siquiera la hora exacta. Estaba intentando ligar con una estudiante de arte que al final resultó ser lesbiana. Un jueves a la basura por no saber leer entre líneas. Así que no se fijó en el momento en que Paola regresó para volver a irse para siempre. La reflexión del portugués sonaba a disculpa trascendente. Si hubiera sabido que era la última vez que iba a verla con vida le hubiese dicho tantas cosas. Era una chica linda. Por dentro y por fuera. Un encanto de amiga.

Curioso. Ya había leído yo confesiones de ese tinte con anterioridad. Si llego a saber que iban a matarla, le hubiese dicho cuánto la iba a echar de menos, le hubiera agradecido cada momento que pasé con ella, la hubiese abrazado con fuerza. Muy curioso. Yo debo de ser un bruto insensible. Si yo supiera que van a matar a alguien, lo primero que haría sería alertarla. Le diría, No vayas; quédate conmigo; yo te acompaño a casa. Pero el jueves aquel nadie hizo eso. La vieron llegar, triste y penumbrosa, y la dejaron ir sola. Peor. Habían sido testigos de la abducción de Paola por parte del líder de la secta, el viejo verde asqueroso, y no habían movido un dedo. Amigo que no da y cuchillo que no corta, si se extravían no importa.

El hecho crudo era que la muchacha se marchó antes de tiempo. Ningún taxista de la parada del mercado de Vegueta reconoció su fotografía. Después de las once apenas pasaban guaguas. Y su casa estaba al otro lado de la ciudad como para ir andando. Además, andando hubiera llegado mucho después de la hora en que se suponía que la habían matado. A no ser que... Le pedí a Inés un receso en la reunión. Necesitaba otra llamada. Otro favor.

Ignacio Santa Ana estaba en su consulta del Anatómico Forense. Revisando un informe que debía mandar antes de marcharse a casa. Reconoció mi voz, Hombre, Ricardo; ya estaba yo preguntándome si estabas enfadado conmigo; esperaba tu llamada desde esta mañana.

—Esta mañana me tocó con Álvarez. A ver. Una cuestión de prioridades. Él puede detenerme y tú no, pocas bromas con eso. Y el inspector me contó la versión abreviada.

—Lo entiendo. Pero dime una cosa: ¿cómo coño te metes siempre en estos fregados?

—De algo hay que ganarse la vida.

—Ya. Pero los familiares de la muchacha italiana llegaron anoche. ¿Qué hiciste, chico? ¿Fuiste a buscarlos al aeropuerto para que te contrataran?

—No me han contratado ellos, Santa Ana. Sino Jorge del Amo.

—Ándale. Eso sí que es bueno. Los pájaros tirando contra las escopetas. ¿Desde cuándo te emplean los asesinos?

—Siempre hay una primera vez para todo.

El forense no podía extenderse demasiado con el informe de un caso criminal.

Pero se avino a responder a tres preguntas. Ni una más. Yo solo tenía dos balas así que acepté el trato sin rechistar. Quería saber a qué hora exacta había muerto Paola Bortolucci y si en la exploración había alguna cosa que a él, como experto, le chirriase. Santa Ana bufó. La primera era fácil. Teniendo en cuenta la temperatura del cuerpo y las cervezas y los montaditos que había cenado la chica, él diría que entre la medianoche y la una y media. Sí. Lo habían sacado de la cama a eso de las cuatro. Una vecina descubrió el cadáver y llamó a la policía. Y ellos lo llamaron a él. En cuanto a la segunda, me podría responder que la muerte chirria siempre. Pero no tenía tiempo de filosofar.

Como me habría dicho ya el inspector Álvarez, había sido una escabechina. Sí. Con una violencia desmedida. ¿Si pudieron haberla matado en otro lugar y trasladar, luego, el cadáver? No. La mataron en el zaguán de su casa. La cabeza y la espalda de la chica tenían las marcas de los escalones. Eso no podía improvisarse. La violaron y la mataron allí. Y el asesino tuvo que haber llevado guantes porque no pudieron rescatar ni una mísera huella. Sin embargo se hallaron restos de lubricante en la vagina. ¿Qué significaba eso? Yo le había pedido alguna cosa que, como experto, le chirriase. Y como experto le chirriaba que un violador utilizara condón.

Un asesino precavido entra siempre en los planes de un investigador. Pero un violador atento es una contradicción. Ahí se acababa la teoría de un crimen pasional, de un arrebato repentino. El que matara a Paola Bortolucci ya venía con la idea desde casa. ¿Aquel dato lo conocían los colegas de Álvarez? Debían conocerlo. Estaba en el informe. Pero habrían deducido que era una estratagema de Del Amo para desviar la atención. Claro. Cuando uno decide de antemano cómo son las cosas, las deducciones van a favor de viento. Y le encuentra explicaciones a todo.

Una última duda y lo dejaba en paz. Si el asesino llevaba guantes y le metió los dedos antes o después de violarla, ¿eso no podía explicar lo de la vagina? ¿O la misma botella de plástico? No. Podía explicar restos de látex o de plástico pero Santa Ana hablaba de lubricante. Lu-bri-can-te. De base acuosa. Hidrosoluble. Y con olor a manzana verde. Una pista difícil de rastrear. En cualquier supermercado encuentras preservativos de mil sabores.

Inés no había perdido comba mientras yo hablaba con Ignacio Santa Ana. Seguía anotando cosas en su bloc de notas. Trazó dos emes mayúsculas en cada esquina del papel y una flecha que las vinculaba. Subrayó una pregunta. Remarcó con varios trazos una palabra. Una vez hube colgado, mi secretaria compartió conmigo sus reflexiones. La flecha conectaba la calle Mendizábal con la de Montevideo, al otro lado de la ciudad. La pregunta planteaba si un hombre de cuarenta y tantos años no descollaría demasiado en una fiesta adolescente. ¿Era posible que nadie lo hubiera visto en el botellón? La palabra remarcada era preservativo.

Teníamos, pues, unos cuantos hilos de los que tirar. A Paola la habían llevado esa noche a casa. Y, puesto que nadie había acudido a la policía a asumirlo, habría que dar por hecho que el conductor era el asesino. Los amigos de la muchacha no tenían

duda. Su dedo señalaba a Jorge del Amo, el gurú, el viejo verde. Pero nadie lo había visto en la verbena de Mendizábal. Y para remate de la puñeta estaba el extraño asunto del condón. Demasiado miramiento para un violento asesino. Necesitábamos dividirnos la tarea.

Entre otras muchas virtudes, Inés gozaba de un sentido práctico fuera de serie. Enseguida se puso al mando de las operaciones sin encomendarse a dios ni al diablo. No preguntó si me parecía bien o mal. No titubeó. Para ella estaba claro. A mí me iba a tocar el trabajo de campo. Empezaría por la casa del profesor, aunque la hubieran registrado los de la científica tal vez pudiera hallar algo de interés. También había que seguirle la pista a su coche, quizá alguien pudiese haberlo visto aquella noche en las cercanías de la calle Montevideo. Ella iba a regresar a Internet por si descubría algo sobre condones con sabor a manzana. Y el jueves siguiente se daría una vuelta por Vegueta, a ver si algún pibe no demasiado borracho lograba reconocer a Del Amo de la fiesta anterior. Desde luego que iría ella. Yo desentonaría en aquel sarao como una monja en un *sex shop*.

En cuanto a la familia de Paola, yo estaba en el bando equivocado, en el del supuesto asesino de su hija. No debería extrañarme que no quisieran hablar conmigo, que me escupieran a la cara en cuanto apareciese, que (convenía recordar que eran sicilianos) enviaran a la mafia a romperme las piernas. Además, si lo apuntado por Santa Ana era cierto y ellos habían llegado a la isla la noche anterior, poco podrían decirnos que no supiéramos ya. Andarían rotos de dolor, aturdidos, como quien vive un mal sueño. Paola les habría ocultado su relación con el profesor. Porque, de llegar a conocerla, su padre la habría encerrado en un sótano y habría tirado la llave al río. Su carácter italiano valía tanto para el roto de un detective terco como para el descosido de una hija rebelde con viejo verde de fondo.

Nos dieron las nueve de la noche en la oficina. Desde mi mesa oía a Inés teclear en su ordenador con el ímpetu de una ametralladora. A veces detenía el martilleo acaso para meditar alguna noticia. Pero inmediatamente regresaba al teclado, a seguir acribillando la pantalla. Consideré que necesitábamos un alto el fuego. La semana prometía ser larga.

La idea se me ocurrió sin más. Porque era lunes. Porque me sentía solo. Porque la noche olía a estrellas. Porque no había comido nada decente en todo el día. A ella no pareció sorprenderle mi propuesta. Cuarenta años en la pradera como para no conocer a Caballo Loco. Aceptó. Vendría a cenar conmigo pero elegiría ella el sitio. Estaba a régimen.

* * *

Eligió un chiringuito del muelle deportivo. Una mesa esquinada en la terraza. Vino blanco, una ensalada verde y pulpo a la plancha con mojo de cilantro. Yo preferí una copa de tinto y unas tiras de pollo salteadas con verdura. A Inés le pareció que mi

elección no desentonaba con su régimen. Tardé un buen rato en decidir qué parte de su cuerpo pretendía adelgazar.

Para mí que conservaba todo en su sitio y en las medidas ajustadas. Pero será que tengo un gusto extraño en cuestión de mujeres. Ella debió de notar mi aturdimiento porque pasó a descubrirme, antes de que llegara la cena, el desconocido mundo de las grasas saturadas y la piel de naranja. Claro. Los hombres no sabíamos de eso. Envejecíamos mejor. Sin embargo, las mujeres se veían obligadas a redoblar esfuerzos para mantenerse atractivas. La competencia era brutal, despiadada. Las chicas de treinta no dejaban rehenes. Argüí que también existían pibes de treinta con energía sobrante y cuerpos pulidos. Y no se me ocurría un solo motivo para considerarlos una amenaza.

Inés sacó a pasear su mordacidad. Claro. Porque no lo eran. Porque las mujeres llevan el sexo en el cerebro y saben apreciar la madurez, mientras que los hombres llevamos el sexo en el sexo y somos incapaces de distinguir la clara de la yema. Nos da igual ocho que ochenta con tal de que el huevo quepa en una cama. ¿Debería haberme sentido ofendido? Sí. Debería. Pero yo era hombre. Y la verdad no ofende.

Yo era hombre, sí. Hasta ahí estábamos de acuerdo. Y me gustaban las mujeres como al que más. Pero en la vida me había considerado un saco de testosterona. La prueba estaba en que mi conocimiento sobre la piel de naranja se limitaba a la frutería del mercado. Que Inés le echara la culpa a la edad. Que creyera que me había ablandado con los años. Pero a mí no se hubiera ocurrido ni entonces ni antes nunca medir a las mujeres por los kilos o los pliegues de su piel. Vamos. Que de eso a mirarle la dentadura como a los caballos no había más que un paso.

A ella se lo iba yo a contar, que había sido testigo de mi transformación en primera fila. Sí. Una metamorfosis en toda regla. De gusano a libélula. No. Tampoco debía creérmelo demasiado. A mariposa no llegaba aún. Inés hizo recuento de una docena de años al menos desde que nos conocíamos. Desde que Miguel Moyano le propuso una locura en un momento de su vida en que tenía el cuerpo para locuras. Estaba harta de llevarle la contabilidad a mi socio. No tenía puñetera gracia. Todavía si hubiese habido alguna época en que los números se disparataran, en que la empresa perdiera dinero, en que hubiera que hacer malabares para cuadrar las cuentas, la cosa hubiera pasado. Pero nunca ocurría. Siempre cuadraban. Era como apostar sabiendo el ganador. Ganabas. Pero se iba al carajo la sorpresa.

¿Por eso había aceptado venirse conmigo? ¿Porque conmigo la sorpresa estaba asegurada? Por eso y porque yo daba lástima. Que no me lo tomara a mal pero entonces tenía una pinta de perdedor que tiraba de culo. Lo supo desde que nos presentaron. Se me notaba el desconcierto desde lejos. Y a ella le gustó esa imagen. Acaso fuese la vena protectora que toda mujer lleva dentro. No sabría decirme. Pero el caso es que no lo dudó ni un momento. Y se quedó a mi lado. Hubo un tiempo en que creyó estar enamorada de mí. Sí. Solo lo creyó. Ahora podía confesármelo porque ya no había riesgo. Al gusano de hacía doce años jamás se lo hubiera revelado

pero a la libélula de ahora sí.

Había crecido yo. Me había iluminado. Ella lo sabía muy bien. Por fin había encontrado el rumbo. Y a una mujer de verdad, una que valía la pena. Eso. No como aquellas locas de las que solía enamorarme. Locas, sí. A la que no le faltaba un hervor le faltaba un aire. ¿O no recordaba a Malena y a su gata gemela? ¿Y a María Arancha Manrique, la mujer fatal? ¿Y a la cursi de Juliette Legrand con su carita de mosquita muerta? Carajo. Ni ensamblándolas a todas hubiéramos logrado una mujer normal. Sin embargo, Beatriz era otra cosa. Una mujer normal. De carne y hueso y no de papel maché.

De pronto me di cuenta de que estaba en franca desventaja con Inés. Mi secretaria conocía casi todo de mí, al menos en lo que se refería a los últimos años. Yo apenas sabía nada de ella. Le recordaba un novio efímero, allá por el verano de dos mil diez. Cuando le pregunté por qué no había cuajado la relación con él me respondió de un modo vago, sin ganas. Pareció incomodarse. Así que ya no volví a hablar de sus asuntos personales. Esa noche, no obstante, mientras intercambiábamos pedazos de pulpo y tiras de pollo, Inés abrió una puerta y yo me atreví a cruzarla. ¿Qué ocurría con ella?

Porque también se había metamorfoseado. Había crecido en aquel despacho junto al mío. ¿Se veía con alguien? Sí. Casi. Un año duraba. Pero la cosa aún no podía considerarse estable. ¿Estancada? Algo. El río bajaba lento. Julio, así se llamaba el pretendiente, venía de una historia de más de veinte años con su novia de la universidad. Y prefería andarse con pies de plomo antes de volver a jeringarla de nuevo. ¿Lo conocía yo? Seguro. El hombre tenía una óptica en Viera y Clavijo. Sí. Frente por frente con el teatro Cuyás. Yo debía de haber pasado por delante mil veces.

Se veían con frecuencia. Algún fin de semana incluso habían escapado juntos a Lanzarote. Pero a la vuelta era como si Julio necesitara regresar a su cueva, a su soledad, a su tiempo. A Inés no le importaban esas ausencias. También le hacían falta los momentos a solas. Al fin y al cabo lo que importa es la calidad y no la cantidad del tiempo que se pasa junto al otro. Claro. Era una verdad científicamente demostrada que los matrimonios se deshacían en las vacaciones de verano. Dos semanas viéndose a todas horas era una tortura a la que pocos podían sobreponerse. No. Hasta el amor hay que dosificarlo.

Una cosa nos llevó a la otra. A aquello de que entre el amor y el odio no hay más que un escalón. Aun teniendo distintas maneras de concebir las relaciones, aun habiendo madurado (ella) y envejecido (yo) de diferente modo, ambos coincidíamos en algo. Nos daba pánico la violencia en cualquiera de sus manifestaciones. Nos parecía inconcebible que alguien pudiera hacer daño adrede a quien decía amar. Porque sin querer hacemos daño todos. Sí. La intención es lo que cuenta también en esto.

Inés se regañó. ¿Qué quería decir? Quería decir que nuestros errores los terminan

pagando los que más queremos. Eso sí era un axioma científico. Se cumplía siempre. Le hacemos daño a quienes más nos quieren precisamente porque les importamos. Pero lo que no cabe en cabeza humana es hacerlo a conciencia. Con nocturnidad y alevosía. A traición. ¿Me estaba refiriendo a alguien en concreto? No. Valía para todos. Para mí. Para ella. Para Jorge del Amo. Para el asesino de Paola Bortolucci. Sí. Había hecho una pausa consciente entre estos dos últimos nombres. Porque juzgaba que eran dos personas diferentes. Aún no podía explicarlo, mucho menos demostrarlo. Pero la violación y el crimen, por muchas insinuaciones que hubiera lanzado Sara Arrocha, no casaban con la historia del profesor.

Yo no padecía el síndrome de Estocolmo ni nada semejante. Coño. No terminaba de gustarme Jorge del Amo. Había en él algo turbio, algo cenagoso. ¿Por qué entonces había aceptado la investigación? Porque todos tenemos derecho a una oportunidad. A mí me había contratado un tipo para demostrar que no era un asesino, no para demostrar que fuera buena persona. Inés podía considerarlo un reto. Una prueba moral si ella quería. Por primera vez en mi vida iba a defender la inocencia de un hombre que era cualquier cosa menos inocente.

Era importante. Para mí lo era. Si a Del Amo lo condenaban por aquel crimen, me hubiera pasado treinta años ladrándole a la luna. Primero, porque un impedimento moral me había obstaculizado aceptar el caso y quién era yo para juzgar a nadie. Segundo, porque el auténtico asesino quedaría libre para matar de nuevo si se le volvían a cruzar los cables y quién era yo para permitirselo. No. Pretendía llegar hasta el final del asunto aunque mi cliente fuera un mal tipo.

Inés se enfureció. Muy bonito todo aquel dilema moral. Sí. Que se lo picara menudo, que lo quería para la cachimba. Muy bonito. Pero tenía un boquete como un castillo. ¿Qué le iba a decir yo a la siguiente víctima de Del Amo? Porque los maltratadores no tienen freno de mano. No paran nunca. Ya había escuchado a Sara Arrocha. Más temprano que tarde habría otra alumna. Y otra. Y otra más. ¿Qué les iba a decir a todas ellas? ¿Disculpen pero me surgió un dilema moral? Había que joderse. Que me fuera al carajo con mis dilemas morales.

Tu quoque, filia mea.

* * *

Aquella noche no conseguí dormir. El pollo se me apelmazó en el estómago. El vino se me aguó. El café se volvió puro ácido. Vomité todo en el retrete. Todo menos la discusión con Inés que de tanto dar vueltas acabó por marearme. Y otra vez al baño a devolver la rabia. Para tal resaca no había remedio que valiese. Ni poner un pie en el suelo para que el cuarto no girara como una noria. Ni una ducha de agua fría. Ni una aspirina.

Tuve sueños grotescos que luego fui incapaz de recordar. Encendí la radio para ver si lograba acunarme la voz de alguna locutora. A peor la mejoría. El programa

trataba de penas sobre penas. La gente llamaba desesperada porque la habían botado del trabajo o tenía a su madre muy enferma desde hacía años y no se recuperaba ni se moría o el banco se había quedado con su casa o su novio la había abandonado por otro hombre, cómo no lo vio venir. Cuando llamó una tal Eloísa de Albacete y cantó bingo (le había pasado todo eso junto) apagué el transistor y me di la vuelta. En la mesilla de noche el despertador me guiñaba el ojo con recochineo. Las tres. Las cuatro y cuarto. Las seis menos veinte. Junto al reloj, una nariz de madera para colgar las gafas que me había regalado Beatriz por Reyes. Cuando aún le caía bien. Antes de que empezara a odiarme.

Porque iba a odiarme. Me iba a odiar con locura. Si Inés se había puesto como una furia a cuenta de mis tratos con Del Amo, Beatriz me retiraría la palabra, la mirada, los besos. No iba a entenderlo. Ella no. Ella lo había sufrido en propia piel. Jamás había hablado de eso, tan doloroso debía de resultarle. Pero por sus silencios, su gesto derrotado cada vez que salía a colación un caso de maltrato, siempre supe que su relación con César había tenido más sombras que un teatro chino. Y ahora venía yo a contarle la milonga de que todo hombre es inocente hasta que no se demuestre lo contrario, a contarle la tramoya de que hasta el criminal más repugnante tiene derecho a una defensa justa. La tercera vez que fui al baño ya no tenía nada que vomitar. Solo la tristeza y el miedo a volver a verme solo.

Fue una invocación. A las nueve llamaron a la puerta. Y en el umbral apareció Beatriz. Con ojeras mal disimuladas. Sin peinar. Por lo visto, aquella noche no había dormido nadie. Entró sin decir nada. Pasó a mi lado con la cabeza gacha, dejando un rastro melancólico a toronjas. Se sentó en el sofá. Colocó su bolso sobre el regazo. Me miró. Había leído la noche anterior una noticia en el periódico digital. Y esa mañana, después de dejar a los niños en la parada del colegio, antes de una inspección de Hacienda, sus pies la habían dirigido a mi casa. No. No tenía claro para qué. O sí lo tenía claro pero me estaba viendo tan demacrado que se mordió la lengua, Estás hecho un asco, m'ijo; ¿desde cuándo no duermes?

Le ofrecí algo de beber: un zumo de naranja, un vaso de agua. Le propuse salir a desayunar fuera. Nada. No tenía hambre. Ni ganas de discutir en una cafetería delante de extraños. ¿Íbamos a discutir? Dependía de si lo que había leído en el periódico era cierto o no. Alargué la mano para acariciarle el brazo pero Beatriz lo retiró. De acuerdo. Así estaban las cosas. Sin embargo, ella jugaba con ventaja. Yo odio leer en el ordenador si puedo evitarlo. No tenía ni idea de lo que los periódicos decían.

Decían que iba a defender a Jorge del Amo. A ayudarlo a salir de la cárcel. A permitir que un tipo como él se fuera de rositas con su historial de bestia. Dicho así hasta a mí me asqueaba. ¿Y cómo se suponía que debía decirlo? A mí me gustaba creer que lo que defendía era la verdad. Que a quien ayudaba era a la muchacha muerta. Que mi trabajo permitiría que su familia pudiese conocer lo sucedido. En cuanto al historial de Del Amo, Beatriz no debía creer todo lo que contaban los periódicos. Porque hasta donde llegaba mi conocimiento el profesor jamás había sido

detenido antes por violación o asesinato. Vale que llevaba encima una demanda de maltrato de su exmujer pero no había habido orden de alejamiento ni prohibición de visita. Del Amo veía a su hijo todos los miércoles y pasaba con él los fines de semana alternos. Y sí. Estaba liado con una alumna a quien casi doblaba la edad. Pero si eso fuera delito media universidad estaría entre rejas. Edad legal se llamaba la cosa.

Como me había temido, lejos de apaciguarse, Beatriz se fue acalorando por momentos. Los nudillos se volvieron blancos de tanto apretar las asillas del bolso. Y un rictus de desolación se hizo nido en su rostro tan lindo, tan dulce. Al fin explotó. ¿Con quién coño creía yo que estaba hablando? Creía que con mi novia. Con la mujer con quien pretendía engordar y hacerme viejo. Y sin coños que valieran. Pues mal camino llevaba. En esos instantes me quería un poco menos. ¿Un poco menos que cuándo? Un poco menos que nunca.

Le había entrado sed a Beatriz. Era su forma de decir que se le había secado la boca de tanta tierra que había mordido para ser tan temprano. Que lo que acababa de oír le había tupido la garganta. Le traje un poco de agua. ¿Podría ser té? Últimamente a todos les daba por el té. Por supuesto que podría. Iba a tardar un poco más pero podría. Cinco minutos de tregua en lo que hervía.

La acompañé. Hubiera preferido un café retinto pero me pareció una forma de ponerme en su piel, de solidarizarme con su pena. Ella me vio venir de lejos. Y se revolvió. Que no me pensara ni por un segundo que se iba ablandar ante mi sacrificio. Por ella como si tomaba café o ron o, en aquellos momentos de indiferencia bruta, cicuta misma. El Twinnings de cereza de ninguna manera nos iba a hermanar. No en aquella mañana en que se había enterado por la prensa de mi hipocresía. ¿Así me veía, como un hipócrita? Aún andaba decidiéndolo.

Y es que se había enamorado, mira por dónde, de mi rectitud. De un código del honor que, si bien muchas veces no acertaba a comprender del todo, le parecía romántico. A sus ojos me convertía en un tipo distinto. Sí. Por distinto también quería decir especial. Yo era un hombre especial. Pero eso se había ido al garete desde que me había compinchado con un tipejo como Jorge del Amo. La interrumpí. No pretendía hurgar en su herida pero esa afirmación me resultaba espantosa, injusta. ¿Para con Del Amo? También. Pero sobre todo para conmigo.

Yo podía aceptar que un té Twinnings de cereza no me acercaba a Beatriz pero investigar la muerte de Paola Bortolucci en absoluto me hermanaba con Jorge del Amo. No. No estaba intentando retorcer sus argumentos. Pretendía poner sobre la mesilla del salón un razonamiento distinto. Una insistencia. Mi propósito era demostrar la inocencia del profesor en la muerte de la italiana, no en los demás aspectos de su vida.

Beatriz dejó la taza de té en la mesa. No podía creer lo que estaba oyendo. No de mi boca. ¿Cómo que los demás aspectos de su vida? Esos tipos no tenían más aspectos. No había más que verles la cara. Sí. La cara de Del Amo lo decía casi todo. Machista, abusador, soberbio. Se había aprovechado de una niña. Claro que lo

pensaba así. Paola era una chiquilla. Lo de la madurez a los veinticuatro es una pamema, un pretexto estúpido para acallar la mala conciencia del pervertido. Beatriz también había tenido veinticuatro y de ella también se había aprovechado un maltratador. César. Estaba hablando de César. Yo no podía entenderlo pero los dos, Del Amo y su exmarido, tenían la misma mirada siniestra.

Es harto difícil, casi absurdo, intentar razonar con quien ya cree tener la razón. Con quien considera que su sufrimiento habla por ella. Beatriz estaba tan segura de lo que decía que cualquier cosa que yo replicara sonaría a deserción. Para ella la duda no existía. Le daba igual que los cargos contra el profesor fueran endebles. O que la víctima mantuviera una relación consentida con él. O que creyeran estar enamorados. Lo único importante era que Del Amo había jugado con fuego y merecía abrasarse en el infierno del Salto del Negro.

La cuestión allí era de qué lado estaba yo. Y como se me ocurriera salirle otra vez con la gilipollada de que del lado de la verdad era capaz de salir de aquel salón y de mi vida para siempre. Sí. Hasta ese punto estaba involucrada en el asunto Bortolucci.

El corazón hizo amago de salirse por la boca. ¿Tanto daño le habían hecho? Más. Las palabras se acababan para expresar el horror. Le pedí que lo intentara. Que hiciera un esfuerzo por buscarlas. Porque necesitaba entenderlo. Sí. Estaba dispuesto a escucharla y creerla hasta el final. Pero no. No podía asegurarle que, después de haberla escuchado y creído, fuera a abandonar el caso. Porque yo no estaba del lado de la verdad, fuerte cursilada. Yo estaba del lado de una niña violada y asesinada. Del lado de una familia herida de muerte. De unos padres que habían recorrido casi diez mil kilómetros para hallar respuestas. En eso consistía mi oficio. Ya que no podía salvar vidas (siempre me contrataban después de que la gente muriera), quería poder ofrecer respuestas a los que preguntaban.

Eso sí. Una cosa podía asegurarle a mi farmacéutica. Si, como ella sugería, la respuesta me llevaba a Del Amo, si la cara es el espejo del alma y el alma de mi cliente era del color de la noche, por mis muertos que iba a servirse a la policía en bandeja de plata. Y solicitaría que me dejaran cerrar la celda con llave después de que lo metieran a él. Porque yo estaba también del lado de Beatriz. Entonces y siempre. En aquello y en todo lo demás. Y si no me creía, si tenía la más pequeña duda al respecto, las puertas de aquel salón y de mi vida estaban abiertas para ella.

Transcurrieron cinco segundos que me parecieron cinco siglos. Me sentí envejecer. Tuve la sensación de que el cabello se me caía a mechones. De que mi piel se agrietaba. De que perdía la visión del ojo izquierdo. Gracias al cielo, justo cuando empezaba a olvidar mi nombre y el nombre de Beatriz y el lugar dónde estábamos sentados, ella volvió a hablar. En voz baja pero firme. Me iba a contar una historia triste. Y me iba a dejar luego decidir lo que hacer. Y lo aceptaría. Pero yo tenía que comprender lo que significaba para ella sentirme de verdad a su lado. No de boquilla. De verdad. Hasta el fondo.

La cosa suele comenzar de un modo sutil. Sin aspavientos. Tanto que una no se da

cuenta de si ocurrió de veras o fue producto de su imaginación. Pero, cuando tiempo después haces recuento, adviertes que ocurrió. En su caso fue un vestido azul. Nada del otro jueves. Un simple vestido de verano. Estaban de vacaciones y había una ola de calor sofocante. Se disponían a cenar en el comedor del hotel. Y Beatriz eligió un vestido azul turquesa con ribetes rosados. Sin mangas. Con un escote precioso a la espalda. No era excesivo, apenas le llegaba a la mitad. Pero suele suceder que esos escotes atrás recogen la prenda y ciñen la pechera. Entonces, claro, a Beatriz se le resaltaba el pecho. Bromeó con eso. Le dijo a César con toda la ingenuidad del mundo que el traje le hacía unas tetas enormes y que iba a empezar a ponerse ropa de aquella marca.

A él no le hizo ni pizca de gracia la broma. El cuerpo de su mujer era suyo y solo suyo. Y le ordenó que se cambiara. ¿Se lo ordenó? Quizá ordenar fuera un término desmedido. Digamos que se lo sugirió con insistencia. César no se iba a sentir cómodo cenando si todo el mundo le miraba a su mujer las tetas. Le insinuó que se pusiera un foulard. ¿Un foulard con treinta grados a las diez de la noche? Hubiera sido ridículo. Entonces sí que la mirarían. Pues una blusa o el traje verde. Ella tenía un traje verde más holgado que no le marcaba ni una forma. Al final cedió. No iba a fastidiar una cena a la luz de la luna por un vestido. Fue su primera cesión, su primer error. El primero de tantos. Incluso llegó a encontrarle algo de encanto a los celos de César. Sí. No hay mayor ciego que el que no quiere ver.

La segunda fue más dura, tal vez porque fue pública. Beatriz había organizado una comida en casa a la que asistieron unos pocos amigos, incluidos Miguel y Concha y un colega de César recién separado. Ella se había esmerado para que todo estuviese perfecto: la mesa, el mantel, las servilletas de tela, la cubertería. Había cocinado setas, una ensalada de pasta fresca y un solomillo al horno abrigado con lonchas de beicon. De postre, mus de limón. Imaginé el festín. Yo había gozado alguna vez de la maña de Beatriz en la cocina. No pude imaginar qué había podido salir mal.

Todo. Había salido mal todo. La comida estaba rica. Con el vino acertaron. Muy armonioso. La mus quedó algo líquida pero nadie lo notó. Pero en la sobremesa se jodió la armonía cuando el recién separado, un tal Ismael, la piropoó. Fue un asunto trivial, un piropo elegante. Más producto de la cortesía que de una atracción sincera. Ismael alzó la copa y brindó por la belleza y la sabiduría de la anfitriona. Para qué fue aquello. A su marido (más Bruto que César esa noche), en lugar de enorgullecerle tener una mujer con semejantes cualidades, le sentó el piropo a cuerno quemado. Y se pasó el resto de la velada amargado, cínico, grosero. Pero como todos los maltratadores se comportó como un cobarde. Porque no la tomó con el invitado lisonjero, un hombre que le sacaba quince kilos y quince centímetros y lo hubiera tumbado de una trompada. La tomó con ella, a saber qué culpa tendría.

No paró de rebajarla, de humillarla delante de todos. Que no era tan guapa ni tan perfecta, más bien torpe y estúpida. Que acabó la carrera a trompicones. Que no sabía

ni orientarse en el pueblo donde vivían. Vamos, que de no ser por él habría acabado de puta de arrabal. Porque donde ella era realmente buena, según el impresentable de su entonces marido, era en la cama. Cabrón. La cosa llegó a tal grado de grosería que hasta Miguel tuvo que pararle las patas. Y el almuerzo acabó antes de tiempo y con un gusto a hiel en el ambiente. ¿Había oído yo aquel refrán que dice que la primera vez que a uno lo engañan la culpa es del mentiroso pero la segunda es culpa de uno?

Pues era cierto. La culpa fue totalmente de Beatriz. Esa misma tarde tenía que haberlo mandado a la mierda. Tenía que haber hecho las maletas, agarrado a su hijo y salido por la puerta para no regresar. ¿Por qué no lo hizo? Porque ella también era una cobarde. Porque tenían un niño y otro en camino. Porque a sus padres les hubiera dado un disgusto. Porque César era lo malo conocido y no se sentía capaz de sobrevivir sin él. No lo hizo y se hubo de arrepentir para dos vidas. Pero aquello le dio alas a su exmarido. Fue como una invitación para seguir puteándola.

El té se había enfriado pero el recuerdo no. El recuerdo dolía demasiado como para enfriarse. Después de aquella noche vinieron otras más. Otras ocasiones que César no desaprovechó para degradarla en público y en privado. Tuve miedo de preguntar algo que me llevaba quemando en la boca desde que Beatriz había empezado a contar su historia. No me hizo falta. Continuó su relato donde lo había dejado. Hay quien piensa que la imagen del maltrato es un ojo morado o un brazo roto. Y eso es solo la punta del iceberg. Lo que más duele está debajo. No hay traumatólogo que repare un esguince de alma. Las ilusiones deshechas. La soledad. César estuvo a punto de pegarle alguna vez. Y alguna vez la agarró con rabia por los brazos, dejándole un par de cardenales. Pero un bofetón no hubiera podido empeorar las heridas que ya se habían abierto. Y cuando el amor se va no hay barco que lo traiga de vuelta.

Por eso no le servía la excusa de que en la demanda de divorcio del profesor no hubiera habido orden de alejamiento. O que el tipo pudiera ver a su hijo dos fines de semana por mes. Solo eran gotas en mitad de una marea burocrática, de un acuerdo prematrimonial. Seguramente se lo habría aconsejado a Sara Arrocha su abogado para acelerar los trámites de divorcio. Para liberarla cuanto antes del yugo del dictador. Lo que resultaba claro clarísimo era que el profesor tenía la mirada del asesino. No. No se había vuelto loca. Quien mata las ilusiones de la mujer que te quiere es también un asesino. Beatriz lo recalcó como un aviso a navegantes. Por si a mí se me ocurría cometer el mismo error.

Poder. La clave en esos casos es siempre el poder. El que pretenden ejercer los hombres sobre las mujeres. Y Jorge del Amo lo ejercía sin duda sobre Paola Bortolucci. La diferencia de años era significativa. Mucho. Beatriz no podía afirmar de un modo categórico que él la violara y la matara. Pero de alguien que necesita el poder para acostarse con una niña se puede esperar todo.

Se había hecho tarde. Ella tenía que atender una farmacia. Le iban a hacer una inspección esa mañana. Una tabarra. Pero no. No estaba mosqueada con Hacienda.

Que no me hiciera ilusiones. Su cabreo era conmigo, con mi cabezonería. Se levantó. Se colgó el bolso del hombro. Se dirigió a la puerta. Se detuvo. Pareció pensarlo. Regresó a donde yo estaba de pie, confundido, indefenso. Me abrazó por la cintura. Me besó. ¿Eso significaba que aún teníamos futuro? No. Era puro descarte. Entre César, Del Amo, el inspector de Hacienda y yo, ¿a quién iba a besar? Aun así, yo debía recordar que no se puede vivir de las rentas. Los besos hay que ganárselos día a día.

Me hizo prometerle una cosa. ¿Otra? Sí, otra. Pero esta más fácil de cumplir. Que me lo tomara como un trato. Dando y dando como de niños en la escuela con las estampas de futbolistas. Ella aceptaría (por ahora) que yo continuara en el caso Bortolucci. Y yo escucharía lo que tuviera que decirme Sara Arrocha. Exacto. Pensaba en la exmujer del profesor. Solidaridad entre víctimas o como yo quisiera llamarlo. Entonces la besé yo. ¿Mi beso suponía una rúbrica? No. Era puro descarte. Entre Inés, Arrocha y Beatriz, ¿a quién iba a besar? Su risa se abrió paso en el salón como un rayo de luz. Y a un rayo de luz no puedes negarle un trato.

La ducha me sentó de maravilla. La temperatura del agua volvía a ser amistosa. La dejé caer hasta que se me arrugaron los dedos. En ello hubo algo de catarsis, de limpieza de ánimo. Antes de salir llamé a Inés. Mi secretaria acababa de llegar a la agencia. Se había servido uno de sus cafés tostados y ya estaba tecleando las primeras palabras en el ordenador. ¿Yo? Yo pensaba desayunar algo y pasarme por el Salto del Negro a hablar con mi cliente. No sabía si me dejarían verlo pero al menos pretendía dejarle recado a sus celadores.

La mañana, no obstante, iba de invocaciones. Y antes de terminar de vestirme sonó el teléfono. Jorge del Amo me iba a ahorrar la visita. De hecho jamás volví a visitarlo a la cárcel. Quería asegurarse de que su exmujer no me había hecho cambiar de opinión. ¿Sobre él o sobre el trabajo? Ignoraba que yo tuviera una opinión sobre él. Se refería a la investigación. Lo tranquilicé a medias. Todos tenemos una opinión sobre todos pero aún era pronto para compartir la mía. La visita de Sara Arrocha, aunque enigmática, no iba a alejarme del caso Bortolucci. Yo no era de los que se rajaban a las primeras de cambio.

Guardaba unas preguntas antes de que colgara. ¿Qué coche tenía Del Amo? ¿Dónde podía conseguir las llaves de su casa? ¿Y cómo se había enterado de mi entrevista con su exmujer? El profesor fue conciso, no tenía mucho tiempo para florituras. Un Honda color gris metalizado de gasoil. Su madre guardaba un juego de llaves; la llamaría y la pondría sobre aviso de que alguien pasaría a recogerlas. Y se lo había contado la propia Sara. ¿Satisfecho con las respuestas? Mucho. Ya tendría noticias mías.

No dije toda la verdad. Me habían complacido dos de las tres respuestas. La tercera me dejó un escozor en la espalda como una racha de aire gélido. Primero Arrocha se enteraba de mi charla con su exmarido posiblemente por él. Ahora Del Amo se enteraba de mi charla con su exmujer sin duda por ella. ¿Qué coño de expareja era esa? ¿A cuento de qué tanta complicidad? O yo tenía el olfato muy delicado o algo olía a podrido en todo aquello.

Una rebanada de pan con aceite y sal, otra con serrano y tomate y dos cafés negros me devolvieron el alma al cuerpo. Si las penas con pan son menos, las dudas también. El camarero de la churrería del mercado andaba parlanchín. Iba a ser padre por primera vez y llevaba dos meses, desde que se había enterado, que no le llegaba

la camisa al cuerpo. Quería tenerlo, claro. Pero en qué clase de mundo iba a vivir su hijo. Estudiaría en una escuela que aparecía siempre en la cola de todas las escuelas europeas. Crecería en la región de España con más miseria y paro. Tendría que irse a buscar la vida a Alemania o a Brasil o a Canadá. Una puñetera locura. ¿No estaba yo de acuerdo?

No. No lo estaba. Le hablé de mi abuelo Colacho, un viejo calafate que había muerto hacía unos años. De vejez. Al igual que la mayoría de sus amigos, no había ido a ninguna escuela. A ellos les iban a hablar de miseria en plena posguerra. Y cuántos de los suyos acabaron viajando a Cuba o Venezuela a buscarse la vida. Mi abuelo, sin embargo, aprendió el oficio en una carpintería de ribera de los muelles. Se casó y tuvo una hija, mi madre. Sacó adelante a las dos mujeres de su vida restañando barcas en La Puntilla. Y vivió más o menos feliz hasta los noventa y pico. Así que no. Aquel me parecía tan buen momento como otro para tener un hijo.

El camarero regresó con el segundo café y más escrúpulos. Claro. A mi abuelo y al suyo, que se llamaba Juan Pedro y era barbero, les había tocado vivir en una época jeringada. Pero eran menos a repartir la pobreza. No tenían gitanos ni chinos ni moros robándoles el trabajo. En su época no sobraba gente, como ahora. Acabáramos.

Su discurso lo había oído tantas veces que me sonaba a manido. Había que echar de España a los extranjeros. Al otro, claro. Porque el que sobra siempre es el otro. El negro, el amarillo, el gitano. El problema radicaba en que su hijo iba a ser el negro en Alemania, el amarillo en Brasil y el gitano en Canadá. Y si allí pensaban como él menuda mierda de futuro. Así que sí. Mejor que no tuviera hijos. Mejor ponerse dos condones a la vez. O hacerse un nudo en la punta de la cuca. O, ya puestos, arrancársela de cuajo. Algunos tipos no deberían procrear.

La mañana era turbia, neblinosa. Una mañana londinense en mitad de la isla. Preferí caminar para bajar el desayuno salado y la ácida conversación. Me puse a leer las caras de la gente como en un anuncio. Quería averiguar hasta dónde tenía razón el camarero. ¿Quiénes eran, cuántos, de qué lugares procedían los otros? Una ecuatorianita llevaba del brazo a una anciana de mirada perdida. Un senegalés espigado barría la calle Galicia con una hoja de palma. Una rumana zamba tocaba la guitarra en los bajos de El Corte Inglés. Entre ellos, una fila de lamentos, una maraña de brazos y piernas, arrebuajados en el suelo, pedían unas monedas, aunque fuese unos céntimos, para comprar comida, mejor es pedir que robar, ¿no? Todos eran del país. Curioso panorama. Los que sobraban trabajaban en lo que podían y los que tenían derecho a la tierra se sentaban a esperar la lluvia.

* * *

La madre de Del Amo se llamaba Soledad Robaina y vivía en una casa terrera llena de humedades al final de Guanarteme, donde la ciudad se echa a dormir la siesta. La mujer llevaba cuatro días penando. Cuatro días en los que no hallaba resuello, todo se

le iba en una congoja temblorosa. Porque Jorge era un hombre estupendo, su niño. Solo le había dado motivos de orgullo. Y de ninguna manera sería capaz de hacer esa atrocidad que decían que había hecho. Ni pensarlo. No su hijo. No Jorge. La policía le había negado la posibilidad de hablar en su favor. Ni la escucharon. No podían hacer más de lo que hacían, dijeron. Cumplían con su cometido. Se notaba que le tenían inquina.

Cómo no. Ellos eran unos garrulos sin estudios mientras que su Jorge enseñaba en la universidad. Ellos no saldrían jamás de burros mientras que su hijo estaba a punto de descubrir un remedio contra el calentamiento del planeta. Ellos estaban casados con mujeres antipáticas y tristes mientras que a su niño se lo rifaban las muchachas más lindas de Las Palmas. Ella, Soledad, no le había conocido nunca una novia fea. Por eso lo envidiaban y se regodeaban con la idea de colgarle aquella muerte tan despreciable. A mí me lo podía contar, pues era obvio que yo sí la entendía. Porque era tan buen chico como su hijo, seguro que tendría a una mujer preciosa aguardándome en casa.

La atajé antes de que siguiera con su tralla chinchosa. ¿Jorge jamás había tenido problemas antes de aquel fin de semana? No. Y el divorcio no contaba, desde luego. Sara era una mujer desquiciada, una madre insufrible. Nunca había sabido entenderlo, pobre muchacho. Y mira que Soledad Robaina le había advertido un millón de veces que la Arrocha no era para él, que la olvidara. No contaba. Lo que aquella mujer había alegado en el juicio eran embustes de resentida. Invenciones de principio a fin.

Soledad quiso invitarme a una taza de café o una limonada. Le habría apetecido ofrecer algo más fuerte pero en su casa no había ni cerveza. Cuando su marido enfermó, tiró todas las botellas al cubo de la basura. ¿De qué enfermó? A la señora se le llenaron los ojos de legañas amargas. Cosas del hígado. Su marido había sido también un buen hombre, qué iba ella a decir. Pero a veces le daba un poco al orujo. Sí. Trabajaba en una fábrica de embotellado. Y a Soledad nadie la bajaba del burro de que habían sido los vapores de la aquellas jodidas máquinas y no los del alcohol los que se llevaron por delante a su marido, que en paz descansase.

Le acepté la limonada. Me interesaba su interpretación diagnóstica de la cirrosis hepática. Nos sentamos en su sala de estar. Yo en la esquina de un sofá de cuero de tres plazas. Ella en su sillón de orejas color teja desde donde veía las telenovelas, que era su modo de ver el mundo. Soledad salía poco. A la compra. A misa. A casa de su hermana Encarna, que padecía un mal de vértigo y apenas salía de la cama. Poco. No se le había perdido nada en ninguna otra parte. Llegó con una bandejita de madera sobre la que había colocado un tapete de hilo blanco bordado, como las sábanas de los ajuares de novia. Una jarra de limonada y dos vasos de cristal verde tintineaban al paso cansino de la mujer.

Entonces ocurrió algo extraño. Cuando hubo dejado la bandeja sobre la mesilla me acerqué para ayudarla a servir la bebida y la anciana dio un brinco, como una gata asustada. Me disculpé. Lo sentía. Mi única intención había sido facilitarle la tarea.

Soledad se recompuso, aún con el susto en los dedos. Ella lo serviría, que estaba acostumbrada y además era su deber. Pero los gestos son como los ríos. No vuelven atrás nunca.

Busqué con la mirada algún retrato del padre difunto. No había. Desde las baldas de una librería nos observaban los rostros de Jorge y de su hermana Diana. Y una foto de grupo en la que estaban los dos junto a su madre en un parque con columpios al fondo. Pero ni rastro del marido cirrótico. Soledad siguió hablando de las bondades de sus hijos. De los dos. A Diana la veía menos porque se había casado y se había mudado a Arucas, donde su marido tenía un bazar. Pero Jorge, que me fijara yo qué buen muchacho, impensable lo del crimen de la pobre chica, venía a verla una vez por semana. ¿Yo iba a ver a mi madre? No. Ya me hubiese gustado. Pero mi madre había muerto hacía más de quince años. Ah, caramba. Cuánto lo lamentaba.

La limonada tenía un punto ácido que raspaba en la garganta pero estaba fresca y bien valía la misa de templar tanta gaita. Tenía algo de prisa. La conversación estaba siendo muy amena pero su hijo no me pagaba para charlar con ella sino para descubrir al asesino de Paola Bortolucci. ¿La conocía doña Soledad? No. Jorge jamás la había llevado a casa. Tampoco le había hablado de la chica. Era muy reservado para sus cosas. Desde chico. Así que la primera noticia se la había dado un periodista de la radio que la había llamado para entrevistarla. Por supuesto que se había negado en redondo. Qué va; quite, quite; esos tipos lo retuercen todo; acabarían por convertir a mi hijo en una bestia solo para vender más periódicos.

De cualquier modo, Soledad Robaina hubiera jurado que Jorge y la estudiante no tenían tanta intimidad como sugería la prensa. Quizá hubieran tenido un lío, ya conocía yo ese mundo furtivo de profesores y alumnas. Pero quién no nos decía que fue ella, la italiana, la que enredó a su hijo en aquella historia. Tal vez para sacar mejores notas o para fardar delante de sus compañeras. Joder. Vaya mañana. Entre el camarero y la vieja comenzaba a perder la fe en el ser humano. Solo que a Del Amo ya no podía recomendarle que no tuviese madre.

Antes de que se me agriara la limonada en el estómago le pedí las llaves de la casa de Jorge. Me estaba retrasando en todo. La mujer fue a buscarlas y yo me quedé un rato dándole vueltas a aquella sala de estar. Una de tantas salas familiares. Una sala modesta repleta de recuerdos y regalos de boda del año de la polca. Pero sin foto del patriarca muerto.

* * *

Del Amo tenía su apartamento en un edificio de nueva construcción. De esos con patio interior lleno de parterres de flores y fuentecillas y hasta un coso de arena donde jugar los más pequeños. La estructura era reciente pero mantenía un hábito ya en desuso que, para quien se dedica a preguntar, es una boya de salvación: un portero que se aburría como una ostra y al que no le costaba ponerte al día en todo lo que

tuviera que ver con el vecindario.

No supe de su existencia hasta más tarde. Cuando llegué, el hombre debía de estar haciendo la ronda o ayudando a una vecina con un grifo o tomando un enyesque en su garita. Por eso pude entrar en el zaguán, coger el ascensor hasta el cuarto piso y cruzar un pasillo ancho y luminoso sin que nadie me pidiera credenciales. La puerta tenía un sello de la policía, que se rasgó al abrir. Total. Ya habían dado con el asesino, ¿para qué iban a volver atrás?

El apartamento olía a cerrado. A polvo. A productos químicos. La científica había entrado a degüello en todas y cada una de las estancias. Las persianas estaban entrecerradas, lo que daba a la casa un aire otoñal. Del Amo (o quien quiera en que hubiese delegado) había hecho un espléndido trabajo con la decoración. Pocos muebles pero bien escogidos. Espejos en las paredes que alargaban los espacios. Suelos blancos de gres. Y ningún pasillo inútil. Un picadero, vaya. Costaba ser imparcial con el profesor: piso elegante, novia italiana, fama de sátiro. Al final uno no sabía si odiarlo, envidiarlo o matricularse en su curso.

Hallé una réplica de la foto de familia que Soledad Robaina tenía en su sala. Vista con más calma, una nube sobrevolaba aquel día azul. Una nube instalada en los ojos de la niña Diana, terriblemente tristes. Contrastaba con esa escena un retrato de Paola Bortolucci, en bikini, saltando juguetona sobre la arena rubia. A mitad de camino, en la mesa del comedor, había una colección de imágenes, una por curso, del hijo de Del Amo en un portarretratos de cuatro ventanucos. El chiquillo vestía el uniforme de un colegio privado estilo inglés. Sin duda se trataba del mismo Sergio pero en cada nueva estampa parecía haberse comido a su versión anterior. Sentí cierta nostalgia al pensar qué habría sido de todos aquellos niños que sonreían a la cámara.

La alcoba tenía un aire de derrota. La cama sin hacer, con las sábanas arrugadas. El espejo torcido. En el suelo, una alfombra color ceniza. A los pies de la cama, unas zapatillas de playa. En la mesilla de noche, el único gesto de vida, una fotografía de la pareja. Se abrazaban en un *jacuzzi*. La muchacha, satisfecha y feliz, le robaba un beso a Jorge. No. En su mirada no había interés por sacar una matrícula ni su gesto buscaba presumir ante las amigas de la facultad. Paola estudiaba veterinaria, no arte dramático. No había pose en aquel abrazo.

Por más que busqué en gavetas y armarios no descubrí condones. Todo parecía de lo más normal. Me sorprendió, eso sí, encontrar una crema antiarrugas medio escondida entre las camisetas de Jorge. Lo imaginé acicalándose a hurtadillas para disimular los quebrantos de la edad. De la muchacha, además de los retratos, quedaba un pijama gris de Betty Boop en el ropero. Un frasco de colonia de Adolfo Domínguez en el aparador. Un cepillo de dientes rosa en el vaso del lavamanos. Una caja de anticonceptivos marca Yasmin en la repisa del baño, junto con los avíos de afeitar del profesor y una cajita con pastillas romboides de un azul intenso.

Resulta extraño lo poco que dejamos atrás cuando nos vamos para siempre. Una muchacha muere y lo que queda de ella es un pijama, un perfume y un cepillo dental.

Jorge del Amo tendría solo cosas (materiales, concretas, contables) para sentir la presencia de Paola en su vida a partir de entonces. Cierto que el recuerdo es más profundo. Que habita más adentro, allá donde las tripas. Pero tal vez necesitamos detalles simples a los que aferrarnos. Detalles que luego acariciamos, olemos, observamos en silencio. Pensé en Beatriz. Yo ni si quiera tenía eso de ella. Ni fotografías juntos ni un pijama extraviado ni un cepillo en mi baño.

En el ascensor, a la salida, coincidí con un tipo pequeño y ancho que acarreaba dos bolsas de basura para reciclar: una con cartones y otra con botellas de cristal. El hombre se sintió acaso desprotegido, con ambas manos ocupadas. No sabía dónde mirar. Me saludó con suspicacia. ¿Estaba yo buscando a alguien? Estudió mi reacción. No me había visto entrar, y no eran horas de visita. Me presenté como un colega del profesor Del Amo. Una verdad a medias tan buena como otra. Ocurre que las medias verdades son como las sopladeras: para que funcionen hay que inflarlas cada vez más, pero hay que saber detenerse a tiempo no sea que acaben estallándote en la cara.

El jodido portero me sometió al tercer grado. Si era colega de él, ¿cómo es que no sabía lo de su detención? Porque estaba de viaje. Diez días fuera. Acababa de regresar. ¿De dónde? De Chicago. Había sido invitado por la universidad para impartir un seminario. ¿Mucho *jet lag*? Para dar y regalar. Aún no me había repuesto. ¿Grande Chicago? Grande y fría, carajo. A esas alturas de la primavera me había nevado. ¿Lo peor? No. Lo peor fue mamarse nueve horas de avión encajado en un asiento junto al gordo de Minnesota. Porque sí. Allí todo era inmenso. El lago. Las carreteras. Los rascacielos. Las hamburguesas. Los policías. Todo. Inmenso y poderoso.

Por fortuna llegamos al vestíbulo. Se me habían acabado las respuestas absurdas. Como un viejo boxeador, me salí de las cuerdas antes de que el portero siguiera machacándome el hígado a preguntas. Dancé en mitad del cuadrilátero de la conserjería. Eludí el cuerpo a cuerpo. Cogí aire. Me limpié el sudor. Y desde el otro lado de la garita del conserje contraataqué. Me costaba creer que mi colega fuera un violador, un asesino. Siempre se le habían dado bien las mujeres. No necesitaba mucho para conquistarlas. En absoluto daba el perfil.

Mi contrincante pareció sorprendido. O no esperaba el contraataque o no compartía mi visión del vecino del cuarto B. Dejó las bolsas en un pequeño contenedor con ruedas que luego sacaría a la calle. Se rascó el lóbulo de la oreja calibrando la respuesta. Seguramente yo lo conocería mejor, que para eso era su amigo. ¿Solo colega? Ya. Pero solo colega es más que solo portero del edificio donde vives. Solo colega es mucho más que el que recoge tu mierda. ¿O no? Él, Matías Álamo, era el portero del edificio, el que recogía la basura. A Jorge únicamente lo veía por las mañanas. Sí. Álamo trabajaba hasta las cinco.

Un buen vecino Del Amo. Jamás había dado problemas. Nadie se había quejado ni de ruidos ni de olores ni de animales que es de lo que se suele quejar la gente. A la

italiana, pobre chica, se la había tropezado un par de veces. Saliendo de mañanita a la universidad o adonde quiera que se vaya tan temprano a los veinticuatro años. Le parecía una buena muchacha. Saludaba con una sonrisa y un buenos días con acento de afuera. ¿Era la primera con la que salía Jorge? Hubo otras antes. Pero nunca tan extranjeras ni tan jóvenes. Suertudo.

Pues me había dejado de piedra con la noticia sobre su detención. Ya le había dicho que estaba de viaje en Chicago. En serio que había intentado ponerme en contacto con Jorge el jueves anterior. Nada urgente. Una consulta sobre la investigación que llevábamos en la facultad. Sobre calderones. Sí. Calderones eran peces. El caso es que no contestó al móvil. Y con aquello de la diferencia horaria no volví a intentarlo. Porque cuando acababa mi seminario era plena madrugada en Las Palmas y cuando Jorge estaba en el laboratorio era mi hora de dormir.

¿Había dicho yo que el jueves pasado? Sí. Lo recordaba bien porque había sido mi última sesión con los estudiantes americanos y me habían invitado a un partido de los Bulls. Curioso. Ahora que Álamo recapacitaba, ese jueves los vio entrar a los dos a eso del mediodía. Juntos. El profesor y la alumna. Llegaron con unas bolsas del supermercado. Verduras, embutidos, vino. No es que él fuera brujo. Es que las bolsas eran transparentes. ¿Cuándo se fue el portero? A las cinco y cuarto. Y sí. Ellos seguían en el apartamento.

Se imponía ya detener la trola, despedirme del conserje antes de que me emocionara y la jodiera con algún dato tonto sobre el trabajo en la universidad o el clima de Chicago o cierto detalle personal que debiera conocer del profesor. De cualquier modo, no podía ir a inspeccionar el coche de Del Amo. A cuento de qué un *solo colega* iba a tener la llave del garaje. Debería esperar a las cinco, cuando Álamo se marchara a casa o a donde se fuesen los conserjes después de su jornada de trabajo.

La mañana, con todo, había sido provechosa. Si uníamos las tres piezas (los silencios de Soledad Robaina, el apartamento vacío de Jorge del Amo y la verborrea de Matías Álamo), una parte del rompecabezas comenzaba a asomar. Desde luego que no era definitivo pero se vislumbraba un cierto color gris en aquel caso. El gris de una infancia rota. El de muchos sueños incumplidos. Y el de algún que otro secreto.

Llamé a Margarita Esponda para ver cómo habían ido las gestiones con su amiga de facultad. Magnífico. Podía recibirme a las tres en su despacho del palacio de juzgados. Me daba una hora. Contada de reloj. Eva Jerez era una mujer moderna. A las cuatro y cuarto debía recoger a su hija en la guardería. Una madre cocodrilo. Por la mañana cazaba en el río y por la tarde cuidaba de sus crías. La misma boca que partía en dos a un delincuente en un juicio servía para besar con mimo a su pequeña.

No me iba a dar tiempo a sentarme a comer. *Dura lex sed lex*. De camino al despacho, compré un sándwich de atún y millo en un bar de Viera y Clavijo. Reconozco que hubo algo de travesura en la elección del sitio. Me pudo la curiosidad. El bochinche estaba a un paso de la óptica del novio de Inés. Di un rodeo para pasar por delante del escaparate. Entrar me hubiera parecido una deslealtad pero mirar

desde afuera no podía considerarse traición. Además, se me estaba agudizando la presbicia con la edad.

Un hombre ayudaba a elegir gafas de sol a una muchacha joven. Las alternativas eran unas de carey oscuro con cristales inmensos que le tapaban casi toda la cara a la chica y otras negras, más modernas, con cristales cuadrados. El dueño de la óptica pretendía convencerla de que se llevara las grandes. Volvían a estar de moda treinta años después. Yo hubiera optado por las otras. Pero tal vez mis gustos estaban necesitando también un oculista. El hombre sonreía. No sé por qué me lo esperaba tal y como era: alto, desgarrado, con el pelo largo y canoso recogido en una coleta, unos espejuelos redondos a lo John Lennon, los gestos embridados, la sonrisa tímida. Me gustaba.

Mi secretaria se había ido ya. Mejor. Así podía sacarme los zapatos, poner los pies en alto, abrir una cerveza y comerme el sándwich mientras escuchaba las noticias de radio nacional. ¿Eran imaginaciones mías o la cadena había dado un giro a la derecha del carajo? Los locutores aplaudían como forofos las decisiones del gobierno. Según ellos, el barco iba viento en popa, a toda vela y al otro lado Estambul. Atrás habían quedado ya la crisis, los pobres de pedir, los desahuciados y las colas de espera en los hospitales. Todo se iba en proyectos de futuro halagüeño y la prima de riesgo cada vez más baja. La madre que los parió.

Me dio tiempo de dar una cabezada. Doce minutos. Lo justo para olvidar la cantinela de los locutores. O aún mejor. Para creérmela de verdad. Para soñar algo lindo. Con Beatriz, por ejemplo. Con la que me quería, claro. Con la que aún no me había puesto en cuarentena. Desperté cuando iba a pasar algo interesante. Joder. Tanto bregar con las olas para morir en la orilla. Rescaté la última imagen de mi amor en la playa, descalza, con un vestido blanco. Y la guardé para recuperarla cuando llegara la hambruna.

Eva Jerez no se parecía en nada a Beatriz. Alta, rotunda, hombros anchos, brazos largos. Vestía de un modo demasiado serio, como de institutriz victoriana. Gris y formal. Un vestido de paño que debía de dar un calor de la leche. Manga larga. Falda hasta las rodillas. Y, debajo, una blusa de cuello blanco y redondo. En una percha de su despacho colgaba la toga negra y brillante. Dependía de cómo le diera la luz, la prenda parecía de charol. En la pared, una orla de promoción y varios títulos académicos. Sobre el escritorio, una fotografía de su hija y otra de la fiscal recibiendo un diploma de manos del presidente canario. Le sacaba una cabeza a Paulino Rivero. Una madre cocodrilo. Sí. Pero de las del Nilo. De las grandes.

Estaba sobre aviso de la investigación que yo tenía entre manos. Y quiso dejar claro que mi oficio le resultaba no pocas veces despreciable. A pique estuve de responderle que no era yo el que dejaba luego libres a los asesinos, a los violadores, a los políticos corruptos. Ni de coña. Eran otros que también vestían togas y lucían diplomas en las paredes de sus despachos. Yo iba en vaqueros y camisa. Y mis paredes estaban limpias, inmaculadas. Como mucho alguna reproducción, alguna serigrafía que alguien dejó en prenda porque no pudo pagarme. Así que menos guasa. Me hubiera gustado aclarar ese aspecto pero no me apetecía dilapidar mi hora en repartir las culpas de todos los males. Opté por el camino recto. Yo no había ido allí a juzgar a nadie. Simplemente quería entender.

Su sonrisa me perdonó la vida. ¿Seguro que simplemente quería entender? ¿Seguro que podría soportarlo? Porque a los hombres no suele gustarnos que nos digan ciertas verdades cara a cara. Me desagradó el retintín con el que hablaba. Y aquel halo de superioridad que desplegaba sobre la mesa. A los hombres no sé lo que les gusta. No los conozco a todos. Si lo decía por mí, debía de saber Eva Jerez que las verdades suelen ahorrarme trabajo. Que he conocido todos los disfraces que la mentira elige. Que me topo a diario con ella. Así que no tuviera remilgos: podría soportarlo.

La fiscal (odiaba lo de fiscal, le parecía postizo) había visto a lo largo de su carrera lo que no estaba en los escritos. ¿Recordaba yo *Blade Runner*? Pues eso. Las naves en llamas más allá de Orión, eran una riña de gatos capados al lado de lo que ella tenía que combatir a diario desde que entraba en su despacho. Y Jorge del Amo había sido uno más, uno entre tantos brutos. Tal vez peor. Porque era un hombre

inteligente y se había cuidado de no dejar huellas. ¿Marcas? No. Marcas dejaban todos. Los torpes y los listos. Quizá no en la cara o en la espalda o en las nalgas pero las marcas siempre quedaban ahí. Para que las mujeres supieran quién mandaba.

Igual que me sucedía con el anatómico forense, allí preferí quedarme con las impresiones más que con las anotaciones. Sí. Me hastiaban los informes, los legajos burocráticos. ¿Las estadísticas? También. Ya conocía ella la parábola del hombre que come un pollo a la semana y el hombre que no tiene qué comer. Al final en el recuento queda que cada uno se come medio pollo. Y no. Eso le venía bien al comilón pero vaya coña para el muerto de hambre, ¿verdad? Pues eso. Podría pasarme sin las estadísticas.

¿Un acto de fe? Sonaba bien. Yo estaba dispuesto a practicar un acto de fe con aquella mujer. Siempre que ella aceptara dejar de hablarme como si yo fuese un tarado. ¿En qué sentido? En todos. En el del tarado que no sabe entender la ruindad de los hombres. Y el del tarado capaz de justificar o aceptar como si nada esa ruindad. Jerez mudó el semblante. Para mí que se le ablandó la pose. ¿Quién sabía? A lo mejor la fiscal no era tan implacable ni el detective tan imbécil como pensábamos.

A pesar del pacto amistoso, la mujer sacó un folio de la primera gaveta de su escritorio. Lo colocó sobre la mesa. Con dos dedos refinados y pulcros le dio la vuelta de modo que yo pudiera leer lo que decía. Y me dejó una pluma para que firmara. Se trataba de una cláusula de confidencialidad. Por supuesto que ella no tenía pensamiento de dar nombres ni fechas en la conversación. Pero a mí podía ocurrírseme atar cabos con algún viejo sumario leído en la prensa, sacar conclusiones e ir divulgándolas por ahí. Yo debía entender que, en tal caso, se me podía a caer el poco pelo que me quedaba. Porque ella tenía que proteger la privacidad de sus clientes y la suya propia. Firmé sin acabar de leerlo.

Aunque no me hicieran gracia las estadísticas, para empezar convenía que supiera que casi el ochenta por ciento de los casos de crueldad doméstica no se denunciaban. Por miedo. Por vergüenza. Por los hijos, que no tenían culpa de la maldad de su padre. Y entonces, cuando llegaba el temporal auténtico, se habían acabado los paraguas. Ya era tarde para remediar nada. Por más que insistiera la policía en que ellos estaban para proteger a las maltratadas, por más que se anunciara a diario el teléfono de la salvación, las víctimas esperaban hasta que ya no había nada que salvar. Tocaba recoger los restos del naufragio. Contar las puñaladas. Calibrar el grado de las quemaduras. Medir la altura del balcón por el que las habían empujado, nueve pisos en caída libre.

Me acordé de un caso así. Una mujer que había denunciado a su pareja por maltrato. El tipo se mamó tres noches en el calabozo, incomunicado, sin mediar juicio ni nada parecido. Tres noches en las que la mancha de bilis se fue ensanchando sobre el frío suelo de la celda como si fuese sangre. Y, como la sangre llama a la sangre, la misma tarde que lo soltaron, regresó a casa, agarró a la denunciante y la mató a puñetazos y patadas. Dicen que ni sus hermanos pudieron reconocerla de

cómo le dejó la cara. Eva Jerez también se acordaba de aquello y no se sentía orgullosa. La justicia le había fallado a la pobre mujer. Se había demorado en buscarle una vivienda de protección. Y para colmo el regreso del marido había pillado a la policía en un cambio de guardia. Sí. Una historia terrible, una suma de errores que viene a demostrar que infalibles solo son la muerte y el Papa de Roma.

Sin embargo, la fiscal no quería quedarse en el envoltorio, en la espuma que rebosaba el vaso. Esas noticias, aun siendo crueles y dolorosas, apenas mostraban un esbozo del verdadero cuadro de la violencia. Salían en los telediarios porque reflejaban lo más obscuro del problema. Lo que más vendía.

No. Ella no pretendía minimizar el asunto. Ni poner en la picota a los periodistas, bastante recibían ya por parte de políticos y empresarios para encima llevarse también palos de los jueces. Solo buscaba evitar que yo perdiera la perspectiva. Debajo de aquella mujer muerta a patadas había cientos de mujeres que vivían a patadas, que era su forma de morir a cuentagotas. Mujeres de sótanos, mujeres silenciosas cuyas historias nadie contaba.

¿Sara Arrocha? Posiblemente sí. Sara Arrocha y noventa y siete más en lo que iba de año. La fiscal señaló una tonga de pliegos que tenía en una carpeta sobre la mesa. Todo en menos de tres meses. A más de una por día. Para no gustarme el caldo la dichosa fiscal me estaba dando dos tazas de estadísticas. Pero no podía evitarlo. Porque noventa y siete era una cifra escandalosa, inaceptable. Y le quemaba como aceite hirviendo. A cada una de las víctimas les debía su afán. Su rabia. Su falta de sueño. Y el calor que pasaba con aquel jodido traje de tergal.

La entendía. Desde luego que sí. No era preciso ser mujer para sentirse horrorizado, para abominar de la vileza. Pero necesitaba que Eva Jerez me entendiese también a mí. ¿Podía afirmar más allá de toda duda (como decían en las películas de juicios) que Jorge del Amo era un...? La fiscal me interrumpió. Se pasaba por el forro de la toga las películas de juicios. Sí. Podía afirmarlo. Del Amo era un maltratador. Con sus once letras. Con sus cuatro sílabas. Un maltratador. Bien. Pero yo lo que quería preguntarle era otra cosa. ¿Qué? Quería saber si Del Amo era un asesino.

A Eva Jerez le habían salido las leyes antes que los dientes. Pura herencia. Bisabuelo. Abuelo. Padre. Todos togados. El primero y el tercero, jueces. El abuelo Dámaso y ella, fiscales. Una especie de alternancia dentro del equilibrio universal. Y una mujer con ese legado no iba a pillarse las manos en una afirmación tan arriesgada. No se atrevería a asegurar que Del Amo hubiese matado a la muchacha italiana ni a nadie. Pero que era capaz, eso lo sabían hasta los peces de colores. La fiscal ponía la mano en el fuego por eso, en una proporción de ochenta a veinte. Joder con la estadística.

Beatriz había hablado de poder. Jerez usó otro término igual de categórico. Posesión. El maltratador considera que su víctima es un objeto, una cosa que le pertenece por ley. Y hace uso de esa posesión como de todas las demás. Jerez no

podía ser más precisa. Ni dar ejemplos concretos. Pero yo me maravillaría de la cantidad de animaladas que un hombre es capaz de cometer con alguien que cree que le pertenece. En la calle. En la casa. En la cama. Por eso me recomendaba, otra más, que mantuviera una charla con Sara Arrocha. Eso si yo no hablaba en balde y era cierto que quería entender. La ex de Del Amo no me haría firmar ninguna cláusula de confidencialidad. Pero me abriría los ojos como nadie.

Argumenté, sin demasiada convicción, que no había leído ninguna orden de alejamiento en el proceso de divorcio. Que el profesor veía a su hijo con regularidad. Que Arrocha había recuperado su vida. Que, hasta donde yo sabía, hablaban frecuentemente por teléfono. La fiscal cruzó los brazos. Meditó su respuesta. En efecto, así era. Nada nuevo bajo el sol. Vale más un mal acuerdo que un buen pleito. Algo así como yo no mancho tu reputación y tú me dejas para siempre en paz. Pero el mal acuerdo funcionó dos años. Hasta que una muchacha apareció violada y asesinada en su zaguán. Entonces se dispararon las alarmas. Las de la policía. La de los jueces. Y las de la exmujer.

* * *

Una hora después de conocer a Eva Jerez me sentía el tipo más abrumado de la tierra. No recuerdo qué canción de los Beatles proclamaba una extraña declaración de amor. *Te quiero pero no me gustas*. Era una sensación desconocida para mí. Hasta esa tarde en que salí del despacho de la fiscal, yo siempre había sabido en qué equipo jugaba. A falta de un buen jornal y a riesgo de llevarme una tollina de palos en cada investigación, me confortaba la idea de que hacía lo correcto. De que ayudaba a alguien que merecía mi ayuda. Entonces llegó Jorge del Amo y rompió todos los moldes. Necesitaba mi ayuda, eso estaba claro. Pero yo empezaba a dudar de que la mereciera.

El mundo entero me remitía a Sara Arrocha, la mujer que guardaba todos los secretos. Me maliciaba que, después de hablar con ella, la situación iba a volverse loca. Mi cliente se iba a convertir en un extraño y el caso Bortolucci en un dolor de muelas. ¿Estaba yo dispuesto a salvar a un tipo así?

Regresé andando por la avenida marítima. Quería pensar. Que me diera el aire. Empaparme del olor a sal. La tarde estaba gris, cubierta por una manta espesa de nubes enfurruñadas. Las olas rompían contra las rocas del malecón. Furiosas. Violentas. Quizá las consideraran también de su propiedad. Imaginé a Paola Bortolucci contra los escalones. Golpeada. Vejada. Sola. La rabia del asesino en cada gesto. Llevaba días preguntándome de dónde venía tanto rencor. Tal vez fuera el momento de preguntarse hacia dónde iba. ¿Y si aquel fuera un crimen interpuesto? ¿Y si tuviera como destinatario a otra persona? ¿Y si hubieran querido dar una patada a Jorge del Amo en el culo de la estudiante italiana?

La muerte acaba con todo lo que eres. Te roba el futuro que hubieras podido tener.

Te deja sin nada. Pero eso incluye el dolor. Los muertos ya no sufren. Sin embargo, si matan lo que más quieres, sigues siendo, sufriendo, viviendo con el dolor a costas. ¿Y si eso era lo que pretendía el asesino de Paola Bortolucci? Despojar a Del Amo de todo lo que quería. Condenarlo a un futuro sin esperanza. Esa suposición quizá hubiera escandalizado a Beatriz y a Eva Jerez y a Sara Arrocha: un bruto egoísta y ruin no padece demasiado tiempo; su dolor es efímero; a los pocos meses ya está poniendo el ojo en su próxima víctima. Pero tal vez el asesino no opinara del mismo modo. Tal vez el asesino no lo conociera. O lo conociera demasiado.

Cuando me quise dar cuenta había llegado a la base naval. Mis pasos me habían alejado del supuesto criminal para conducirme hasta la víctima, a un tiro de piedra del zaguán donde habían acabado con su vida. Decidí darme un salto al apartamento que Paola compartía con los otros estudiantes. No esperaba demasiado. La policía habría removido los cimientos de toda la manzana buscando respuestas. Pero como ya tenían un culpable puede que hubieran dejado de preguntar antes de tiempo.

El edificio era antiguo. De piedra amarilla y sin balcones. De esos que se construyeron en los años sesenta cuando Guanarteme comenzaba a crecer, como los viejos, a lo ancho. Estaba flanqueado por una tienda de ropa deportiva y un local de telefonía móvil. A la hora de la muerte de Bortolucci ninguno de los establecimientos debía de estar abierto, de manera que preguntar allí hubiese sido una pérdida de tiempo. Antes de pulsar el timbre del telefonillo me detuve a observar el resto de la calle. Buscaba una visión panorámica del barrio, una perspectiva global. Aquella era una zona tranquila, sin bares ni locales de alterne, propensa a ser desierto a medianoche. Pero un desierto de asfalto y no de arena. Un desierto con eco. Las pisadas tenían que resonar. Los portones que retumbar. El motor de los coches que hacerse oír en el silencio.

Si alguien pudo ver algo aquella noche tuvo que ser desde el edificio del otro lado de la calle. Un edificio con ventanas bajas en una de las cuales un tipo apoyaba su aburrimiento. A su lado asomaba la cabeza de un perro labrador color chocolate que miraba el mundo como si no fuese con él. Indolente. Apático. El vecino vestía una camiseta azul descolorida en la que alguna vez destelló el nombre de una universidad americana. Lucía una melena larga hasta los hombros y una barba rala y descuidada. Fumaba un cigarrillo apestoso. Se rascaba el sobaco con despreocupación, igual que un tic. Observándolos a los dos, al perro y al dueño, era difícil adivinar quién le había contagiado la pereza a quién.

Crucé la calle. Me presenté. Lo de investigador privado no pareció impresionar ni a Jesús Alemany ni al animal, que apoyó el hocico sobre las patas y cerró los ojos. No. Llevaban días viendo entrar y salir de la casa de enfrente a policías de uniforme, a policías de paisano, a policías armados, desarmados, retadores, escrupulosos, con bolsas de deporte, sin nada. De modo que un detective más no resultaba extraño. ¿Lo habían interrogado? ¿A quién, a él? No, carajo, al perro. Qué gracioso Alemany. Ah. Pues a él nadie lo había interrogado. Según los periódicos ya habían detenido al

profesor de los huevos y lo habían encerrado en el Salto del Negro. Para qué mierda iban a preguntarle nada si habían resuelto el crimen.

No había visto jamás al asesino. ¿Eh?, ¿que aún no lo habían juzgado? Pues al sospechoso de asesinato. No lo había visto pero no le gustaba. A ver. No iba a negar que sentía envidia de él. Y tanta. Llevaba medio curso tirándose a una piba impresionante. La italiana estaba de toma pan y moja. Sí. Alemany sabía que uno no debe hablar mal de los muertos. Por eso hablaba muy bien. Se limitaba a admirar sus virtudes. Y las teologales no las conocía pero las otras saltaban a la vista. Paola estaba buenísima. Menudo par de tetas. A saber qué le vería a un carcamal como Del Amo. Sí. Había dicho que jamás lo había visto y era verdad. Pero su foto salía en el telediario a través de las rejas de la cárcel y parecía un vejstorio. Muy destruido. Ya. Imaginaba que una noche sin dormir, un interrogatorio pejuguera y el chándal viejo no favorecerían a nadie. Pero le caía mal y punto pelota.

Tenía sus razones. Muy personales. Un desengaño cruel cuando estudiaba en el instituto. Su novia lo había botado porque se enamoró del profesor de filosofía. Otro carcamal. Un mierda que solo hacía hablar y hablar del superego, del logos y de un puñetero río en el que uno no se puede bañar dos veces. Un estirado intelectual, vaya. Pero estirado y todo, recitador de Nietzsche y todo, viejo y todo, el muy cabrón le había levantado a la novia. Así que no. Ninguna lástima. Que se jodiera ese Del Amo. Que lo juzgaran de una puta vez y lo condenaran a cien años. Ah, ¿que no podían condenarlo a más de treinta? No le extrañaba, coño. Otra trampa más del sistema. Los *jediondos* políticos siempre barriendo para casa.

La noche que mataron a la italiana él se había ido. No a trabajar ni a la compra ni a la calle. Se había ido del todo. Se había salido del mundo. Un subidón de hachís cojonudo que le conseguía un colega de San Cristóbal. Aunque le hubieran preguntado no habría podido aportar información. Al menos ninguna información que pudiera servir en un juicio. Porque Alemany era un perdedor pero veía mucho cine. Tenía pirateado el canal plus del vecino de arriba y no se perdía una película clásica. Si lo subían a un estrado a declarar, la fiscal no tardaría en tirársele al cuello como un lobo. No tardaría en sacar a la palestra su afición al jaco y la vida de porquería que llevaba y su paro prolongado y sus antecedentes penales.

Sí. Jesús Alemany tenía antecedentes penales. Como su padre y su abuelo. De casta le venía al galgo. Igual que a Eva Jerez pero por el otro lado de la justicia, que era como decir el otro lado de la vida. Fueron faenas siempre pequeñas. Algún asunto de estraperlo. Algún hurto menor. Algún trapicheo de drogas. Nada de sangre ni armas de fuego ni violencia. Algo de intimidación sí, claro. ¿Estábamos locos o qué? Si no, no lo hubiera respetado ni Heidi. Pero como mucho enseñaba la navaja. Con eso solía bastar. Lo había mamado en casa. Su abuelo había ejercido en el puerto, su padre en la Isleta y él en Guanarteme. Así mismo. Ensanchando horizontes.

Pasó una mujer con un carrito de bebé. Miró a Alemany. Me miró a mí. Miró al perro. Se notaba que en quien más confiaba era en el animal. Puso cara de fastidio.

De no entender qué hacía un tipo como yo charlando con un tipo como aquel. Se detuvo para que yo me apartara de su camino. Se tapó la nariz. Y continuó andando. Alemany murmuró algo que no logré entender pero que, seguro, no dejaba en buen lugar a la abuela del bebé.

Entonces quedábamos en que no habría podido aportar ninguna información que sirviera en un juicio. Pero no estábamos en un juicio, ¿no es eso? Yo no era abogado defensor ni lo tenía acorralado ni iba a tirarme a su cuello. A mí me importaban lo que se dice un huevo sus antecedentes, su vida de perdedor o si prefería el tocomocho al timo de la estampita. Me interesaba solo una cosa: en medio de la mamada que se había pillado, ¿no habría habido un breve instante de lucidez en que recordara haber visto un Honda color gris metálico desde el que se bajara Paola Bortolucci aquella dichosa noche? ¿Un instante de claridad en que recordara haber oído un motor de gasoil, unos pasos, la puerta de un zaguán, un forcejeo?

Estaba claro que yo jamás había pillado una mierda con hachís del bueno. No. Ni del bueno ni del malo ni del de andar por casa. Alguna tajada de ron o de whisky me agarré en mis buenos años. Pero nada que ver con la tempestad que levantaba un colocón de droga. Por eso Alemany entendió mi estúpida pregunta. Porque él sí reconocía esa tempestad. Él sí sabía lo que era mamarse hasta perder el sentido y al día siguiente solo recordar ligeros detalles, como imágenes sueltas en un daguerrotipo.

¿Aquella noche? De aquella noche recordaba el ruido de un motor pero no de gasoil. El de una moto grande. Y dos sombras que se bajaban de ella. Que se dirigían al edificio de enfrente. Que se perdían dentro de la boca de lobo que era el zaguán. No. Imposible recordar un rostro ni una voz ni una risa. Solo sombras. Pudiera ser que una chupa de cuero y un casco de motorista. Tal vez una melena que podría coincidir con la de Paola Bortolucci pero que también coincidiría con la de otras veinte mil muchachas de su edad. Por cierto que en su desvarío creyó ver que una de las dos sombras salía sola del portal un minuto después.

Alemany se encogió de hombros. Acarició la cabeza de su labrador, que se llamaba Elvis. Volvió a rascarse con desgana el sobaco. Me miró como si me viera por primera vez. Una alucinación de drogadicto, dijo. Si íbamos con aquello a un juez nos diría que se trataba de una alucinación de drogadicto. Se descojonaría de nosotros. De él, por haber creído en una emboscada de su mente exhausta. De mí, por haber creído en él. La misa, pues, estaba dicha. Me despedí de Jesús Alemany y de Elvis. ¿Adiós? ¿Hasta la vista? Uno nunca sabe.

Apenas puse el pie en la acera de enfrente se abrió la puerta del zaguán de Paola. Una señora salió tirando de un bulldog francés color negro y canela. Elvis, desde el otro lado de la calle, le ladró. El único gesto en toda la tarde que indicaba que no era un perro de porcelana china. No insistió en su porfía. Fue un ladrido llanero solitario. Sin amigos. Sin rostro. Elvis tal vez tomara lo mismo que su amo para merendar. Tal vez creyera que el bulldog, con ese color dálmata tan estrafalario, era parte de un sueño.

Yo aproveché el rebumbio para entrar en el edificio antes de que la puerta se cerrara de nuevo. El zaguán era angosto y oscuro. El techo, alto, desproporcionado, hospedaba un plafón de metal herrumbroso. Las paredes andaban desconchadas. A la derecha se distinguían los buzones. Nueve. Los de las ocho viviendas y uno para el cartero. En la fila de arriba estaba el del segundo A. Escrito a mano, con letras de molde, se leía el número del piso y tres nombres. Aún no habían quitado el de Paola. Daba grima eso de borrar el nombre de los muertos.

En los primeros escalones todavía podía verse una mancha parduzca. La sangre se resiste al olvido. El ascensor era un Otis con las puertas cromadas en rojo. El cristal mate tenía una herida zigzagueante en forma de rayo. El vientre estaba oscuro. La caja debía de andar en otra planta. No sé por qué me dio que el artefacto aquel tenía tendencia al caos. Que se averiaba cada dos por tres. Y que, como la mayor parte de los inquilinos eran estudiantes pringados, no se daban mucha prisa en arreglarlo. Ante la perspectiva de pasarme dos días con sus noches encerrado allí, decidí subir andando por las escaleras.

Me abrió la puerta una niña. Beatriz llevaba razón. Luego supe que Chiara Alberganti estudiaba en la universidad. Y que tenía un máster de no sé qué disciplina relacionada con la sociología. Y que había recibido ofertas de varias empresas demoscópicas para trabajar. Pero lo que yo vi en aquel umbral fue a una niña. Con ojos de niña. Con sonrisa (y lágrimas) de niña. Con cuerpo de niña.

Hablaba un castellano sin marcas, algo engolado pero muy aceptable. Su voz era muy cálida, una voz de verano. Sin embargo, su aspecto era de lo más anárquico. Llevaba un pantalón de peto desaliñado y un blusón sin mangas por cuyas oquedades tendían a escapársele unos senos breves y nerviosos. Arrastraba los pies en calcetines. Llevaba el pelo muy corto, un *piercing* en la aleta derecha de la nariz y dos cadenas de plata avejentada en la muñeca izquierda. Fumaba tabaco de liar. Por eso el piso

olía a tugurio, a clandestinidad, a los antros donde nos reuníamos a finales de los setenta a soñar con *mi querida España, una España mía, una España nuestra*. Tuve un ataque de nostalgia. La sensación de haberme ido yo también del mundo. Como Jesús Alemany pero sin hachís.

El apartamento, no obstante, era bien distinto a los de mi época de universitario. Los muebles eran viejos y baratos, qué menos, pero la sala estaba adornada con hermosas plantas y las paredes con modernas serigrafías. Apenas había libros, solo un par de manuales de estudio y un vademécum de cocina japonesa. Dos ordenadores se disputaban un lugar en la única mesa de estudios. Solo dos. El de Paola se lo había llevado la policía para analizar.

Chiara me había abierto la puerta después de mucho insistirle en que no tenía intención de hacerle daño. En que no era un maníaco ni un violador. En que trabajaba a veces con el inspector Álvarez, podía llamarlo para verificar mi versión. Me habían encargado investigar el asesinato de su compañera. Ya. Álvarez me había informado de que habían detenido al profesor Del Amo. Pero el delito era de tanta gravedad que querían asegurarse bien antes de llevarlo a juicio. Me prometí a mí mismo que esa iba a ser la única patraña que soltaría aquella tarde.

La muchacha aún estaba conmocionada. No se había hecho a la idea de que su amiga jamás regresaría. Porque aunque Paola pasaba más tiempo en casa del profesor que allí, a veces volvía. Como quien necesita curarse de algo. El amor puede ser la peor de las enfermedades. Y Paola retornaba a aquel apartamento a reponerse de su exceso de amor.

¿Así que un detective? Caray, qué fuerte. Como en las películas. Su entusiasmo era infantil y su café italiano. La niña Chiara lo tomaba con leche condensada para endulzar una vida ya bastante penosa. Yo lo preferí solo. La muchacha se sentó en la silla como si hiciera yoga, con las piernas cruzadas sobre el asiento. Juventud, divino tesoro. Si yo llego a imitarla, tendrían que avisar luego a los bomberos para desenroscarme. La risa de Chiara también era de niña. Pensé en Jorge del Amo y en Paola. Los imaginé en la cama. En la conversación que sucede al placer. En el horizonte que deslinda el sexo del amor. ¿Qué podrían decirse? ¿Qué tendrían en común? ¿De qué hablarían? Los recuerdos de infancia de él vendrían en los libros de historia de ella. Definitivamente, me estaba haciendo viejo. Se me enredaban tanto las piernas como los escrúpulos.

Debía de hacer muy poco que Alberganti se había cortado el pelo. Pasaba sus dedos por el cabello ralo como si aún no se hubiera acostumbrado a él. Tenía un rostro hermoso. De Madonna. Como una imagen de Miguel Ángel. Conocía a Paola Bortolucci desde hacía apenas cuatro meses pero el cariño no se mide en tiempo. Hablaba de ella igual que de una hermana. ¿Cómo se habían conocido? Las había presentado Aldo. En una fiesta Erasmus. Ella, Chiara, estaba viviendo en una incómoda pensión de Canalejas y no veía la hora de mandarse a mudar. Aldo y Paola, por su parte, ya compartían el apartamento de Montevideo. Debieron verla tan

afligida que le propusieron irse a vivir con ellos. Así. Sin anestesia. Les sobraban una habitación y dos cubatas. Y ya de paso se ahorrarían doscientos euros del alquiler. Todos ganaban.

Sí. Ya por entonces Paola y Del Amo eran... amantes. A Chiara le costó elegir la palabra. No lograba entenderlo. Sospeché que cobijaba las mismas dudas que yo. ¿Qué se le habría perdido a la Bortolucci en aquel amor loco? El complejo de Electra. Su profesor pudo convertirse en una prolongación del padre. Porque Paola adoraba a su padre. Tenía el cuarto empapelado con sus fotografías. De su madre, en cambio, apenas hablaba. Según ella, estaba celosa de la relación tan íntima que mantenían su hija y su marido.

¿Enemigos? A la edad de Paola, con su carácter y su facha, nadie tiene enemigos. Más bien devotos. Sí. Despertaba adoración allá donde iba. Lograba que se enamoraran de ella hasta los gatos. Y no era un decir. Chiara tenía un siamés bizco, introvertido y seco. Craso. A esa hora estaría en su cama, arrebujado entre los almohadones. Pues el gato solo se iba con Paola. Con nadie más. Un amor a primera vista. O al primer olor, que con los gatos nunca se sabía.

No. Si yo andaba buscando sospechosos del crimen, no me iba a ser fácil hallarlos por allí. Tal vez hubiese alguna compañera de la facultad, envidiosa de su simpatía. Pero no hasta el extremo de querer verla tan muerta. Porque la suya no había sido una simple muerte. A Chiara se le escapó una lágrima, que vino a detenerse en la orilla de su *piercing* de plata. Joder. No se habían contentado con matarla. La habían acribillado. Humillado. Habían asesinado también su dignidad. Mucho resentimiento para tan poca víctima.

¿Admiradores? Claro. Una legión. Se me iba a hacer de noche interrogándolos. En la facultad. En el laboratorio. En el gimnasio. ¿En el edificio donde vivían? También. Arriba, en el cuarto B, había dos estudiantes de enfermería que se bebían los vientos por Paola. Enamorados hasta las cachas. Eran capaces de subir y bajar diez veces las escaleras con tal de poder encontrársela por el camino. Sí. Había mujeres tocadas por una varita mágica como en los cuentos. Y la Bortolucci era una de ellas.

El gato apareció por la puerta del cuarto. Se subió al sofá. Se tumbó entre los pliegues de una manta azul. Siguió soñando con lo que quiera que soñasen los gatos bizcos. Chiara le dijo algo con voz mimosa. Pero el siamés siguió a lo suyo. De haber estado allí Paola, Craso habría corrido a acurrucarse en su regazo como una bola de pelo. Para que una se fiara del amor felino. Bicho infiel y desagradecido. Chiara bromeaba, claro. Se le escapó un guiño, un fruncir de nariz, cómico e inocente. Me ofreció un pedazo de panetón. Uno de esos enormes y esponjosos queques italianos. Riquísimo, dijo. Se lo mandaban de casa. Lo hacía su abuela África en el pueblo. Se lo agradecí. Pero estaba de servicio. No. La frase no solo se refería al alcohol. Si aceptara todos los dulces que me ofrecen en mis entrevistas habría acabado hace años como Pavarotti. Ya. Cantaba como Dios, eso nadie lo discutía. Pero no cabía por las

puertas. Así que nada de tentar a la bicha. Con el café iba más que servido.

Chiara comía en silencio. De vez en cuando le venía un gesto de acidez. Como si un mal recuerdo se le mezclara con el sabor del queque de su abuela. Ahora estaban en un aprieto Aldo y ella. No sabían qué hacer con el cuarto de Paola, si realquilarlo o dejarlo todo como estaba. ¿Sus cosas? De sus cosas se encargarían los padres de la Bortolucci, cuando acabaran con los trámites en el anatómico forense. Un buen aprieto sí. Necesitaban el dinero de un nuevo inquilino (aún quedaba un trimestre de curso y la beca no daba para mucho) pero les parecía rastroso negociar un alquiler con el recuerdo de su amiga aún caliente.

Chiara solo había entrado dos veces allí: el primer día que le enseñaron el apartamento y una noche que Paola estuvo enferma y le pidió que durmiera con ella. ¿Algo contagioso? Todo lo contagioso que pudiera ser el miedo.

La muchacha dudó unos segundos. Estaba cruzando un río revuelto. Y una vez que te hallas a la mitad ya no puedes volverte atrás: o llegas a la otra orilla o te ahogas. La acompañé en su viaje. La conforté en sus dudas. Tampoco parecía una tragedia. Una noche tenebrosa en cuatro meses no podía considerarse epidemia. Alberganti apuró su café. Tomó una cuchara para rebañar el restito de leche condensada que quedaba en el fondo de la taza. Pero, en vez de relamerse, pareció sobrevenirle una sombra, pareció hallarse justo donde el río más cubría. ¿Seguro que yo no era periodista? ¿De verdad que no iba a hacer un mal uso de lo que ella me contara? Seguro. De verdad. Se lo juraba por lo que más quisiese. ¿Por su abuela África? Hecho. Por su abuela África y por Craso el infiel y, si aceptaba el reto, también por mi honor. Lo que ella me dijese, entre aquellas paredes quedaría.

Paola era muy feliz con su profesor. Eso debía quedar claro antes de continuar. Muy feliz. Chiara no lo entendía pero así era. Sin embargo a veces esa felicidad se ensombrecía. Del Amo tenía un carácter escarpado, un poco como la cordillera de los Alpes: una noche podía estar en la cima y al día siguiente hundido en el barranco más profundo. Y cuando ocurría esto último asomaba una chispa de crueldad en sus modales. Le venían a la boca cosas que lastimaban. Acusaba a Paola de niña chica, de niña mimosa. Manda carajo. Pues claro. Al lado del vejestorio aquel, era un bebé.

No. Que ella supiera jamás le levantó la mano. Pero a veces, cuando Del Amo se perdía en la hondura, Paola se empequeñecía. Sentía miedo. ¿De qué? De tantas cosas. De lo uno y lo contrario. De que la abandonara y de que la situación fuera a peor con el tiempo. De que su trabajo en la universidad se viera comprometido y de ir a trabajar. Aquellos temores, eso sí, le duraban poco. Dos días como mucho. Luego el profesor la llamaba. Se deshacía en disculpas. La cubría a besos y a regalos. Y el mundo volvía a ser de color de rosa.

Así que Chiara no había vuelto a entrar en su cuarto. Le daba dentera. Uno no puede pasar página si te dan a oler el papel y la tinta a cada rato. No se sentía con fuerzas. Pero eso no era óbice para que yo lo hiciera. Total. Por allí habían pasado media docena de hombres rastreando huellas. Uno más qué importaba. Profanar una

tumba debía de ser como perder la virginidad. El segundo ya llega muy tarde. ¿Se habían llevado algo? Chiara amagó un gesto de rendición. A ella que la registraran. Mientras la científica examinaba cada rincón de la casa, Chiara se hallaba en un estado cataléptico. No podía recordar nada de lo que hizo o dijo. Para qué hablar de lo que hicieron o dijeron los demás.

Desde entonces le iban y le venían imágenes de Paola en las escaleras del zaguán. No. Chiara no había llegado a ver el cadáver. Se lo habían llevado antes de que ella llegara a casa. La muchacha se sonrojó. Se ovilló aún más en la silla. Cruzó los brazos. Sí. Ella había regresado el viernes bien entrada la mañana, después de haber dormido en casa de un amigo. Por sus ojos huidizos supuse que dormir era una forma de hablar y amigo, una figura retórica. En cualquier caso la libró de un espectáculo pavoroso. Mejor así.

¿Seguro? Ella no sabría decirme si había ganado con el cambio. La imaginación es muy puta. Pruebe usted a repetirse a sí mismo que no va a pensar en algo y ese algo se convertirá en un suplicio. Lo perseguirá por toda la casa como un gato loco. Y Chiara solo ansiaba recordar a su amiga con la mejor sonrisa, con su voz sedosa, con su mirada azul. Pero el pensamiento la traicionaba. Le ofrecía constante, machaconamente una serie grotesca de cuadros que representaban las muertes más horrendas. Paola sin ojos. Paola sin cuerpo. Con sangre entre los muslos. Con una brecha en el pecho. Abierta en dos. Amputada. Degollada. Crucificada.

Esta vez las lágrimas le llegaron al cuello. Ni el *piercing* de plata pudo servir de dique. El último pedazo de panetón se cubrió con su llanto. Dejó la cuchara en el plato con desprecio. Se sorbió los mocos. Hizo el gesto de desenredarse un cabello que ya no tenía. Se levantó. Me enseñó el camino hasta la habitación que había sido de su amiga. Aquello vino a ser como quitarse el esparadrapo de una herida. Si de todas maneras va a doler, mejor hacerlo rápido y mirando a otro lado. Cruzó el pasillo, abrió la puerta y, sin levantar la vista del suelo, regresó a la sala.

Paola Bortolucci era adicta a los aromas indios. Su cuarto olía a una mezcla loca de pachuli, canela, cardamomo... que todavía impregnaba la habitación. Coleccionaba recipientes de quemar incienso. Y el cuarto cerrado agigantaba la sensación de sahumerio. La estancia no era grande. Lo justo para una cama, un escritorio con su silla y un ropero de dos puertas. La colcha era de estameña. Sobre ella un cojín color rosa palo. En la pared un muestrario de dibujos hechos a carboncillo. Alguna fotografía de familia en la que podía verse a un hombre de unos cincuenta años moreno y fuerte. Supe que era su padre porque también aparecía con ella en diversos momentos de su vida: de muy niña y el día de su graduación y en un parque zoológico y en la playa.

Había una mesilla de noche a los pies de la cama (al lado no cabía) con una cajonera de un solo cajón. Un flexo de metal color azul oscuro se alzaba igual que un faro entre tanto quemador de incienso. Abrí la gaveta para hallar un libro y un cofre de madera. El libro era de Benedetti y llevaba una dedicatoria en castellano. *A mi*

niña linda. Dentro ninguna carta, ninguna foto, ninguna servilleta con una declaración de amor. ¿Para qué sirve entonces un libro de poemas?

En el cofre encontré varios pendientes y un collar de piedra verde. Un bolígrafo me hizo pensar en un diario personal que habrían requisado los de la científica. Encima del escritorio un par de libros de veterinaria y una libreta de apuntes. Otra lámpara de la que colgaba un osito de trapo con el equipaje de la Unión Deportiva. Y una moto cromada de coleccionista. La réplica de una Kawasaki roja. Lo único que desentonaba en aquel paisaje adolescente. La única nota de modernidad en un cuarto plagado de nostalgias. Una moto. Recordé el sueño brumoso de Alemany.

Abrí el ropero antes de irme. Me recibieron siete perchas con vestidos y camisas colgadas, cuatro cajones que me resistí a abrir y una maleta negra en el suelo sobre la que descansaba un sombrero panamá de propaganda. La cinta verde de un ron caribeño estaba desteñida y daba un aire de tristeza a un ropero ya triste de por sí. El ropero de un muerto.

Chiara me esperaba en la salita, en la misma postura indefensa y perdida. Tuve deseos de abrazarla. Pero me venció la vergüenza, el reparo de que pudiese malinterpretarlo. ¿Otro viejo verde aprovechándose del desamparo de una estudiante? Mejor no. Mejor sentarse al otro lado de la mesa y mantener las distancias. Aguardé a que volviese de allá donde hubiera estado vagando. A que me mirara. Le hice prometer algo que no podía cumplir. ¿El qué? Que estaría bien. Que se recuperaría. Que pronto podría mirar al futuro. Que entendería que nada de lo ocurrido era por su culpa. Porque todos tenemos la sensación, tras la muerte de quienes queremos, de que pudimos hacer más por ellos. Y no es así. Nunca es así. Le pedí que recordara siempre aquella noche en que veló el miedo de Paola. Aquella noche valía por todas las noches. Por todas las ausencias. Me dijo adiós con la mano y una sonrisa forzada. De acuerdo. Me lo prometía.

Cuando yo ya tenía la mano en el pomo de la puerta, me preguntó si había encontrado algo en el cuarto de su amiga que pudiera servirme en la investigación. Quizá. Esas cosas se revelan con el tiempo. Ahora no lo parecía pero mañana o pasado algún detalle se uniría a una imagen, un olor a un recuerdo y todo encajaría. Chiara no pudo explicar si Paola llevaba un diario ni quién le había regalado la moto del escritorio. No sabía de la existencia de ninguna de las dos cosas. ¿Amigos moteros? No que ella recordara. Aldo se manejaba en bicicleta por Las Palmas. Y ellas dos viajaban siempre en guagua. Bueno. Siempre no. La noche que murió, Paola regresó a casa en coche. ¿Estaba segura? No. Solo lo suponía. Era lo que decían los periódicos. Ya. Los periódicos. Fíate de la Virgen y no corras.

Beatriz no me esperaba. Al verme aparecer en la verja de entrada abrió los ojos y se tapó la boca con un divertido nerviosismo. Me llevó adentro. Me hizo sentar en el sillón del vestíbulo. Me puso una revista de decoración en las manos como si estuviera en el dentista o en el barbero. Y me rogó que esperase dos minutos a que se vistiera. Subió las escaleras llevando un pantalón vaquero, un blusón naranja desvarado y unas zapatillas de deporte. Once minutos después (los conté; me aburren las revistas de muebles) volvió a bajarlas con un corto vestido negro, unas sandalias con cordones dorados y el cabello recogido en una coleta. Una virgen vestal no me hubiera impresionado más. Me acerqué al último escalón para recibirla. La besé, Has estado comiendo chocolate. Ella me devolvió el beso, Un cuadradito de nada; ni siquiera se considera pecado. La ayudé a bajar el peldaño, No te estaba criticando, mujer; me gusta el chocolate de tu boca. El abrazo se me hizo poco.

Acababa de acostar a sus hijos. Se había abierto una cerveza. Había metido en una ensaladera dos tomates, media lechuga, un cuarto de cebolla, la mitad de una lata de atún que le había sobrado de los espagueti de los niños y una de millo dulce. Estaba aliñándola cuando oyó el timbre de la verja. ¿Qué me hubiera costado avisarla por teléfono? Nada. No me hubiera costado nada. Pero la realidad era que no supe que iba a visitarla hasta que ya me vi en la veredita alegre con luz de luna y de sol que conducía a su casa. Se lo juraba. Había cogido el coche y me había puesto a conducir sin rumbo. Solo para pensar. ¿En qué?

En la putada de morirse a los veinticuatro. Sí. Había estado reflexionando sobre la cantidad de cosas lindas que le habían arrebatado a Paola Bortolucci. Por supuesto que también le habrían ahorrado alguna lágrima, alguna desgracia, algún desengaño. La muerte no hace distinciones. Pero ni punto de comparación. A los veinticuatro la muerte es una auténtica jodienda. Había pensado en mí también. El miedo te hace egoísta. Yo tenía treinta años más que la estudiante italiana. Y si me hubieran preguntado habría dicho que no me apetecía morirme. Y eso que había vivido mucho y bien. Que no me había dejado pelos en la gatera. Que había aprovechado mi tiempo intensamente. Pero aún me quedaban cosas por vivir. ¿Por ejemplo? Por ejemplo ella, Beatriz.

Teníamos pendiente un viaje juntos. ¿A dónde? A Venecia. ¿Por qué Venecia? No supe decirle. Pensé en Venecia como habría podido pensar en Veracruz, en Nueva

York o en Sidney. Uno no debería morir sin conocer todos esos sitios. Beatriz jugó a ese juego al que tan aficionadas son las mujeres. ¿No sería que yo esperaba conocer a otras chicas para viajar con ellas a lugares así? ¿No estaría echando de menos otra piel, otros ojos, otras camas? Pues no, coño. Ni esperaba ni echaba de menos otras camas. Me gustaba *la suya*. Quería *la suya*. Echaba de menos *la suya*. Por eso mi coche me había conducido hasta *su* verja.

Compartimos la ensalada y dos cervezas. Mi farmacéutica propuso sacar unas pechugas de pollo que tenía en la nevera y freírlas con unas papas y abrir una botella de vino pero yo no tenía estómago para tanto. Además, después iba a decirme que solo la quería por sus cenas. Beatriz se sonrojó. Qué tonto yo. Cómo iba a decir eso. ¿De verdad había llegado a su casa sin pensarlo? De verdad de la buena. Mildred, mi viejo Volkswagen brasileño, se sabía el camino de memoria. Llevábamos tanto tiempo cabalgando juntos que leía mis estados de ánimo y a veces decidía por mí. ¿Cuál era exactamente mi estado de ánimo?

Híbrido. Impreciso. Una conjunción entre la rabia y la melancolía. A pesar de llevar tanto tiempo dedicado a mi oficio, no lograba acostumbrarme a la maldad humana. No llegaba a entender qué impelía a un hombre a cometer un crimen tan abyecto. Porque podía aceptar un arrebato, un arranque de pánico o de celos o de ira. Pero jamás un asesinato tan premeditado. Quien quiera que matase a Paola Bortolucci había tenido tiempo de arrepentirse aquella noche. De echarse atrás. De pensarlo dos veces.

La moto tuvo que detenerse en varios semáforos. El motorista y Paola tuvieron que hablar de algo en algún momento. La muchacha habría tardado tres, cuatro segundos en abrir la puerta del zaguán. El asesino habría mirados tres, cuatro veces a ambos lados de la calle para asegurarse la impunidad. Demasiados instantes en que un hombre recupera la capacidad de decidir.

Y no me refería solo a las argucias que inventaba un abogado en un juicio para eludir la pena. Hablaba de algo más hondo. Del libre albedrío. De la batalla entre el bien y el mal que se libraba desde el principio de los tiempos. Beatriz tomó otro pedazo de chocolate. Contraatacaba mejor con algo dulce en la boca. Conque el bien y el mal, ¿eh? Mira por dónde. De eso se llevaba quejando ella los últimos días. De que yo me hubiera vuelto insensible. De que no quisiera o no supiera distinguirlos cuando se trataba de un hombre que apaleaba a una mujer. Pues allí no servían las medias tintas: o se estaba con la víctima o con el abusador. De lo contrario volveríamos a aquel repugnante Al-go-ha-brá-he-cho, cuando mataban a una mujer o a un guardia civil o a un sindicalista. Eso equivalía a justificar el asesinato. A la ley de la selva.

No fui capaz de rebatirle el argumento. Lo compartía de principio a fin. Le aseguré que Jorge del Amo no era santo de mi devoción. Que no comprendía su estilo de vida ni su proceder. Que no me parecía ni medio bien la relación que mantenía con la estudiante. Me hubiera gustado que Beatriz hubiese conocido a Chiara Alberganti.

Una chiquilla, carajo. No tenía ni una arruga que besar. Sin embargo, había dos cosas que no me permitía olvidar: la primera, que yo no era quién para juzgar a nadie; la segunda y más importante, que no creía que Del Amo hubiera matado a Paola Bortolucci.

No. No lo creía. Y a cada paso que daba en la investigación me reafirmaba en esa teoría. A Beatriz se le notó la incomodidad. Le molestaba pensar en otro culpable distinto al que ya había asumido. ¿Cuánto de seguro estaba yo de la inocencia de Jorge del Amo? Bastante. Y no se trataba de una corazonada. La intuición no tenía cabida allí. Era una simple cuenta del barquero. Por alguna razón que algún día entenderé la muchacha estaba enamorada de su profesor. ¿Quién sabía? El efecto tarima. El complejo de Electra. O la necesidad de sentirse protegida en tierra extraña. Y a Del Amo ya empezaban a vérselo las costuras de la edad. Pocos trenes quedaban por pasar en su vida. Le había tocado la lotería con la italianita. ¿Por qué renunciar a ello? ¿Por qué echarlo todo por la borda?

El mundo entero (la policía, los periodistas, los amigos de la chica) creía que había sido él quien la había acompañado a casa aquella noche. Pero nadie aportaba una prueba ni un testigo. El único clavo al que se agarraban, los restos de semen en la víctima, era muy endeble. De haber sido Del Amo la habría llevado de verdad a casa. A la suya y no al pisito de Montevideo. Beatriz habitaba un chalet con cochera, no sabía lo difícil que era encontrar aparcamiento en la zona donde vivían los estudiantes. La idea del profesor recogiendo a Paola en Vegueta, cruzando la ciudad en su coche, buscando un sitio para dejarlo, caminando hasta el apartamento, entrando con la muchacha en el zaguán y matándola era rocambolesca.

No encajaba. Cada una de esas escenas sueltas podría pasar. Pero todas juntas, puestas en fila india, eran un disparate. Un brote de celos no deja esa huella. Un tipo celoso le rompe la crisma a la muchacha nada más verla en la calle. O la mete en el coche y la lleva hasta el malecón y la tira a la marea. O la atropella. Pero aquella liturgia de novio educado que acompaña a casa a la chica no me la tragaba. No. Desde luego que yo no era experto en psicología ni en trastornos compulsivos ni en brotes psicopáticos. Pero el maltratador loco y ruin que me pintaban no se hubiera tomado tantas molestias.

La conversación se estaba azabachando. Ya ni el chocolate lograba contrarrestar la acidez. Y yo no había ido a verla para amargarle la cena. ¿Entonces para qué? No estaba del todo seguro pero me barruntaba que para que no se nos enfriara la sopa. Ya. Se podía decir con más cariño. Que Beatriz me dejara intentarlo otra vez a ver si me salía. Había ido allí para asegurarme de que el pollaboba de Jorge del Amo no se iba a interponer entre nosotros. Y que pasara lo que pasase, fuera culpable o inocente de asesinato, ella y yo seguiríamos a lo nuestro. ¿Y qué era lo nuestro? Cojones con los acertijos.

¿Esperaba escuchar de mis labios que la quería? Pues la quería. Mucho. Pasaba que no creía necesario estar repitiéndolo cada dos días. Sí, coño. En las películas

americanas se lo repiten continuamente y tan felices que parecen. Pero en las películas americanas se matan a tiros continuamente, a veces incluso después de haberse dicho cuánto se quieren. Además, qué me estaba contando. En el cine los detectives llevan gabardina, escupen a cada rato y disparan antes de preguntar. Y si sus novias les piden que les digan Te quiero las mandan a la mierda a la primera. En Las Palmas no hay gabardina que valga y yo ni escupía ni cargaba con armas. Y sobre todo no tenía intención (¿no lo había dicho ya?) de cambiar de novia. Me gustaba la que tenía. ¿Por qué me gustaba?

Había que joderse con la farmacéutica. No sería por lo preguntona, carajo. Me gustaba porque me hacía reír. Porque aliviaba el llanto. Porque me había visto en bragas, cuando peor estaba, cuando era pura piltrafa después de morir mi abuelo. Porque con ella no tenía que posar, que fingir lo que no era. Como diría el poeta, me gustaba por sus piernas y su ideología. Más que nada por sus piernas, que no fuera a creerse. Me encantaban lo suaves que eran. Beatriz se levantó a cerrar la puerta de la cocina. Se sentó en el poyo. Se arremangó el vestidito negro. Última pregunta de la noche: ¿hasta qué punto me encantaban sus piernas?

Las cocinas se hicieron para hacer de comer. Al menos hasta que llegó el cartero que siempre llamaba dos veces. Y la cocina de Beatriz no era diferente. El poyo era estrecho y plagado de máquinas infernales: una tostadora, un microondas, un exprimidor de naranjas, una cafetera eléctrica. Resultaba difícil concentrarse con tanto aparato mirándote, con tanto artilugio peligroso amenazando con sacarte un ojo. Yo solo llamé una vez pero bien alto para que ella me oyera. Para que no le cupieran dudas de que iba en serio. Beatriz tenía los labios fríos de la cerveza y la lengua dulce del chocolate. Su risa se desbocó como sus muslos, cuando casi me dejé los cuernos contra la esquina de la alacena o con el codo abrí el grifo del fregadero.

Las cocinas se hicieron para hacer de comer y nosotros hicimos de comer, hicimos las paces y el amor y la digestión. Las gotas de sudor me caían en su escote, en su frente, en su espalda con cada arranque loco. Sus susurros (ni en el sexo olvidaba Beatriz que era madre y sus hijos dormían) daban la vuelta al cuarto. No supe si era el eco o que repetía hasta el orgasmo Quiero esto siempre, quiero esto más, joder, lo quiero todo, todo, todo. El último gemido coincidió con la oscuridad total. Beatriz debió de dar al interruptor porque todas las luces se apagaron.

Nos sentó bien la penumbra. Sustituimos la vista por el resto de sentidos. Nos detuvimos a olerlos, a escuchar nuestra respiración, a sentir nuestra piel húmeda, a descubrir los sabores que adquiere el chocolate en la boca, en el cuello, en la ingle. Soñamos con que el tiempo se detuviese allí. Un perro ladró en alguna casa de la urbanización. Una voz de mujer lo mandó callar. Un coche arrancó en la calle. Y regresó el silencio.

Me entretuve en besar y acariciar cada rincón del cuerpo de Beatriz. No. Ella no era Paola Bortolucci. Ya no tenía veinticuatro años ni lo pretendía. Me gustaban sus arrugas, sus pliegues, la estrías del tiempo en su vientre, en sus caderas, en sus tetas.

Me gustaba la cicatriz de apendicitis y la curiosa forma de su ombligo y una vieja herida de infancia en el antebrazo y sus pezones oscuros. ¿Se habían puesto de moda los pezones oscuros? ¿Las muchachas se los teñían? ¿De veras? Vaya idiotez. ¿A qué demonios sabría un pezón teñido? A chocolate desde luego no.

No me podía quedar. Ambos lo hubiéramos deseado. Pero hasta que las aguas de los celos de César volvieran a su cauce mejor cada mochuelo a su olivo. ¿No me dormiría conduciendo hasta casa? Se lo aseguraba. Ya le había dicho que Mildred se conocía el camino. A Beatriz no le convenció el cuento. Me olió el aliento a ver si el alcohol se había adueñado de mi sangre. Me miró las pupilas por si encontraba rastros de delirio. Me hizo beber un café sin azúcar por si acaso. Y no me dejó ir hasta que le prometí que la llamaría nada más llegar.

¿Veía ella por qué la quería tanto? ¿Veía por qué me importaba un pito que no tuviera veinticuatro años? Una muchacha de veinticuatro años me habría despedido con un beso en la puerta pero luego se habría metido en la cama y estaría roncando en menos que cantaba el gallo. Una muchacha de veinticuatro nunca pensaba en la muerte.

* * *

Una muchacha de veinticuatro nunca pensaba en la muerte. El viaje de regreso me dio para esa y otras consideraciones. Paola se había dejado acompañar al apartamento. Había visto a alguien conocido durante la juerga del jueves y había aceptado que la llevara en su moto. A pesar de la cara de preocupación que decían sus amigos que tenía, no debió de haber intuido el peligro. Su acompañante tenía que ser de confianza. Pero no demasiado porque, si no, le habría pedido que la llevase con Del Amo. Tenía las llaves en el bolso y no era tan tarde. ¿Por qué no lo hizo entonces?

Enumeré las posibilidades. Uno, por no molestar a Jorge. Dos, por no molestar al motorista. Tres, porque quería estar a solas con él. Cuatro, porque la obligaron. Cuando descartas las opciones más disparatadas, lo que queda suele ser la verdad. O lo que más se aproxima a la verdad. Paola se había encontrado con alguien la noche de las cañas y tapas en Vegueta. Había vuelto a despedirse de sus amigos antes de marcharse a casa. De haberse sentido de verdad amenazada hubiera dicho algo, hubiera pedido ayuda pero no lo hizo. No cogió un taxi. No tomó una guagua. No tuvo tiempo de regresar a pie. Aún quedaba por comprobar si alguien reconocía el coche de Del Amo pero la versión del motorista apuntada por Jesús Alemany, con su toque de alucine y todo, parecía verosímil.

La italiana no era de las que se va con cualquiera. Hasta su amiga Chiara reconocía que se la veía enamorada de su profesor. Sin embargo no fue a casa de su profesor sino a la suya. Y con intención de subir con su acompañante, quien quiera que fuese. Tan solo quedaban dos alternativas: o la engañaron o la amenazaron con

algún tipo de chantaje. La primera cuestión en un caso de asesinato es averiguar a quién beneficia. La muerte de Paola no beneficiaba en absoluto a nadie. Entonces había que darle la vuelta al argumento. ¿A quién perjudicaba? A la muchacha, sin duda. Pero también a Jorge del Amo. Y mucho. Primero, porque mataban lo que más quería. Segundo, porque lo ponían en el disparadero como principal sospechoso.

Necesitaba hallar a alguien que quisiera mal a Del Amo. Tanto como para asesinar a una chica. Su exmujer era la primera de la lista, si bien la complicidad que había mostrado la pareja desde que los conocía iba en otra dirección. Me di cuenta de que había estado escarbando en la basura de Paola Bortolucci y, en cambio, nada sabía de la de Del Amo. Al día siguiente tendría que visitar la Facultad de Veterinaria. Apremiaba conocer algo más de su trabajo, de sus rutinas, de sus colegas.

Llegué a casa poco después de medianoche. Me recibió un olor a puchero que el vecino de arriba estaría guisando. Era una costumbre extraña la suya. Cocinaba siempre la noche anterior, creía haberle oído decir, porque no tenía tiempo durante el día. Eso le ganó en el edificio el sobrenombre del Adelantado. Y el Adelantado regaba el patio de luces de aroma a batata, a zanahoria, a berros, a garbanzos mientras escuchaba en la radio un programa deportivo. Me había acostumbrado a ese ritual hasta tal punto que ya ni notaba los olores. El único problema era que a veces me entraba un hambre de lobo a deshoras y tenía que levantarme a hacerme un bocadillo para poder dormir.

Esa noche ya venía cenado. Recordar la cena y la sobremesa en la cocina de Beatriz me hizo recordar la promesa que le había hecho de llamar en cuanto llegara a casa. Hablamos en susurros. Tres minutos. Ella desde la cama. Yo desde el sofá. Ella confesó que aún olía a mí. Yo callé que el puchero del vecino se había apoderado de mi salón e impedía cualquier interferencia. Ella propuso más veladas como la de aquella noche. Yo acepté con agrado, a condición de que cambiáramos de lecho. Mis riñones y mis rodillas se hacían mayores para malabares y equilibristas. Me quedé con su risa antes de colgar. Y me la llevé a la cama para soñar con ella.

Creo que el miércoles se empezó a jeringar aún antes de levantarme de la cama. Tras darme una ducha rápida y vestirme con lo primero que encontré, desayuné en la barra de un bar que hay en Néstor de la Torre, un café y un pincho de tortilla mientras leía por encima el periódico de la mañana. Me resultó curioso comprobar cómo había adelgazado el diario en casi todas sus secciones excepto en la de anuncios por palabras. Cuatro páginas enteras. Y no porque la gente tuviera qué anunciar: las columnas más escuálidas tenían que ver con el alquiler de viviendas y pisos y garajes y fincas rústicas y locales comerciales. Eso apenas ocupaba media página. Las tres y media restantes se dedicaban a alquilar placer o vicio o amor o sexo. Cubanas, polacas, japonesas. Travestis, bisexuales. Cariñosas o guarras. Maduras o jóvenes. Embarazadas o universitarias. Con foto real o inventada. Capaces de llevarte al cielo o al infierno. Tres páginas y media que daban de comer a los periódicos. En tiempo de guerra cualquier agujero es una trinchera.

El camarero del bar, que me pilló mirando aquella sección, se ofreció a darme un par de direcciones por la zona en las que muchachas que aún no habían abandonado el instituto, nada putas, te hacían virguerías en una hora. No tenía ganas de pleitear con nadie tan de mañanita. Le hubiera pedido aclaración sobre lo que él entendía por «nada putas». Le hubiera discutido las virguerías que podía hacer una colegiala en una hora. Le hubiera planteado ciertas dudas legales y éticas sobre la edad de las muchachas. Sin embargo me fui del bar con la moral arrastrada y dejando al tipo con la idea de que el degenerado era yo.

De camino a la Facultad de Veterinaria paré a echar gasolina en Tinoca. El empleado de la gasolinera, un veinteañero desgredado y bocón, miró a Mildred con espanto y a mí con extrañeza. Le debimos de parecer dos piezas de museo. Cuando entré a pagar, el encargado, un hombre que llevaba coqueteando varios años con la jubilación, se interesó por el Volkswagen. Pero no. Ni por cuánto estaba en venta. Antes me dejaba cortar un brazo que desprenderme de Mildred. Que el viejo lo tildara de romanticismo si quería. Que me llamara ñoño. Me cobró con una sonrisa desdentada. Ni se le hubiera ocurrido. Lo entendía perfectamente. Él también era un ñoño romántico y tampoco lo hubiera vendido. El encanto de la madurez valía tanto para las personas como para las máquinas. Que no le fueran con el cuento chino de la obsolescencia programada.

Llegué a Veterinaria a media mañana, cuando el bullicio estudiantil estaba en su apogeo. La cafetería se hallaba a rebosar de pibes que compartían todo menos la mirada: libros, apuntes, notas. Algunos jugaban al cinquillo para matar las horas muertas entre clase y clase. Otros, más solitarios, leían en silencio. Un estudiante de intercambio mantenía una conversación por Skype con sus padres, su mejor amigo o su novia de siempre. Como a veces se le escapaba una sonrisa pánfila opté por que era la novia de siempre. Me acodé en la barra. Pedí un café y un vaso de agua con gas. Fingí leer el periódico, esta vez por las páginas deportivas, no fuera que volviéramos a las andadas con los anuncios verdes. Aproveché un hueco libre en que uno de los camareros andaba desocupado para lanzar la caña, Fuerte lío se ha montado con ese profesor, ¿verdad?; no paran ustedes de salir en la prensa.

El hombre me miró sin dejar de ordenar las tazas y los platos con un ruido estridente. Una locura. Esa era la palabra. Una puñetera locura. Ahora la cosa parecía haber amainado un poco pero llevaban unos días, sobre todo el viernes y el lunes, en que aquello parecía el mercado. La policía había estado allí interrogando a todo bicho viviente. Algo muy macabro. De película. Otro camarero se unió a las reflexiones de su colega. ¿Están hablando del asesinato?; menudo marrón; ¿quién iba a suponer algo así?; y esa pobre chica, con lo linda que era.

Estaban liados el profesor y la alumna. De ese burro no los bajaba ni el rector magnífico. Lo sospechaban desde hacía meses. Les habían servido demasiados cortados, demasiadas magdalenas en la mesa que estaba junto al mueble de los manteles como para no figurárselo. Siempre se sentaban allí. Habían adquirido esa costumbre desde el primer día. Quizá para estar más azocados, menos a la vista. Lo sospechaban. Por las miradas. Por las sonrisas. Por la forma en que la muchacha escuchaba a su profesor y la manera en que él le hablaba. No. No era la primera vez que Del Amo tomaba café con una estudiante pero se le veía más feliz, más seguro que nunca. Paola era una delicia de niña. Un sueño.

En aquel punto se incorporó a la conversación un tipo que hasta entonces se había mantenido al margen. Pelirrojo, mofletes sonrosados, ojos aviesos, pinta de desaliño. Daba cuenta a esa hora de un bocadillo de pollo con queso y una cerveza. Desconocía que el alcohol estuviera permitido en la cantina de una facultad universitaria pero eludí preguntar. No obstante el hombre, que se presentó como Henry Landon, profesor invitado de la Universidad de Warwick, Inglaterra, realizó una encendida defensa de su colega encarcelado. Una defensa que, pensé en ese momento, hubiera logrado que suspendieran el juicio y colgaran de los huevos a Del Amo sin posibilidad de apelación. En un español plagado de erres y eses artificiosas, citó a uno de sus catedráticos preferidos de primer año, *Mr. Landon*, sepa usted que hay dos tipos de profesores: los que desean acostarse con sus alumnas y los que no se acuestan.

Ni tan siquiera los camareros, acostumbrados a bromas y exabruptos, le rieron la gracia. El inglés carraspeó y siguió con su bocadillo y su cerveza. Y ellos con la

semblanza que hacían de mi cliente. Lo conocían por el apellido, algo bastante normal en la universidad. Era Del Amo. Ni Jorge ni tú. Usted y Del Amo. Con las colegas (ahí los dos contrajeron la nariz) no se lo veía mucho. Una vez se rumoreó que andaba en líos con una compañera pero él parecía sentirse más cómodo entre los alumnos.

Y jamás había habido denuncia. Segurísimo. La decana, Almudena Bosch, era una mujer tajante y hubiera tomado cartas en el asunto de inmediato. ¿Tajante? Tajante quería decir también de izquierdas, feminista y con dos cojones. Lo de los cojones vino a dúo. Con gestos y sin dudas. Una mujer de armas tomar la decana. Así que nada de bromas con esas cuestiones.

El edificio de Veterinaria era blanco y luminoso, lleno de ventanales. Debía de haberse construido recientemente porque no tenía nada que ver con las otras facultades que yo había visto. Moderno, limpio, rodeado por jardines repletos de flores y plantas autóctonas. Por dentro abundaban las escaleras y las rampas para los estudiantes con dificultad de movimiento. Una catarata de luz entraba por los inmensos ventanales. Junto a la conserjería había una ristra de buzones con los nombres de los profesores. Según el directorio, los despachos estaban en la tercera planta. Y el de Jorge del Amo era el quince. La niña bonita. ¿Sarcasmo o premonición?

La puerta estaba abierta. En una de las mesas había un tipo sentado corrigiendo exámenes. De fondo se escuchaba una canción de Ariel Roth, *Antes de que asome el rencor, antes que reine la culpa, es mejor decir adiós, hasta luego o hasta nunca...* Y a mí me dio apuro romper el hechizo de balada triste. Cuando el profesor levantó la vista estaba a punto de irme. Me llamó. Bajó el sonido del ordenador. Preguntó a quién buscaba. Lo buscaba a él, si de verdad era compañero de despacho de Jorge del Amo. De verdad que lo era. Desde hacía ocho años. Se llamaba Florencio Arnaiz y ejercía de ayudante doctor en el área de patología animal.

Tuve la sensación de que me esperaba. Por cómo me invitó a sentarme en la silla que había frente a su escritorio. Por cómo aceptó sin titubeos la explicación de quién era yo y qué hacía allí. Por cómo aparcó a un lado los ensayos de sus estudiantes y cruzó los dedos sobre la mesa y se quitó las gafas para verme mejor igual que el lobo. Arnaiz no llegaba a los cuarenta. Lucía un afeitado impoluto. Olía a colonia cara. Llevaba una chaqueta de *tweed* con coderas como si fuese un viejo profesor de Oxford y viviera en la campiña inglesa. Y se consideraba compañero de Jorge del Amo.

No. A amistad no llegaba lo suyo. Enseñaban, investigaban y publicaban juntos. Se sustituían el uno al otro cuando iban de congreso o los invitaban a dar una conferencia en el extranjero. Compartían asignaturas y en ocasiones alumnos. Pero los guiaba una filosofía diferente. Arnaiz se contentaba con lo que tenía. Le gustaba dar clases pero también lo hacían feliz su hija pequeña (la foto de Claudia bajo un árbol, sentada en una hamaca, presidía la mesa), el deporte (había sido nadador

profesional) y la vida en el campo. Sí. Vivía en una casona en Valsequillo en la que se pasaba las tardes jugando con su niña y sus dos perros. No le pedía más a la vida. Jorge, sin embargo, era el hombre más inconformista del mundo. Siempre quería más. Competía por todo. Ansiaba ser el mejor en todo. Llevaba años peleando por una cátedra que nunca convocaban, según él por culpa de las envidias. Se había presentado a decano dos veces sin éxito.

Sí. Arnaiz debía reconocer que en el último año su carácter se había... dulcificado. Empleó ese término. Dulcificado. Como si la existencia de Del Amo antes de Paola Bortolucci hubiera sido una poción amarga. Desde luego que Arnaiz achacaba ese frenesí a la relación con la estudiante. ¿A qué otra cosa podía deberse? Había supuesto el único cambio en su rutina. Claro. Él estaba al cabo de la calle de aquel amor. ¿Extraño? ¿Dudoso? De ninguna manera. Nada había de extraño o de dudoso en ello. Paola había llegado aquel curso a completar su doctorado con uno de los especialistas más reconocidos en patología.

Bortolucci lo había elegido a él. Se había puesto en contacto por correo electrónico. Le había rogado que la aceptara en su programa. ¿Cuándo? La primera vez que oyó hablar de la italiana había sido en la primavera del año anterior. Jorge estaba exultante. Con el ego inflado como una sopladera de helio. Yo debía imaginarlo. Hasta en Sicilia lo conocían y lo respetaban y querían venir a aprender de él. Aquello era excelencia y lo demás majaderías. Que se jodieran los carcamales que le negaban la cátedra.

Así que nada extraño y aún menos dudoso que se acabaran enamorando. Resultó lo más lógico. Por eso no podía explicarse lo sucedido. ¿Sería verdad aquello de que uno acaba matando lo que ama? Sí pero no. Quizá fuera verdad pero entonces no se sostenía el asesinato. El suicidio tal vez pero el asesinato nunca. Porque, por lo poco que había averiguado, lo que más amaba Jorge del Amo era a Jorge del Amo. Arnaiz se encogió de hombros. Sonrió con amargura. Quizá sí. En cualquier caso, aunque quisiera no me sería de mucha ayuda. Le resultaba todo tan confuso, tan inconcebible.

La chica era encantadora. Sí que la conocía. Ya había dicho que Del Amo y él compartían estudiantes. Paola Bortolucci asistía también a sus clases como parte de su programa de investigación. En cuanto al asesinato de Montevideo, la policía había estado registrando la mesa de su colega. Se había llevado el ordenador, algunas fotos y unas cuantas carpetas de su archivador. También había visitado el laboratorio donde Del Amo investigaba, donde pasaba la mayor parte del tiempo. Por ahí no iba a salir de pobre.

¿Enemigos? Yo debía de saber que en la universidad existían rivalidades, familias, clanes que luchaban por sus intereses. Con los recortes se había acentuado la batalla porque cada vez tenían menos dinero. Había varios equipos de investigación financiados por empresas de todo tipo: médicas, tecnológicas, hasta cosméticas. Y esa financiación espoleaba la competencia. Ni un solo investigador jefe quería quedarse

atrás. Pero de ahí a violar y matar a una alumna de doctorado iba un abismo. ¿Nombres? Jorge dirigía el programa de patología animal, Federico Prado el de patología ambiental y Elvira Osorio el de epidemiología. Eran sin duda los más competitivos. ¿Los directores? Los directores también pero Arnaiz se refería ahora a los equipos de investigación.

Pareció arrepentirse de haberlos mencionado. No pretendía involucrar a ningún compañero. Quise calmar sus miramientos. Él solo me había ahorrado algo de tiempo. Tarde o temprano hubieran salido a la luz las rencillas. La universidad, por otra parte, no era diferente a cualquier otro espacio de trabajo. La tensión es la misma que se puede encontrar en un hospital, en un juzgado o en la consejería de Hacienda. Si metes en un edificio ocho horas cada día a cien personas, no tardarán en aliarse, dividirse, enfrentarse y hasta enamorarse. En brotar los celos, las dudas, los egos, las manías. La condición humana, que se desangra poro a poro. De manera que Florencio Arnaiz no me había revelado nada que no supiera o fuera a saber por mí mismo.

* * *

Elvira Osorio había nacido para la política pero la vida la había llevado por otro camino: el de la ciencia. Con la edad, sin embargo, ambas facetas se habían enmarañado hasta hacer imposible distinguir dónde acababa una y empezaba la otra. Aunque su existencia transcurría entre matraces y pipetas, todo en ella (palabras, modales, gestos) estaba estudiado hasta el último detalle. Parecía haber nacido para encandilar a los demás. Una encantadora de serpientes con bata. De una elegancia clásica, desde el saludo pretendió ganarme para su causa cualquiera que su causa fuese. No obstante, como ocurría con todo buen político, había algo que iba a contracorriente. En Elvira Osorio era su boca. Demasiado encrespada para alguien sin secretos. Toda la serenidad que transmitían sus manos y su mirada se la descomponía una sonrisa esquiva que invitaba muy poco a la confianza.

Vestía una falda gris de lana fría, una blusa blanca con botonadura de nácar y una chaqueta azul oscuro. Una cadena de plata al cuello. Y dos anillos, uno en cada mano. En la izquierda, el de casada. En la derecha, algo menos delicado, tenía una base azul y un símbolo dorado. Llevaba más tiempo que casi nadie en la facultad. Y le había costado el doble que a sus colegas llegar adonde había llegado. No. En absoluto se estaba quejando. Ni estaba gimiendo por su triste historia. Pero le costaba olvidar que, mientras sus compañeros varones cebaban su currículum, ganaban plazas, asistían a congresos y publicaban artículos, ella hacía todo eso y además sacaba adelante a una familia. Su tesis doctoral la escribió de pie, con su segunda hija pegada a la teta y la mano libre manejando los fogones. Lo narraba con un deje de sarcasmo melancólico. Como si el recuerdo de sus primeros años en la universidad se superpusieran a los últimos. ¿Acaso añoraba los viejos tiempos?

Tal vez. Yo podía pensar que era una loca de manicomio, pero últimamente Elvira se preguntaba mucho si había valido la pena tanto sacrificio. Nada grave. Se acercaba a los sesenta y le había dado por la reflexión existencial. ¿No los aparentaba? Me agradeció el gesto de sorpresa. Era el mejor halago al que podía aspirar. Ya nadie la piropeaba, de modo que debía contentarse con la mirada de asombro de los hombres cuando descubrían su verdadera edad. Sesenta años. Toda una proeza.

Su relación con Jorge del Amo era idéntica, como gotas de agua, a la que mantenía con los demás colegas. La mismita. Osorio no sabría decirme si se consideraba cercana o distante porque no tenía con quién comparar. Los trataba a todos igual. No distinguía ni sexos ni sexenios. No. Jamás había creído que la suya fuese una rivalidad. Desde luego que la crisis y, sobre todo, las decisiones de gobiernos y rectores habían desangrado a la investigación. Acaso no con nocturnidad pero sí con toda la alevosía del mundo. Una traición en toda regla. Y ahora tenía que vérselas y deseárselas para llegar a fin de curso. Con un becario menos. Con dos profesores ayudantes, que hubieran podido llegar a ser grandes científicos, a la puñetera calle. Con un material antiquísimo que necesitaba renovarse. ¿Qué me iba ella a contar?

Sin embargo no se sentía rival de Del Amo ni de Federico Prado ni de nadie allí. Todos buscaban lo mismo. Defendían el mismo principio. Sin investigación, sin conocimiento, sin desarrollo este país se iba al sumidero del carajo. Sonrió como si le hubiera hecho gracia su propio comentario. El sumidero del carajo. Así lo creía. Y la mejor manera de potenciar esa investigación y ese desarrollo era la competencia, el esfuerzo por descubrir, la capacidad de resolver problemas, el deseo de saber. Por esa regla de tres, entonces, Jorge y Federico no eran sus rivales. Antes al contrario, se necesitaban.

Osorio conocía el trabajo de Del Amo. Lo conocía y lo respetaba. Sus logros empezaban a notarse. Fuera de eso apenas sabía de él como persona. Claro que estaba al tanto de su fama de conquistador, de su necesidad de rodearse de muchachas jóvenes. ¿Drácula? Tal vez fuera algo así. Beber sangre de vírgenes para sentirse vivo. Nada nuevo bajo el sol. Cuando ella empezaba también se topó con catedráticos maduros dispuestos a jugar a Pigmalión. Pero Elvira no tenía tiempo para coqueteos. Se había casado con su novio de juventud y era mujer de un solo hombre. Con la cuchara que cogías, comías. Culpa de la dichosa educación franquista. De colegios de monjas y sección femenina. Ya habría querido ella haber sabido rebelarse contra todo aquello. Pero ni modo. Así que hizo oídos sordos a los requiebros de sus colegas y se mantuvo fiel. Al hacer repaso a su vida amorosa, se le nubló la sonrisa. ¿Se arrepentía tal vez de no haberse atrevido a romper moldes?

Recobró su entereza al instante. No juzgaba a nadie, eso quería dejarlo meridianamente claro. Allí cada uno con sus *cadaunadas*. Si la muchacha italiana se había enamorado de Jorge, estaba en todo su derecho. Era mayor de edad. Se había graduado en la universidad de Sicilia y se estaba doctorando en la de Las Palmas.

Había que suponerle, pues, una madurez, ¿verdad?

Apenas conocía a Paola. Habían coincidido un par de veces en el laboratorio pero no habían cruzado más que tres frases. Muy educada. Se dirigía a todos con gran respeto. Sin tomarse confianzas. Incluso iba al baño de los alumnos en lugar de al de los profesores, cuando los demás becarios de doctorado lo hacían sin rubor.

¿Le sorprendió la noticia? Muchísimo. Y quería dejar constancia de que no se había creído nunca la culpabilidad de Jorge. Ni antes ni ahora. Él no habría podido cometer aquel crimen. Era perro ladrador. Se le iba la fuerza por la boca. ¿Violento? Osorio había oído algo en la época del divorcio de su colega. Pero delante de ella jamás había pasado de aspavientos. Los cabreos se le iban con la misma rapidez con que le venían. No los dejaba macerar lo suficiente como para que hicieran mella. No. Un asesinato como el que narraban los periódicos era incompatible con el carácter de Jorge. Ya. Por supuesto que ella no era experta en criminología. Sabía que cualquier persona, en un momento dado y bajo unas circunstancias determinadas, podía convertirse en un desequilibrado asesino. Pero, así y todo, seguía sin creerlo.

¿Se lo había dicho a la policía? Sí. Pero no pareció interesarles. No hay más idiota que el que cree tener siempre la razón. La prueba era que conmigo ya llevaba hablando más tiempo del que había empleado con el inspector que dirigía la investigación. A él no se le hubiera ocurrido hablarle de sus cuitas existenciales. De hecho le había dejado caer lo de su edad y el muy bruto ni se había inmutado.

* * *

Federico Prado tenía diez años menos y Dios no lo había llamado por el camino de la diplomacia. Le importaban una vaina su edad y lo que los demás opinaran de su edad. Era profesor universitario y no modelo de ropa interior. No necesitaba reafirmarse con piropos. La crisis de los cincuenta le parecía una gilipollez que solo afectaba a quienes tenían demasiado tiempo libre. Y ese no era su caso. Él trabajaba a destajo en sus clases y en sus investigaciones. Pasaba muy poco tiempo en la facultad. Lo suyo era el mar, las rocas, la arena. Faena de campo. Y cuando no, pasaba consulta en el Hospital Clínico Veterinario. Por eso no podía hablarme de Paola Bortolucci. La había visto una vez que le constara. En la cafetería. Con Jorge. De lejos. Una mañana en que lo habían citado a un consejo de departamento antipático que se enmarañó al final. ¿Su impresión? Le había parecido una estudiante más. Vestía, se peinaba y caminaba como cualquiera del centenar de chicas que asistían a sus clases.

Lo dijo con cierto desdén. Como si le ofendiera hablar de sus estudiantes. ¿Le ofendía? Ni sí ni no. Solo que no acertaba a entender esas confianzas que algunos profesores se tomaban con los alumnos. Él los trataba de usted y les exigía el mismo trato. Desde el primer día para que no hubiera equívocos. No los consideraba amigos. Y no se le ocurriría sentarse con ellos en una mesa de la cafetería a compartir el desayuno. Ni sabía ni le incumbía que Del Amo y Paola estuvieran liados. Se había

enterado por la prensa. ¿Su reacción? Quien con niños se acuesta amanece meado. Y que yo lo perdonara pero tenía mucha prisa.

* * *

No tuve claro qué me convencía menos, si la amable displicencia de Elvira Osorio o el desprecio arrogante de Federico Prado ante el asesinato. Encontré tanta impostura en una actitud como en otra. Ambos se empeñaban en demostrar que estaban más allá del bien y del mal. Que nada de lo ocurrido les concernía. No querían enmerdarse en asuntos tan burdos y mundanos. Y a mí me dio por recordar un poema de no sé quién, de no sé cuándo: *mientes con toda la boca, con todos los dientes mientes*.

Me vi impulsado a regresar al despacho quince para despejar una incógnita. Arnaiz aún andaba atareado con sus exámenes. Pero ya no sonaba ninguna música en el ordenador. En esa ocasión, al contrario que la primera, fue evidente su sorpresa. Una sorpresa con tintes de temor. Esperaba de veras que su nombre no hubiera salido en los interrogatorios a sus colegas. No. Ni su nombre había salido ni los míos se podían considerar interrogatorios. Yo no era comisario de policía. Me había contratado Jorge del Amo para hacer preguntas. Y ahora necesitaba que me respondieran a una.

Prado había aludido en nuestra entrevista a una reunión de departamento. La tildó de antipática. Comentó que se había enmarañado en algún momento. Puso cara de hastío. Y en otra persona lo hubiera pasado por alto (hay quien se la coge con papel de fumar y cualquier cosa le asusta) pero que a un tipo como él le hubiera incomodado una bronca me resultó discordante. ¿Recordaba Florencio aquel consejo? Claro. Como para no recordarlo. Algo muy desagradable. Tremendo guirigay. Todo fue bien hasta los ruegos y preguntas. Alfredo Nieto, un profesor de bromatología, preguntó qué pasaba con la cátedra que su área llevaba solicitando un año y medio y aún no se había convocado. Y la directora respondió que ya estaba en marcha. Que le habían prometido desde el rectorado sacarla antes de junio. Entonces Jorge saltó como una fiera.

Le parecía inaudito, un agravio, que la suya estuviera paralizada desde el mandato del anterior rector y que ahora, por lo oído, regalaran las cátedras. Nieto le replicó, abochornado, que a él nadie le había regalado nada en su carrera, que todo lo que había obtenido se lo había ganado a puro pulso. A Jorge se le calentó la boca y le espetó que allí se conocían todos, que sabían dónde se ganaban los pulsos en algunas áreas. La directora intervino por alusiones para acabar de joderlo todo. Encarnada como un tomate, con voz desgañitada, al borde del colapso, afirmó que por ahí no pasaba, que no estaba dispuesta a admitir una insinuación tan grave, que encontraba las palabras del profesor Del Amo de lo más injustas, que bajo su dirección el departamento había crecido en todo y que jamás, jamás, jamás se había guiado por preferencias personales.

Ante mi cara de desconcierto (no dominaba los entresijos de la política académica), Florencio Arnaiz hubo de precisar un par de cosas. Hechos contrastados, nada de impresiones subjetivas. Solo para que yo entendiera las dimensiones de la trifulca. Una, que él recordaba hilo por pabilo aquella discusión porque era el secretario del departamento y el encargado de levantar acta de las sesiones. Y dos, que Alfredo Nieto y la directora eran pareja. ¿Desde cuándo? Desde hacía siete años. Y sí. También era un hecho contrastado que desde entonces el tal Nieto había pasado de ser ayudante doctor a inminente catedrático. Una carrera meteórica. Lo nunca visto en la historia del departamento. Había sido de gran ayuda Arnaiz. No supe entonces si era consciente de ello. De gran ayuda. Me había brindado otro prisma de aquel drama. Nuevos personajes y viejos agravios.

Se había hecho la hora de almorzar. Telefoneé a Álvarez por si disponía de un rato libre y lo hallé con ganas de farra. Susana comía en casa de su hija y él tenía pensado dejarse caer por el Deenfrente. Sin contrincantes. Sin conciencia terca que le dijera lo que debía o no debía comer. Le propuse otro lugar un poco menos mustio y con algo más de gracia. El Piemonte. Un restaurante italiano de la avenida de las Canteras que regentaba una brasileña zalamera y solícita. ¿Le iba a joder el régimen yo? Ni loco. Allí hacían una ensalada a la que no le faltaba ni un ingrediente. Álvarez refunfuñó, Coño, ¿me vas a invitar a un italiano y me voy a tener que contentar con un tomate y una lechuga? Negué haber dicho ninguna de las dos cosas. Ni que lo iba a invitar ni que tuviera que comer hierba. Sin embargo, le permitía elegir: o pedíamos ensalada o íbamos a medias.

Fuimos a medias. No esperaba otra cosa de mi amigo. Gervasio disfrutaba de la comida como otros lo hacen del sexo, del cine o del trabajo. Era superior a sus fuerzas resistirse a un solomillo a la brasa, a un cherne con cilantro o a un arroz caldoso. Y prefirió pagar su parte que una ensalada gratis. Ese mediodía tocó pasta. *Penne a la rabiata*, picante y con tropezones como para descarrilar un tren. Una *focaccia* roja de entrante. Y un tiramisú de postre. Al carajo la dieta. Un día era un día. Y, mire usted por dónde, siempre podría echarme la culpa a mí. Eso. Encima de que me iba a salir el almuerzo un pico (me contagié de su hambre y pedí ravioli al pesto genovés), me indispondría con Susana por tentar a su marido. Álvarez se puso sarcástico, No te me quejes, Ricardillo, que seguro que este repentino interés por mi compañía tiene truco; ¿a que vas a preguntarme por el caso Bortolucci?

No iba a preguntarle. Iba a hablarle de él. Sentía necesidad de compartir una certeza y muchas dudas. ¿Primero la certeza? Pues yo estaba convencido de que Jorge del Amo era inocente. No. Ni hartado de vino pensaba que fuera un pan bendito, martingalas las justas. De hecho, la mayoría de mis dudas venían de su temperamento tan espinoso y oscuro. Pero que Del Amo fuese un tipo atravesado no implicaba que fuera un criminal. Y allí o yo me estaba pasando de listo o los policías que investigaron el asesinato de la estudiante tuvieron mucha prisa por volver a casa con sus mujeres. ¿Los estaba acusando de negligencia? No. Solo de buenos maridos.

En cualquier caso, pretendía explicarle de dónde venían mis reservas después del almuerzo. Puesto que me iba a enemistar con Susana a cuenta de tentar al inspector,

respetaría su norma de no tratar asuntos de trabajo en la mesa. Además, el tiramisú se merecía otro sonsonete. Así que hablamos de política, de fútbol, de recuerdos. Y nos deprimimos en todas las categorías: unos políticos cada día más ineptos, un equipo cada día más lento y manda cojones lo crudas que se le habían puesto las cosas a los pibes jóvenes. Muy poca luz al final del túnel. Porque la realidad se había vuelto de lo más extraña. Habíamos invertido el orden de las cosas. Un regreso a las catacumbas, a la rama del árbol. Se suponía que una generación siempre viviría mejor que la anterior. Que el sueño de los padres de dar a sus hijos lo que ellos no tuvieron se cumplía a rajatabla. Y ahora eran los abuelos, con sus tristes pensiones, los que mantenían a toda la familia.

Que se lo dijeran a él, que estaba retardando la edad de jubilación porque no las tenía todas consigo. Susana había sido siempre una mujer cabal que con poco se contentaba, que de cualquier cosa hacía puchero. Y Gervasio ni siquiera fumaba para ahorrar. Sin embargo en los últimos meses gastaban más que nunca. Álvarez se barruntaba que tenía que ver con pequeñas ayudas a su hija. Él se hacía el sueco, claro. Su hija era lo que más quería en el mundo y no había nada que no hiciera por ella. Pero esa herida lo desangraba. Joder. Si llego a saber que la conversación iba a tomar aquel derrotero, hubiera pasado directamente a la muerte de Paola Bortolucci y al carajo con todo.

La muerte tiene rostro. La muerte huele, se sufre, provoca. La muerte no nos deja dormir y lo que no nos deja dormir se aferra más a nuestra memoria que lo que nos hizo feliz alguna vez. Por eso una muerte vale más que mil recuerdos. Y la de una muchacha de veinticuatro años duele más que ninguna. Si a eso se le suma la forma en que murió Paola el dolor se agiganta. Se exagera. Me resultaba inexplicable que no se llevara la investigación hasta el final, que se quedaran con la primera oferta, que nadie regateara. Ya lo había dicho Álvarez: todos parecían querer que Del Amo fuera culpable.

Una sinécdoque. Allí tomaron la parte por el todo. Jorge del Amo tenía una amante joven, una novia a la que le doblaba la edad, un amor de piel y sonrisa blancas. Si no era culpable merecía serlo. Quizá no la mató a golpes pero le jodió la vida con una relación renca y desigual. Lo estaban castigando por suertudo y no por asesino. A ver si la madre de Del Amo iba a tener razón y le tenían ganas a su hijo porque era un triunfador, por pura envidia. Álvarez me detuvo en seco, Párame el carro, chico; tú no puedes sumarte a esa sandez; que me lo diga otro, pase, pero no tú, carajo; ¿dónde te crees que estamos?, ¿en Caracas?, ¿en Sinaloa?, ¿en Cali?

No. Estábamos en Las Palmas. Y la policía de Las Palmas hacía lo que podía para resolver los crímenes. Nadie los untaba para que hicieran la vista gorda. No se quedaban con parte del contrabando requisado. Ni trataban mejor a unos sospechosos que a otros solo por pertenecer a una familia rica. De acuerdo. Le compraba esa moto al inspector. Pero yo era desconfiado por naturaleza y me daba mala espina la rapidez con la que habían resuelto el caso, máxime en un país donde se tarda una media de

tres años en juzgar cualquier cosa. Pruebas concluyentes. A otro perro con ese hueso. ¿Pruebas concluyentes sin testigos, sin móvil, sin huellas en la escena del crimen?

Ah, claro. El semen. Coño con el semen. Ya estaba bien de semen. Me hubiera valido si fuera el del párroco de Santa Teresita, el del chófer de la guagua en que viajaba la muchacha, el del bedel de la facultad. Pero se trataba del semen de Jorge del Amo, su amante habitual, su pareja. ¿Qué otra cosa esperaban encontrar en la vagina de la italiana? ¿Mermelada de naranja amarga? Ah, que era reciente. Por supuesto. Vaya descubrimiento. Para ese viaje no necesitábamos las alforjas de un doctorado en criminología. ¿Me permitía Álvarez una pregunta maliciosa? ¿Cada cuánto tiempo practicaba sexo? Ya. Lo imaginaba. De San Juan a Corpus. Qué religioso todo. Bienvenido al club. Mi panorama no era muy diferente, que no creyera él otra cosa. Pero Paola Bortolucci tenía veinticuatro años (¿se acordaba Gervasio de lo que era eso?; ajá; la espada siempre alerta y pegada al ombligo) y Jorge del Amo le daba a la Viagra como si fuera a morir al día siguiente. Acaso para mantener la pasión o la dignidad o a la novia o todo a la vez.

No. Nadie me lo había contado. Había visto las pastillas azules en la repisa de su baño. Sí. Había estado en el baño y en el salón y en la alcoba. Oh, carajo. Me había dado la llave la madre de Del Amo, no podía considerarse allanamiento. ¿Un sello de la policía científica? No. No podía asegurárselo. Lo que sí podía asegurarle era que si a la muchacha la hubieran asesinado cualquier otro día de la semana le habrían encontrado la misma cantidad de semen. Gervasio Álvarez hizo rechinar sus dientes. Se sentía incómodo. ¿Podíamos cambiar de tema? No coño, no podíamos. Porque ese era el tema en cuestión. Esa era la madre del cordero. Habían encerrado a un tipo en el Salto del Negro solo porque le gustaba mucho follar. Sin embargo, alguien al que le gusta mucho follar no mata a su única amante, ¿o sí?

La sobremesa resultó de lo más lánguida y silenciosa. Ya habíamos hablado demasiado. Yo albergaba cierto sentimiento de culpa por abrumar a Álvarez cuando él no se encargaba de la investigación. Y el inspector le daba vueltas (lo noté por la forma en que acariciaba la copa de Calvados que había pedido para rematar la faena) a mis disquisiciones. Había logrado contagiarle algunas de mis dudas y mi certeza entera.

* * *

Lo acompañé a la comisaría. Fuimos andando, callejeando, buscando la sombra del mediodía. A mi amigo lo saludaban tirios y troyanos: dos policías nacionales que hacían la ronda por el parque de Santa Catalina, algún trilero que buscaba acomodo para despellejar a los turistas. Hasta los dueños de dos bazares hindúes de Ripoché tenían que ver con él. Él respondía a todos de la misma manera, con un gesto perezoso de la mano y un rezongo ininteligible.

Subimos al despacho de la segunda planta. Álvarez se sentó tras su mesa y agarró

el teléfono. Iba para largo. Quería aclarar algunas cosas con los colegas que llevaban el caso Bortolucci. Sabía que tenía que andarse con cuidado para no pisar muchos callos. La susceptibilidad era la norma en la jefatura de policía, un lugar donde todos trabajan a saco y ninguno deja de mirar de reojo. Gervasio no sabía hablar a media lengua. Desconocía el sentido de la diplomacia. Era incapaz de guardarse lo que pensaba, quizá por eso no lo habían ascendido desde la guerra del Sáhara. De cualquier manera, para no importunarlo, me quedé esperando en la antesala. Allí había un sofá de cuero beis feo como un pecado, una mesita baja de madera, un retrato de Juan Carlos I y una librería desangelada. El mueble estaba salpicado de revistas y libros de historia del cuerpo nacional de policía, un código civil, un ejemplar de la Constitución y varios tomos atrasados del Aranzadi sobre derecho penal.

Me senté en el sofá con un ejemplar viejo de periódico en el que aparecía una entrevista con el coordinador del sindicato unificado en las islas, un tal Benito Toledo. El hombre mostraba un lamento antiguo, un guineo que llevaba proclamando desde hacía cinco años cuando comenzaban a vérselo las orejas al lobo de la crisis: que si cada vez menos medios, que si cada vez más exigencias, si un personal deprimido, una prensa muy crítica y un director general más preocupado en salir bien en las fotos. A renglón seguido, el entrevistador le preguntaba cómo era posible entonces que la policía nacional fuera la institución mejor valorada en las últimas encuestas del CIS. El sindicalista (pelo cortísimo, rostro afilado, nariz judía, sonrisa indecisa) le regaló un magnífico titular, Imagine cómo serán las demás instituciones.

Estaba intentando responder al acertijo (¿cómo eran las demás instituciones?) cuando Álvarez me llamó a su despacho. Llevaba puesta una mirada mordaz, el gesto inconfundible de quien tiene una buena mano, de quien por primera vez en la partida se siente ganador. Mal jugador de póquer quien no sabe simular. Nos mantuvimos sin pronunciar palabra unos segundos. Él esperaba mi pregunta y a mí no me nacía darle ese gusto. Aguantamos el tipo como dos viejos pistoleros del oeste, sin pestañear. Y el único revólver que desenfundamos fue una carcajada infantil, él un segundo antes, cuando comprendimos lo ridícula que resultaba la escena.

Pero solo la escena, ¿eh? Solo la escena. Lo que acababa de descubrir Gervasio Álvarez sobre el caso Bortolucci en absoluto era para reírse, joder. Porque Jorge del Amo provocaría envidia. Quizá. Se pasaría las tardes encamado con la estudiante italiana. Probablemente. Su semen colmaría el sexo de la muchacha a todas horas. Sin duda. Pero nada de eso había sido decisivo en su detención. Había más. Mucho más. ¿Como qué? Como el análisis psicológico de un experto forense y la declaración firmada de dos estudiantes que habían pasado también por la cama de su profesor de patología animal.

Tanto el uno como las otras presentaban una imagen nada halagadora de mi cliente. El psicólogo había diagnosticado conducta megalómana, falta total de empatía, graves carencias emocionales, tendencia a la crueldad y más distinciones

que Álvarez no había podido retener en la llamada. Y las que habían sido alumnas y algo más que alumnas de Jorge lo corroboraron. Bien es cierto que emplearon términos menos académicos pero rimaban en consonante con la versión del experto. Incluso una de las exestudiantes se solazó en el relato de lo que su profesor la obligaba a hacer en privado. Sí. A lo peor *obligar* era un término impreciso que se prestaba a confusión. Del Amo no le ponía un cuchillo en la garganta para que se la chupara pero dejaba caer el aviso a navegantes de lo difícil que podía ser la carrera de veterinaria si no lograbas aprobar su asignatura. Incluso le contó que en otras universidades se les cerraba el paso a los estudiantes por ser judíos o musulmanes o cristianos. Ante esa barbaridad, qué era una simple mamada. Y se reía.

Me costó recobrarle. Álvarez había apuntado bajo y la bala me perforó las tripas. El cabrón de Del Amo había estado jugando conmigo al ratón y al gato. ¿Dónde quedaba ahora la idea del hombre enamorado? ¿Y la de una relación más fuerte y más profunda que la edad? ¿Y la imagen del amante destrozado? No. Comenzaban a vérsese las costuras a un cabrón sin escrúpulos, artero, egoísta y, como habían dicho todas las que hablaban de él, manipulador. El hecho de que no hubiese violado y asesinado a Paola Bortolucci ya no me servía. ¿Un tipo así merecía el trabajo que me estaba tomando en exonerarlo de aquel crimen?

Gervasio me conocía bien. Comprendió pronto el roto que le había hecho a mi ánimo. Dudó. Me dio la sensación de que quería decirme algo más pero se contuvo. Creí que iba a aconsejarme, otro más, que me bajara en la próxima estación y me volviera a casa. Y a fe que me lo estaba cuestionando, tan deprimido me hallaba en esos momentos. Pero no dijo nada de deserciones. En lugar de eso me contó la historia de un tipo que se pasó en la cárcel once años por la única razón de ser antipático. Sí. Lo jodieron vivo por feo y desagradable.

Alguien había robado en una joyería de Cano, la de los Nobauer, una familia alemana que se había afincado en Las Palmas luego de la Segunda Guerra Mundial. Había robado y le había abierto la cabeza al abuelo Nobauer con la culata de una escopeta. El viejo se pasó dos años en coma y cuando salió fue incapaz de reconocer no ya al ladrón sino a su propia familia, tan maltrecha le quedó la memoria. El robo se había perpetrado antes de que existieran las cámaras de vídeo, así que no había espalda que rascar. Ni arma del crimen ni testigos oculares ni nada de nada. Sin embargo, a la semana llegó un soplo que hizo recaer las sospechas en un matadillo del Risco de San Nicolás. Se trataba de un pibe al que tenían fichado por diversos hurtos de poca monta y alguna guarrada como la de pajearse en el zaguán de una viuda de buen ver y escribir el nombre de la señora en la pared con el resultado de la paja. Lo que estaba oyendo yo. Y la viuda no se llamaba Luz ni Mar ni Sol sino María Esperanza, así que podía imaginar la leche que salió de allí.

No tenía que explicarme la repugnancia que daba el matadillo. Sucio, feo, sin conciencia. Pero de eso a ladrón de joyas y casi asesino iba un trecho. Sin embargo, la policía de entonces no se andaba con vainas. Creyó al delator anónimo y en dos

días había arrestado al risquero. Yo debía recordar que eran tiempos en los que los interrogatorios se llevaban en los oscuros sótanos de la policía. Tiempos de los grises. Tiempos macabros. El pibe confesó a las cuatro horas. A la quinta hubiera admitido haber matado a Kennedy. Y se pasó once años en prisión. Once. Ciento treinta y dos meses uno detrás de otro. Hasta que un agente, un pipiolo con más suerte que pericia, descubrió en una batida por Guanarteme dos relojes de oro y una pulsera que coincidían con el botín del robo de los Nobauer. Y tirando del hilo, atando cabos, interrogando a peristas y chanchulleros dio con el verdadero ladrón de la joyería de Cano. Y este sí confesó sin que nadie le pusiera un dedo encima. Claro. Con el delito prescrito, sin cadáveres en el armario y una democracia protectora, así cualquiera.

Lo que me contaba no era leyenda urbana. No se lo había contado el amigo de un conocido de un testigo ocular. El agente novato se llamaba Gervasio Álvarez y jamás olvidaría aquel caso. ¿Porque fue su primer éxito? No. Porque fue su primer desengaño. Le encargaron sacar al matadillo de prisión. Le dejaron el honor de darle la gran noticia. De pedirle disculpas en nombre del Estado. De restituirle su dignidad. Menuda mierda. Lo que salió por la puerta de aquella cárcel no tenía dignidad que restituir. Era un despojo humano, un hombre roto, un desgraciado de pasos torpes y la mirada en el otro lado del mundo. ¿Había sido un carterista? Sí. ¿Un obseso sexual? También. Sin embargo se mamó una condena que no le tocaba y eso no es de recibo. ¿Por qué me contaba aquella historia? Porque nosotros no éramos así. Si aceptábamos ese cambalache, ¿qué nos diferenciaba de la morralla con la que lidiábamos a diario? Nada, ¿verdad? Pues eso.

De acuerdo. Me había convencido. Pero el rapapolvo no se lo quitaba nadie al jodido profesor. Yo me diferenciaba de la morralla pero también me tocaba los huevos que me tomaran por tonto. Allí alguien se iba a cagar patas abajo. Y los retortijones comenzarían a darle esa misma tarde. Del Amo debía de estar tratando de localizarme porque recibí una llamada desde la cárcel, otra desde la casa de Soledad Robaina y una tercera desde un teléfono desconocido. Las dejé morir todas. Pensaba irme a casa. A emborracharme con aplicación. A llenar la bañera y quedarme a vivir allí. A tomarme una aspirina y dormir una semana entera. Cualquier cosa antes que pensar en el caso Bortolucci hasta nueva orden.

Pero una cosa es el deseo y otra la vida. Cuando fui a abrir el zaguán me saltó a la mano un manojito de cinco llaves que ya ni recordaba. Las llaves de Del Amo, que aún no había devuelto a su madre. Supuse que las llamadas tendrían que ver con ellas. Tal vez alguien las echaba de menos. Pensé que a esa hora ya no habría portero de edificio que me ladrara. Que podía acercarme allí y hasta pasar la noche si el sueño me vencía sin que nadie se atreviera a importunarme.

Aquel era otro apartamento. El piso y el número coincidían con el que yo había visitado ya. El felpudo de la entrada era el mismo, uno color nogal con el título de una película de gánsteres: *Road to perdition*. Pero una vez cruzado el umbral de la puerta daba la sensación de un lugar desconocido. Olía distinto. Sonaba distinto. Y quizá fuera la luz pero me pareció que los adornos estaban dispuestos en un orden distinto. Había flores frescas en un jarrón sobre la mesa del comedor. También el cuarto estaba recogido. La cama hecha. El baño limpio.

Creí ver la mano de una señora de confianza. De las de toda la vida. De las que iba cada martes o cada jueves religiosamente. A orear las sábanas. A ventilar los cuartos. A vaciar ceniceros y papeleras. Una señora que no debía de estar al tanto de lo de Jorge. Que no leería periódicos y no vería telediarios y no escucharía las noticias de la radio. O sí lo hacía pero le importaba una batata porque la guerra no iba con ella. Su trabajo era limpiar la casa y a eso se consagraba en invierno y en verano, lloviera o luciera el sol. Me hizo recordar a Gloria, la muchacha que venía a echarme una mano desde la muerte del abuelo Colacho. Gloria tenía la costumbre de reordenarlo todo a su antojo. Le daba igual la distribución que yo dispusiera en el salón o en la alcoba o en el pasillo. Ella recolocaba cada cosa según su criterio, como una leona que marcara el territorio. Solo le faltaba mearse en los maceteros.

¿Y si los cambios producidos en el apartamento de Del Amo tuvieran que ver con esa manía? Intenté recordar cómo estaban las cosas antes del huracán Señora-de-la-limpieza. El lugar seguía teniendo trazas de picadero, de ave de paso. Las persianas seguían entrecerradas. Sin rastro antiguo de aroma a almuerzo, a café, a tabaco. Había desaparecido el retrato de Paola en la playa. En su lugar se hallaba otra nueva de Sergio, el hijo de Del Amo, vestido de la Unión Deportiva y portando un balón de fútbol con el mismo aire triunfal con que un soldado de infantería portaría su fusil. Otro retrato que se había perdido era el de la mesilla de noche. Ya no había pareja ni *jacuzzi* ni beso. Y allí nadie se había tomado la molestia de reemplazarlo por otro. Tuve la sensación de que había algo de purga en aquella ausencia. Y lo había. Tampoco quedaba nada del pijama ni de la colonia ni del cepillo de dientes de la italiana. Alguien quería borrar toda huella de Paola Bortolucci. Como si no hubiera existido jamás.

El mueble bar rojo y bronce que Del Amo tenía en el salón cubría las expectativas

de un buen bebedor. Conté como treinta botellas entre ginebras, vodkas, whiskies y rones. Había aperitivos y digestivos de todo tipo. De los que necesitaban hielo y de los que no. Para tomar solos o con agua. Coño con el profesor. Dean Martin se hubiera sentido allí en la gloria bendita. Yo sentí la urgencia de mojarle las patas a Paola. Para contrarrestar el olvido al que la habían arrojado. Para reivindicar su memoria. Para no olvidarme de por qué estaba haciendo todo aquello. Ya no era por Jorge del Amo ni por tozudez ni por mi pasión por la verdad. Era por una muchacha cuyo único pecado había sido enamorarse de quien no debía.

Me serví un vaso de ron Arehucas reserva especial de doce años. Solo. Sin hielo. Con rabia. Me senté a la cabecera de la mesa. Me entraron ganas de fumar y así darle a aquel tanatorio olor a vida. El último rayo de luz de la tarde se posó en la librería. Fue lentamente recorriendo los estantes. Hasta llegar a uno en el que había un diploma enmarcado a nombre de Jorge del Amo. No recordaba haberlo visto la vez anterior. Me levanté a buscarlo. Lo coloqué sobre la mesa del comedor. Lo leí. No era un diploma. Era un premio. Por una investigación de gran trascendencia en el mundo científico.

Me hubiera gustado entonces ser detective de ficción. De los guerreros. De esos a quienes el alcohol no les afecta el entendimiento, de los que pueden beberse una botella de ron y resolver un caso sin bajarse del caballo, de los que incluso piensan mejor cuando van templados como requintos. De ese modo podría haber seguido bebiendo hasta que las cuentas me salieran. Pero yo no soy así. Lo que me hubiera salido es una úlcera galopante. Tuve la impresión (no era la primera vez) de que me estaban utilizando. De que alguien estaba dejando migas de pan para que las siguiera. Me habían despejado el camino de fotografías y me lo habían llenado de premios.

Le hice una foto con el móvil a la condecoración. Me acabé el trago. Lavé el vaso en el fregadero de la cocina. Lo sequé con un paño que había prendido en un colgador en forma de gitanilla con traje de faralaes. Devolví el vaso al mueble bar. Salí del apartamento. Cerré la puerta con doble llave tal como la había encontrado al llegar. Regresé a casa. En lugar de a la cama o a la bañera, me tiré de cabeza al ordenador. A averiguar más cosas sobre la investigación con la que Del Amo había obtenido tanto prestigio.

Porque cuatro ojos ven más que dos y los de Inés, en asuntos virtuales, eran de lince, la llamé y le propuse que anduviera de nuevo conmigo aquel camino. No me equivoqué. Mientras yo, torpe y obtuso, iba buscando respuestas a las preguntas por separado (Jorge del Amo, Premio científico, Análisis de plancton), Inés cruzó los datos y le saltaron todas las alarmas a la primera. El premio se llamaba Jacumar y lo otorgaba la Junta Asesora de Cultivos Marinos. Y la convocatoria en que Del Amo había sido galardonado se había visto empañada por una denuncia de plagio, quejas al Consejo de Universidades y críticas en la prensa por parte de otros investigadores del proyecto a quienes habían dejado fuera de los títulos de crédito. Alguien insinuó que el trabajo era muy parecido en metodología, resultados y conclusiones a otro anterior

en la Facultad de Ciencias del Mar de la Universidad de Cancún.

Muy feo todo. Pero sucede que la verdad es aquello que la gente acaba creyendo y la gente acabó creyendo a Jorge del Amo, lo que no impidió que en los círculos académicos la sombra de la duda lo persiguiese durante años. Sí. El retraso de la cátedra posiblemente tuviera que ver con aquel enredo. Pero lo más relevante (Inés estaba excitada como una chiquilla al otro lado del teléfono) era que la denuncia no había partido de los investigadores mexicanos de Cancún, quienes acaso ni se hubieran enterado de que habían ganado un premio de manera interpuesta. El que acusó de plagio a Jorge fue un colega de su propio departamento. ¿El mismo que se quejaba en los periódicos de haber sido ninguneado?

Desde luego que no. ¿Por qué desde luego? Desde luego porque uno no reclama la autoría de una investigación para luego acusarla de ser un calco de otra. Sería de género tonto. Un suicidio académico. Entonces, ¿quién había dicho qué en aquel batiburrillo? Inés se tomó tiempo para responder. La oí teclear con furia. El que denunció a Jorge de haber copiado el trabajo había sido... un tal Federico Prado. Y el que lo acusó de ninguneo fue... alguien llamado Florencio Arnaiz.

Ah, caramba. Como diría Santa Ana, los pájaros tirando contra las escopetas. El director del programa rival y el atribulado colega de despacho. Allí el que no corría volaba. Comencé a sentirme como un muñeco de feria al que todo cristo lanzaba pelotas de goma. Primero Jorge, luego su ex y al final hasta sus compañeros de universidad se habían subido al carro del engaño. Los cabrones. Filibusteros con título académico. El desinterés de Prado y la aflicción de Arnaiz eran pura tramoya, mero disimulo. Ni el uno estaba tan lejos ni el otro tan cerca de mi cliente. Y ambos tenían motivos para despreciarlo. ¿Tanto como para violar y asesinar a una pobre muchacha?

No sería la primera vez que alguien perdiera los estribos hasta ese extremo. Desconocía cómo se las gastaban en la universidad para saldar sus deudas pero las mismas sombras tiene el alma de un ilustrado que la de un necio. Inés siguió buceando en su ordenador para descubrir que las secuelas de aquel escándalo fueron bien profundas. El prestigio de Jorge del Amo quedó lesionado y en algún momento de la crónica del caso alguien sugirió que, en efecto, jamás llegaría a catedrático con una mochila tan pesada sobre los hombros. ¿De qué época estábamos hablando? De febrero de dos mil once.

Había llovido mucho desde entonces. Pero una cosa así no se olvida fácilmente. Sin embargo, nadie, en mi visita a la Facultad de Veterinaria, me había hablado de ello. Ni siquiera cuando me contaron lo del enmarañado consejo de departamento. ¿No hubiera sido un buen momento para explicarme por qué se retrasaba tanto la cátedra? En cambio todos se hicieron los suecos. Peor. Los muy judas desviaron la atención hacia otros compañeros: la directora de departamento y su novio.

Por otra parte estaba la identidad de quien había redecorado el apartamento de Jorge. De quien había diseminado pruebas, dejado al descubierto sucesos que yo

desconocía. Quien quiera que fuese pretendía que yo removiera Roma con Santiago. Que fuera dando forma a una teoría de conspiración que antes ni siquiera había considerado. Lo que no estaba claro era si buscaba acercarme o alejarme de la verdad.

Otra vez la verdad. Solemos llenarnos la boca con esa palabra cuando, al fin y a la postre, cada cual tiene la suya. Y la estira y la encoje a su antojo como un chicle. La deforma. La vicia. ¿No fue un periodista quien dijo aquello de que había que evitar que una mala verdad te fastidiara un buen reportaje? El problema se presenta en el instante en que se cruzan dos verdades opuestas y uno no sabe cómo digerirlas. El abuelo Colacho solía tener un refrán para cuando las verdades se ponían calientes. Cada uno, m'ijo, cuenta la feria según le fue.

En el asunto Bortolucci a quienes peor les había ido era a Paola y a su familia, a los que la tragedia les arruinó la vida. De ahí abajo la cosa resultaba cuando menos confusa. Sus compañeros de piso se habían quedado sin una amiga y sin saber qué hacer con su cuarto deshabitado. Del Amo confesaba sentirse devastado, en una viudedad inconsolable. La madre y la exmujer de Jorge, por alusiones, habían visto cómo se desmoronaba la ilusión de una vida tranquila. Así que la pregunta era simple: ¿a quién carajo le había ido bien en aquella feria?

A nadie conocido. Era fácil suponer que el asesino habría ganado con su crimen. ¡Qué menos! Pero quedaba por dilucidar dónde estaba la ganancia. Como se trataba de una estudiante de doctorado en el extranjero cuya beca apenas daba para comer de menú, había que descartar el móvil económico. Quedaban por lo tanto dos motivos razonables, caso de que pudiera haber algo de razonable en un asesinato tan brutal. Si no fue la avaricia, tuvo que ser la lujuria o la envidia: el deseo desenfrenado de alguien por la italiana o las ganas de joder a Jorge del Amo por su suerte. No parecía, a primera vista, el *modus operandi* de un crimen pasional. El asesino acompañó a Paola hasta su casa y entró con ella en el zaguán antes de arrebatarle. Demasiada contención para un sátiro.

Todo apuntaba, pues, a una venganza contra Del Amo. El asesino convertido en víctima. Una jugada genial de alguien con la razón atravesada. Me daba en la nariz que la respuesta estaba en los despachos de la universidad. Y que habría que hilar fino. Me recordó a una payada, las *Sentencias del tata viejo*, que cantaba mi padre cuando yo era pibe. Empezaba algo así como *Pongan el oído, paisanos, a lo que voy a decir porque les quiero advertir que del mundo, en el concierto, les conviene hacerse el muerto pa' que los dejen vivir*. A partir de ahí iba a tener que pasarme por tonto para lidiar con tanto listo.

Le di a Inés el resto de la semana libre. Se lo había ganado. La animé a que invitara a su novio a unos días en el sur. A que buscara una oferta sabrosa en algún hotel paradisíaco y se dedicaran a retozar como adolescentes. A ver si el oculista espabilaba, coño. Ah, que no era oculista. Pues lo que fuera su novio. Y no. No estaba jugando a mamporrero. ¿No quedábamos en que ellos ya tenían una historia? Pues lo

que necesitaban no era una celestina sino tiempo y espacio para escenificar su romance.

Se le ocurrieron dos peros a mi proposición. ¿Uno? Que el jueves por la noche, ¿no lo recordaba yo?, le tocaba irse de tapas a Vegueta, a ver qué averiguaba sobre la fiesta del jueves anterior. ¿Y dos? Que con lo que le pagaba no podía permitirse un hotel paradisíaco. Le ofrecí dos soluciones simples. Que se fuera desde el viernes y que lo que la óptica no pudiera cubrir, lo costearía la agencia. ¿Qué era una raya pa' un tigre?

* * *

Me encantan los jueves. Suenan a días luminosos y festivos. Huelen ya a fin de semana, a premonición. Aún resonaba la risa de Inés. ¿Qué era una raya pa' un tigre? Un marrullero estaba hecho yo. Pero como que había Dios me iba a tomar la palabra, que no me creyera que iba a desperdiciar mi repentina filantropía. Ni loca. El viernes cogería el coche y se iría al Gloria Palace, a darse unas sesiones de hidroterapia, a leer novelas de intriga, a tumbarse en una hamaca al borde de la piscina y a beberse el Nilo con hielo escarchado y limón. A mi costa. Y sola. Para eso no necesitaba a un hombre. Hacía bien.

Amanecí con ganas de guerra. Álvarez solía llamarme mosca cojonera. Decía que tocar las narices era lo que mejor se me daba. Lo que hacía con más gracia y más descaro. Aquel jueves me levanté dispuesto a darle la razón. A hurgar en los afanes de quienes había conocido (y me habían engañado) en los últimos días. A buscarle tres pies a sus gatos. A levantarles la tapa del retrete. ¿No dicen que a río revuelto ganancia de pescadores? Pues yo quería revolver el río, hacer ruido, que saliera todo el limo del fondo a ver qué sucedía.

Sucedió que de pronto prorrumpió en la ciudad una epidemia de amnesia y afonía. Nadie recordaba nada. Nadie tenía nada que decir. ¿Ni siquiera dónde y con quién se hallaban el jueves anterior? Eso sí, claro. En casa y con la familia. La gente que no tiene nada que esconder, a las doce de la noche de un jueves, está en la cama o a punto de acostarse. Es más, la gente que no tiene nada que esconder no sale los jueves por la noche porque los viernes madruga. Y sí. La familia podía corroborar todas y cada una de las coartadas. Pero no. No podía acercarme a sus casas a comprobarlo. Eso ni en broma. Si fuera agente de policía nadie podía impedírmelo. Pero daba la casualidad de que yo era un simple detective de pacotilla, un pelado de mierda que no paraba de hacer preguntas. En efecto. Y la pregunta que le venía a la boca al pelado de mierda era que por qué a la gente que no tiene nada que esconder le da tanto miedo presentar a la familia.

Sara Arrocha sintió como un triunfo que la llamara. No pudo ocultar su regocijo por teléfono. Sabía que volvería a buscarla. Que la necesitaba. Que no podría salir de aquel laberinto sin su ayuda. Ya me lo había advertido. Pero esta vez, dijo,

jugaríamos en su terreno. Nada de mi despacho. Nada de por la tarde. Nada de té con galletas, ni que fuera *Miss Marple*. La información se merecía un buen restaurante. Una buena cena. Un vino de buen año. ¿No quería aprender? Pues el máster me iba a costar dinero.

Llegó radiante. Para mí que había ganado dos tallas de sujetador de tanto hincharse. Luego supe que no. Que las había ganado unos años atrás pero yo no me había dado cuenta la primera vez que entró en la agencia. Tanto mirarla a los ojos y se me escapó la exuberancia de un pecho trucado, excesivo, regalo de Jorge del Amo cuando estaban casados. Carajo. Cada uno muestra su filantropía según le cuadra. Yo invitando a Inés a un hotel del sur y él pagándole a Sara unas tetas nuevas. No sé qué habría elegido mi secretaria si le hubiera propuesto ambas opciones.

La terraza de El Pantalán, el restaurante caro que eligió la ex de Del Amo, da al muelle deportivo. El reflejo de la luna aquella noche partía en dos el embarcadero y llegaba casi hasta nuestros pies. Quien nos hubiera visto habría sospechado una velada romántica. Quien nos hubiera oído habría sabido que no, que imposible, que mi manera de conquistar a una mujer era un asco, que jamás me comería una rosca con tanta pregunta y tanta vaina. Tuve la sensación de estar cenando con varias Saras al mismo tiempo. A una me entraron ganas de tirarla al mar. A otra de acunarla en los brazos hasta que se durmiera. Con otra me reí de verdad. Hubo incluso una Sara de la que me hubiese enamorado. Pero todas juntas eran una mujer caótica en una cita desafortunada. O una mujer desafortunada en una cita caótica, que para el caso era lo mismo.

Cuando abandonó sus cubiertos cruzados sobre el plato, cuando dio el último sorbo a un Ribera del Duero del dos mil cuatro, la mejor añada de la década, cuando se limpió la boca con la servilleta dejando un rastro triste de carmín me lancé a preguntarle lo que desde el principio me venía carcomiendo. ¿Si sus tetas eran naturales? No. Mira qué chistosa la Arrocha. Jamás y nunca se me hubiera ocurrido preguntar algo así. Allá cada uno con los límites de su cuerpo y su dinero. Lo que quería saber era de parte de quién estaba ella.

Todas las Saras, incluida la que jugaba con deleite infantil con su collar azul y la ribera de su escote, respondieron a una. Muy fácil. De parte de ella misma. De parte de su hijo. De parte de veinte años que podían no parecer nada pero que eran una glaciación, un infierno helado que vivió junto a Jorge del Amo. De ese lado estaba. Si yo me preguntaba cuál era su interés en todo aquello ahí tenía la respuesta. Un interés egoísta. Un interés de madre desvelada, de mujer herida. ¿Quería venganza? No tanto. Quizá tan solo un susto. ¿Parecía un juego peligroso? Tal vez. Pero se había ganado a bofetones el derecho a jugarlo.

¿Por eso había sembrado de interrogantes el apartamento de Jorge? No. No habría podido aunque hubiera querido. A cuento de qué iba a tener ella llave del piso de su ex. Jamás había estado allí. Ni siquiera sabría llegar. Una vez cancelado su matrimonio no había querido saber más de aquel cabrón. De modo que lo sentía pero

para eso no traía respuestas. Sin embargo, cuando le hablé de los cambios producidos en el apartamento no pareció sorprenderse. Escuchó mi relato sin extrañeza, con una sonrisa enigmática.

Una ambulancia cruzó la avenida marítima y aproveché el silencio crispado que provocó su sirena para darle forma a mi siguiente pregunta. Una muy importante. Le pedí que la pensara bien antes de responder. ¿Creía a Jorge capaz de violar y matar a su alumna? La pregunta se merecía un respeto. La mujer dejó en paz su collar y su escote. Se sirvió otro poco de vino quizá para ganar confianza. ¿Capaz? Por más que lo pensara, no conocía a nadie tan capaz como él. A Del Amo el apellido le venía que ni pintado. Disfrutaba mandando. Sintióse superior. Necesitaba una víctima a su lado como el respirar. Pero él no había sido. Segurísima. Él no había sido. ¿Para qué iba a violar a alguien con quien se acostaba cada vez que quería? ¿Y por qué matarla si podía seguir puteándola un día tras otro? Encima era su jefe, joder. Lo tenía todo para ser feliz.

Era un bruto cuando quería pero también un hombre muy inteligente. Sabía que le quedaba cada vez menos cuerda. Ya. Aún mantenía cierto atractivo, no me lo iba a discutir y menos con media botella de vino encima. Pero había dejado de ser el joven profesor de patología que se rifaban todas sus estudiantes y alguna que otra compañera de departamento. *El tiempo pasa, nos vamos poniendo viejos y el amor no lo reflejo como ayer.* Se podía decir más alto que Pablo Milanés pero no más claro. De hecho, a ella no le hubiera extrañado que su exmarido por último necesitara Viagra. La presión de ser siempre el mejor surte ese efecto.

Aunque había algo más. Arrocha se conocía todos los vericuetos de Jorge. A fuerza de sufrirlos, se había aprendido de memoria sus gestos, sus silencios, sus bravuconadas. Y afirmó como si no existiera la duda que el pobre diablo estaba colado de verdad por Paola. El síndrome de Estocolmo invertido, justicia poética, tanto va el cántaro a la fuente o como yo quisiera llamarlo. ¿Podíamos llamarlo simplemente amor? Porque no es que yo fuera un romántico empedernido pero la gente (y hasta donde yo sabía los profesores de patología son gente) tendía a enamorarse. Sucedió a cada rato. En cada esquina. Y, lo más milagroso, sin ningún motivo.

La Sara más sardónica, la más venenosa, la que menos me gustaba pero también la mujer a la que más entendía tras lo que había vivido junto a Del Amo, soltó una risotada que hizo que se volvieran algunos rostros hacia nuestra mesa. El amor. Guárdeme una cría pa' la echadura. El amor. Yo no tenía ni idea de lo que hablaba, amigo. No podía sospechar, ni aun esforzándome, lo que suponía el amor para Jorge. Su primer mandamiento era: Te amarás a ti mismo sobre todas las cosas. El segundo: Quien bien te quiere te hará llorar. Y el tercero: El hombre es el centro del universo. Sí. Extraña mezcla aquella. Religión, tradición y ciencia unidas para loa y provecho del gran Jorge del Amo.

Su amor era insaciable. La despertaba a media noche para descargar. La embestía

como un toro sin siquiera encender la luz. Al final Sara se acostumbró a dormir desnuda antes de que la dejara sin camiones ni pijamas de tanto arrancárselos en el fragor de la batalla. La despertaba. Sacaba la vaselina para ahorrarse los preliminares y la montaba sin preguntar si a ella le apetecía o si le incomodaba esa postura o si necesitaba orinar. Nada. ¿Y pensaba yo que la regla lo detenía? Qué va. Entonces cambiaba de agujero y tan pancho. Así noche tras noche. Algunas se despertaba varias veces con ganas. Porque Jorge siempre tenía ganas. Embarazada de Sergio, con la teoría de que el sexo aliviaba el parto, regresaba de la facultad a media mañana para seguir follándosela. A veces solo para que se la chupara mientras él veía películas porno. Exacto. Una vejación más y la teoría de los beneficios del sexo en el embarazo a tomar por culo.

¿Sabía yo cuál había sido la mejor época? ¿O la peor, según se mirara? El verano en que tuvo que parar porque se fracturó el pene. Ajá. Los penes también se fracturan. ¿Por qué los hombres ponen esa cara cuando se enteran? A Sara le parecía curiosísimo el desconocimiento que teníamos de nuestro propio miembro, tanto que lo venerábamos. Se fracturan. Y necesitas un par de meses de reposo ante el riesgo de necrosis. Sí. La cuca también puede necrosarse. Tenía que verme yo la cara de terror que se me había puesto de repente.

Pues fue una época en que Sara logró descansar. Muerto el perro se acabó la rabia, ¿no dicen eso? Pero también fue el principio del fin. Fue la época en que Jorge se desquició. Su carácter se agrió hasta la bilis. Se volvió loco. Insensible, cruel las más de las veces. Así que no. El amor no venía en el diccionario de su exmarido. El sexo sí. Y la posesión. Y el dominio. Pero el amor comprende algunas cláusulas que Del Amo no estaba dispuesto a firmar. Incapaz de ceder, de renunciar, de sacrificarse por nada ni nadie. ¿Ni siquiera por Sergio?

Sara llegó a creerlo. Pobre ilusa. Creyó que después del nacimiento de su hijo la situación cambiaría. No. Nunca cambia. Cuando las fieras prueban el sabor de la carne no vuelven a la leche ni a empujones. Podría seguir relatándome barbaridades que él le obligaba a hacer. Tantas como para escribir un libro. ¿Violento? ¿Me parecía poca violencia la que me había contado?

Ya. Sabía a qué me refería. Jorge nunca pasó de las amenazas. En alguna ocasión llegó a advertirle que, si algún día la pillaba mirando a otro, la mataría como a una perra. Si se enteraba de que lo engañaba le ataría un bidón de cemento a los tobillos y la tiraría al mar. Engañarlo, dice. Si no podía con un hombre iba a plantearse Sara tener dos. Para ella que el hijo de su madre la tenía todo el santo día del tingo al tango solo para que no le quedaran ganas de un amante. Valiente excusa.

Pero aquello nos llevaba a una encrucijada. Porque, según ese relato, faltaba una pregunta por hacerse: ¿pudo Jorge matar a la muchacha por celos? El volantazo la pilló desprevenida. Por primera vez en la velada perdió pie. Una sombra le nubló el rostro. La sonrisa se le congeló. Pude creer que era fruto de la luna, ahora oculta en parte por las nubes. Pero no. A Sara la venció la angustia. A ver si tanto defender a su

ex, al padre de su hijo (recordé la teoría de Inés sobre el clan Clinton), para que luego resultara culpable. No supo qué responder. Se había aprendido de memoria su discurso y de pronto una pregunta a destiempo la había desorientado. Aturdido. Noqueado. Los celos. El monstruo de ojos verdes. Ahora todos los interrogantes le surgieron a ella. ¿Paola podría haber tenido un amante más joven? ¿Alguno de sus compañeros de universidad? ¿Otro estudiante? ¿Y si algún colega de Jorge lo descubrió y le fue con el cuento?

Una sospecha. Al celoso le basta una sospecha, la posibilidad aún remota de estar siendo engañado, para que salte la espita. ¿Y si alguien dejó caer en mitad de una charla banal algo sobre la italiana y un compañero de piso? La Sara que preguntaba me resultó más humana, más sincera que la que respondía. Se aprende más de quien hace preguntas que de quien las contesta. Eso te lo diría cualquier maestro.

Y yo pude haberla sacado del engaño. Haberle dicho que no, que Jorge no había matado a nadie, que su hijo no tendría que llevar esa losa para siempre, ya bastante tenía con un padre maltratador para encima añadirle la guinda de asesino. Pude haberle explicado que los celosos matan por arrebató, por impulso, sin que medie la premeditación. Y a Paola Bortolucci la asesinaron con toda la premeditación del mundo. Pude. Pero no quise. No hasta saber dónde podía llegar el miedo de Sara Arrocha. No sé por qué me dio que aquel señuelo me llevaría a algún sitio.

Pedí la cuenta y pagué. Llevé a Sara a su casa. La vi entrar en su portal. Di una vuelta a la manzana y aparqué en la calle anterior, en una esquina penumbrosa desde la que veía el zaguán pero costaba que me vieran a mí. Me puse cómodo por si la espera se alargaba. Pero no. No hicieron falta más que veinte minutos, supuse que el tiempo necesario para reflexionar, serenarse, hacer una llamada, compartir una duda. Arrocha volvió a aparecer por la puerta. Miró a ambos lados. Consultó su reloj. Comenzó a caminar arriba y abajo con nerviosismo. Se abrazaba los brazos de puro miedo, tanto frío no hacía. Volvió al reloj. A mirar a la noche. A caminar.

Un cuarto de hora después, un motor renqueante rompió la calma chicha. Los faros de un coche iluminaron la calzada. Al volante, una muchacha. Rostro afilado. De una delgadez enfermiza. El cabello muy corto, unas gafas de pasta, un cigarrillo en la boca. Me resultó familiar pero no supe ubicarla al contraluz de las farolas. El coche se detuvo delante de la casa. Sara se agachó, saludó sin entusiasmo a la conductora y entró.

Las seguí. Manejé sin brusquedades para no despertar desconfianza. Mantuve una distancia juiciosa. Callejearon un buen rato por la ciudad, tal vez tratando de aclarar un asunto. Podía ver sus siluetas desde mi posición. Hablaban entre ellas. Sara, inmóvil, con la mirada al frente. La conductora, agitada. Su brazo izquierdo, fuera de la ventanilla, daba la impresión de querer echarse a volar. En una ocasión la desconocida frenó de golpe. Miró a Sara. La señaló con el dedo. Golpeó el salpicadero con la palma de la mano abierta. Le gritó algo. Volvió a arrancar con rabia. Esta vez parecía saber adónde iba. ¿A devolver a Arrocha a su casa? No. El

recorrido era otro. Tomó Paseo de Chil en dirección al puerto. Dio la vuelta a la Plaza de la Victoria, casi las pierdo en un semáforo. Enfiló Mesa y López para bajar por Gravina.

Antes de que llegaran a Guanarteme lo comprendí. Y reconocí entonces a la conductora. Mierda. Por las fotos de familia. En ellas tenía el cabello largo y algunos kilos más pero no había duda. Era Diana del Amo, la hermana de Jorge. Su destino, la casa de Soledad Robaina. Curioso. Sara Arrocha iba a visitar a la una de la madrugada a su exsuegra. A alguien que no podía verla ni en pintura. Que la había descrito como una loca, una madre insufrible, una mujer embustera y resentida. Pero ¿es que nadie iba a decirme la verdad en aquel puñetero caso?

No le encontré sentido a seguir la vigilancia en casa de Soledad Robaina. Estuve tentado de tocar en la puerta y presentarme allí. De gritarles a la cara lo que estaba pensando. De mandarlas al mismísimo carajo. Pandilla de troleras. Cómplices impostoras. Pero en nada me hubiera ayudado. Me habrían salido con más inventos. Y yo no tenía cuerpo para eso. A esas alturas del curso no me iba a creer ni lo que vieran mis ojos.

Telefoneé a Inés. Me saltó el buzón de voz. Colgué sin dejar mensaje. Conduje hasta la avenida marítima. Me detuve en la gasolinera de la Casa del Coño. Volví a llamar. Esta vez sí respondió mi secretaria, Espera, espera, espera, que aquí hay un escándalo de la leche. La oí caminar entre gente que, más que hablar, se chillaba. Conversaciones llenas de Jo, tío, qué guay, Un vestido guapo que te cagas, Mi padre me la come. ¿Mi padre me la come? Eso no fue que sonara vulgar, es que sonaba ilegal. Inés abrió la puerta de donde quiera que estuviese. Se disculpó con alguien por interrumpir una conversación. Y llegó al frío y al silencio de afuera. Ahora sí podía hablar y yo entenderla.

Se encontraba en un garito de la calle de la Pelota. Había ido con una amiga de pinchos y cañas. No. Aún no había descubierto nada sobre el caso Bortolucci. Sobre otras cosas sí. ¿Como cuáles? Como que se había hecho mayor. Que ya no tenía edad para las juergas que se estilaban entre los pibes jóvenes. Que no cabría ni con vaselina en los vestidos de las veinteañeras. Que tenía pañitos para limpiar las gafas más anchos que las faldas de las niñas de hoy. Que no sería capaz de andar sobre sus taconazos. Ahora bien, dicho esto, que no creyera yo ni por un instante que había pasado de moda.

Un pibe de veinticinco años se le había declarado. Lo más parecido a una declaración de amor que podía esperarse en los tiempos del cólera. Un pibe que podía ser su hijo. Le había propuesto irse del garito a un lugar más tranquilo y ver qué pasaba. Vivía solo en un apartamento que le habían comprado sus padres. Y le ponían mucho las mujeres mayores. Eso dijo, el mamón, Me ponen mucho las mujeres mayores. Con sus arrugas y sus carnes desparramadas. ¿También dijo eso? No. Eso era cosecha de Inés, lamento borincano de una secretaria de mediana edad. Lo que el pibe había dicho era que la deseaba. Joder. La deseaba. La madre que lo parió.

No. No necesitaba ayuda para lidiar con el muchachito. Se bastaba ella sola.

Además, si me veían aparecer por Vegueta se acabaría la posibilidad de enterarse de algo. Así que buenas noches. Que me fuera a dormir como un niño bueno. Que mañana me llamaría para contarme. ¿Todo? Claro que todo. Inés no pensaba hacer nada que no pudiera contarme al día siguiente.

La del jueves fue una de esas noches que uno espera que pasen volando. Que no existan nunca. Borrarras de un plumazo. Precisamente por eso se hacen largas como día sin pan. Perdí la cuenta de cuántas vueltas di en la cama. Me harté de contar ovejas. De jugar a silbar cada vez que llegaba a siete o múltiplo de siete. De respirar profunda y lentamente, elevarme con el pensamiento e imaginar mi cuerpo como si fuera de otro. Nada. Al carajo la filosofía zen. Fue imposible dormir. La risa cáustica de Sara Arrocha se mezclaba con la voz apergaminada de Soledad Robaina y el rostro demacrado de Diana del Amo. Tres mujeres y una gran mentira.

Al menos ya no tuve dudas de quién había dejado las huellas a propósito en el salón y la alcoba de mi cliente. Diana. Era cierto que Sara no tenía llaves del apartamento y las de la madre de Jorge estaban en mi bolsillo. Diana. Pero ¿en busca de qué? ¿No habría sido más sencillo contarme la verdad desde el principio? Repasé mentalmente las voces y los gestos de aquellos a los que había entrevistado en los últimos días. Posiblemente todos me habían mentido. Habían fingido, aparentado lo que no eran. Todos. Pero uno solo era un asesino. Y valía la pena seguir el rastro del miedo.

Me vino a la memoria el edificio de veterinaria. La cafetería. Los camareros locuaces. La cascada de luz sobre las escaleras. La conserjería. Los casilleros. Los casilleros con los nombres de los profesores. Los casilleros trampa. Exacto. Si íbamos a seguir jugando al gato y al ratón ya me tocaba gato. Le mandé un mensaje de guasap a Inés. *No bebas mucho. Mañana te voy a necesitar. Te invito a un buen desayuno y te lo cuento.*

Me levanté al salón. Ya que no podía dormir me quedaría jugando a los recortables. En la mesilla de cristal siempre tengo revistas viejas que me gusta releer. *El País Semanal* o *El Cultural* de ABC o algunas otras que vienen con los periódicos del domingo. Fui a por unas tijeras y unos guantes. Iba a cometer un delito. Como diría mi abuelo, no se puede hacer una tortilla sin romper los huevos. Un delito. Pero no era cuestión de que me pillaran en el renuncio más torpe, con mis huellas por todos lados.

Fui despiezando letras de los titulares hasta conseguir tres anónimos idénticos. Breves. Directos. Nada de ambigüedades ni juegos de palabras. *Sé que mataste a Paola Bortolucci.* Me costó un Perú encontrar tres «e» acentuadas. Tuve suerte con una exposición en el anfiteatro de Mérida que se había celebrado el mes de enero. Mérida y su carnaval romano. Mérida y la mejor colección de arte visigótico de España. Me quedaron perfectos. Los guardé en tres sobres blancos sin marca. Y escribí los tres nombres por fuera con letra de molde, rectilínea, aséptica. El día siguiente iba a ser viernes de Dolores para más de uno.

Pese a no haber dormido me encontraba pletórico. Lo de romper los huevos me había animado considerablemente. Me duché y me vestí en poco más de diez minutos. Desde el baño pude oír mi teléfono. Inés habría leído mi guasap y ya estaría dispuesta para la faena. Le gustaba más un tango que comer con los dedos.

Era ella. Fingió enfado, Que sepas que me he desvelado por tu culpa; no se puede dejar un mensaje así, sin explicar, caray; ¿quieres que me dé un infarto o qué? Me disculpé en el mismo tono, Lo siento, chica, me dio un pronto y no pude contener el dedo índice; ¿dime?; ah claro, tú no cabes en los vestidos de las adolescentes y yo no sé escribir con más de un dedo.

Quedamos en vernos en la cafetería del hotel Parque, al lado de su casa. La encontré legañososa, agotada. La pátina de maquillaje que llevaba no pudo disimular una noche larga y jaranera. Fui incapaz de preguntarle cómo le había ido con su pretendiente. Y dado que ella había acudido más interesada en escuchar mi oferta que en otra cosa, me quedé sin saber el final de su historia de amor. Sin embargo, no podía quedarme sin el informe del resto de la noche. Inés se había pedido el menú continental que incluía, además del café y el zumo de naranja, una cesta de panes y cruasanes de diferentes cereales y un plato combinado de fruta y quesos y jamón ibérico. ¿Tanto tenía que contarme? Yo me contenté con un café y le robé un pan de centeno con nueces para rebozarlo en aceite de oliva.

Mientras dábamos cuenta de las viandas, me sintetizó como buena secretaria sus hallazgos. No podía decir que hubiera descubierto la Patagonia. Y no sería porque no pusiera empeño. Tras visitar cuatro bares de copas, rechazar dos ofertas de matrimonio y pararle las patas a una joven asexuada que pretendió cachearla en los lavabos, había sacado un par de cosas en claro.

Sobre Paola Bortolucci nada nuevo. No era muchacha de trasnochar. Apenas bebía alcohol. Las drogas ni las olía. Solo se le conocían amigos, nada de novietes ni amoríos. Solía salir con un grupito en el que se contaban sus dos compañeros de piso, Aldo Lopes y Chiara Alberganti, y un par de correligionarios de veterinaria, chiflados de la defensa de los mares y los peces y el plancton. Ni uno solo dudó en describirla como una tipa estupenda, sin sombras, leal. Muy madura para su edad (¿dónde había yo oído eso?) y romántica como solo se puede ser a los veinticuatro. Sí. Adicta a llenar la casa de pétalos y velas de olor y a las novelas de Federico Moccia.

A Jorge del Amo, en cambio, lo conocían de oídas. Solo por lo poco que hablaba de él Paola. Excepto los que estudiaban en la facultad, el resto no lo había visto jamás en persona. Pero podrían reconocerlo por las fotos que ella tenía en el móvil. Y estaban seguros. Ni el jueves anterior ni los demás jueves ni nunca Del Amo se dejó ver por Mendizábal. La noche de su muerte Paola se fue con alguien, eso sin duda. Cierto que ninguno de ellos pudo verlo pero su amiga no se iba con cualquiera, de manera que todos a una Fuenteovejuna dieron por hecho que había sido con Jorge.

Tenía lógica.

Después del desayuno me tocó el turno a mí. Le expliqué con detalle el plan que había trazado. ¿Una locura? Puede. Pero no tenía otra. No la habría molestado de haber podido llevar a cabo mi locura solo. Pero me conocían en la Facultad de Veterinaria desde los camareros hasta los profesores. Habría levantado demasiado revuelo. ¿La idea? La idea, hablando de zifios, era lanzar la caña a ver qué pescábamos.

Íbamos en mi coche. Yo me quedaría afuera en el aparcamiento y ella entraría. Le había hecho un plano para que no la vieran titubear y que no despertara sospechas. Entraría por la cantina. Cruzaría el pasillo. Doblaría a la izquierda. Y, justo al lado de la conserjería, vería los buzones. Buscaría los tres nombres. Dejaría las tres cartas. Volvería sobre sus pasos. Pero, en lugar de meterse en la cafetería de nuevo, seguiría hasta el final del corredor a sentarse en el banco que había junto al tablón de anuncios.

Por el camino convendría que cogiera un par de esos folletos que suelen repartir los estudiantes. Para disimular. Desde luego que Inés no tenía edad de pasar por alumna ni lo necesitaba. Pero no imaginaría la cantidad de gente de treinta y de cuarenta que se había reenganchado a los estudios a causa de la crisis. No debía preocuparse. Daría el pego. Lo importante era mantener la calma y abrir bien los ojos. ¿Abrir los ojos para fijarse en qué? Reacciones. Tenía que fijarse en las reacciones.

Yo había comprobado los horarios en la página web de la facultad. Y esa mañana mis tres sospechosos tenían clase. Sí. Había contemplado la posibilidad de que cogiera cada uno su carta y se la llevara al despacho para leerla más tarde. No era un problema. Tarde o temprano tendrían que reaccionar. ¿De qué manera? Ahí estaba la clave. Esperaba que a uno de ellos le entrara el pánico y cometiera un error. ¿Como cuál? Cualquiera me valía: suspender una clase, abandonar el edificio, buscar entre la gente al autor del anónimo. ¿No recordaba Inés el viejo soneto de Lope de Vega? *Desmayarse, atreverse, estar furioso. Áspero, tierno, liberal, esquivo*. Ya. Allí no estábamos hablando de amor. Pero el miedo presenta los mismos síntomas. El más pequeño signo de nerviosismo me bastaba. Lo único que ella tenía hacer era oler el miedo. Efectivamente: un trabajo de perros.

Siguió mis indicaciones sin desviarse una baldosa. No encontró obstáculos. Nadie le preguntó qué hacía allí o a quién buscaba. Nadie la vio dejar las cartas en los casilleros. Nadie se extrañó de la mujer sentada en el banco al final del pasillo, la que leía un panfleto sobre lo injusta que resultaba la nueva ley de educación y lo putas que la iban a pasar los alumnos sin recursos. Hasta hizo una amiga, una alumna de tercero que esperaba a su tutor de prácticas. Inés urdió la coartada más plausible. Le dijo que había aprobado el acceso a mayores de veinticinco, que cursaba primero, que trabajaba de administrativa en un despacho de abogados y que a ese paso se jubilaría antes de acabar la carrera.

Casi se queda bizca. Con un ojo en la conversación y otro en la pila de buzones se

le pasó media hora. Hasta que llegó el tutor de la chica y esta se despidió con dos besos. Le deseó suerte en el trabajo y los estudios. Se ofreció a echarle una mano si lo necesitaba. Una vez se hubo quedado sola, Inés sacó el móvil y me fue relatando las novedades por guasap. Un parte lleno de lamentos pesimistas. Se le estaba quedando la nalga derecha dormida. Se aburría. Estaba perdiendo la esperanza de que mi plan funcionara. Tenía sed. Se preguntaba cómo podía yo soportar aquel trabajo tedioso en el que nunca pasaba nada.

Yo la iba animando desde el coche. Si la experiencia es la madre de la ciencia, la paciencia es la abuela. Ajá. La espera constituía el ochenta por ciento del trabajo de un investigador. ¿Lo había cronometrado yo? No me había hecho falta, anda que no me había mamado horas de vigilancia en los últimos quince años. Hasta que no se le secaran los ojos no podía ni empezar a quejarse.

Veinte mensajes después, saltó la primera liebre. Un tipo llegó a la conserjería, firmó en el libro de asistencia, sacó unas llaves del bolsillo de su chaqueta oscura y abrió el buzón. Por la descripción que me iba dando Inés, se trataba de Federico Prado. Malencarado, soberbio, distante. Rasgó el sobre que tenía en la mano y lo leyó. Miró alrededor. Se acercó a la bedel. Le preguntó algo. La chica, una morena espigada y gesticuladora, se encogió de hombros. No sabía de qué hablaba. Nadie había preguntado por el profesor Prado. Quien hubiese dejado el mensaje lo había hecho sin contar con ella.

El hombre se enfureció. Tuvo que responder alguna impertinencia porque la conserje tensó el corpachón y mudó de semblante. El muy grosero la dejó con la palabra en la boca y se marchó. A Inés no se le pasó por alto que, en un gesto de despecho, había arrugado mi anónimo y había hecho una bola de papel con él. Lo llevaba en su mano apretada con furia cuando se perdió escaleras arriba. *Áspero, altivo, enojado*. ¿Debía seguir al profesor? No. Que se jodiera. Que se macerara en su rabia.

La segunda en llegar fue Elvira Osorio. Ocurrió que tenía tanta correspondencia en el buzón que la metió toda junta en el bolso para revisarla después. Se detuvo a charlar con la conserje un buen rato. Le hizo alguna consulta porque la muchacha puso sobre el mostrador una libreta que parecía de anillas y Osorio apuntó en su móvil un número de teléfono. Se despidió y se fue por el pasillo de la primera planta. No importaba. Ya contaba yo con algo así. Que no desesperara Inés. Si algo tenía que suceder, sucedería.

A eso del mediodía llegó el último de mis sospechosos. Florencio Arnaiz. Atendió a unos alumnos que lo abordaron en la entrada. Firmó el control de asistencia. Anduvo unos metros hasta el ascensor. Pulsó el botón de llamada. Observó el contador donde se reflejaban los números de planta: tres, dos, uno. Antes de abrirse la puerta pareció recordar algo. Dudó. Miró las llaves que tenía en la mano. Dejó marchar el ascensor. Y se dirigió a los casilleros por si tenía correspondencia. Vaya si la tenía.

Abrió la carta. La leyó. Según Inés, el hombre tuvo que apoyarse en la pared para no caer. Le cambió el color. Escondió con brusca torpeza mi anónimo en la cartera que llevaba colgada al hombro, como si le hubiera enviado una bolsa de droga o la foto de una estrella del porno. Ni siquiera se atrevió a preguntar a la bedel de dónde había salido el anónimo. Subió andando a su clase. *Esquivo, cobarde, receloso*. De nuevo Lope.

Inés regresó al coche con dos botellas de agua y una sonrisa de oreja a oreja. ¿De qué se reía? Una bobada. Se había acordado, al ver la cara del pobre Arnaiz, de la primera vez que se puso un tanga. Se pasó todo el día incómoda, caminando erguida, pensando que todo el mundo estaba al tanto de su gran secreto. Que todo el mundo le miraba el culo. Claro. Y seguro que se lo mirarían. Pero no era delito llevar tanga y sí matar a una estudiante. Nos ha jodido mayo con las flores. Tan frívola y tan simple no era Inés, caray. No pretendía comparar las dos situaciones. Solo recordaba. ¿Acaso era delito recordar?

Busqué una mejor ubicación para aparcar el coche. Elegí un costado del edificio. A la sombra de una jacaranda. Desde allí podían verse las dos entradas: la frontal y la lateral. Inés consultó su reloj. Para mí que estudiaba si la estadística del ochenta por ciento de paciencia se cumplía. No lo sabía ella bien. Mejor que se pusiera cómoda. Las clases no acababan hasta las dos. Llamé mientras al inspector Álvarez. Necesitaba un favor. Pequeño. Nada del otro mundo. ¿Podía él informarse e informarme luego si se recibía una denuncia de extorsión? Eso, aunque vinieran formulados en una sola pregunta, eran dos favores. A Gervasio se lo notaba rígido, cabreado por algo, poco católico. Quiso saber a quién se suponía que habían extorsionado.

Todavía a nadie, me estaba adelantando a los acontecimientos. Curarse en salud viene en el manual del buen detective. Página trece. Mi amigo no estaba para coñas. No podía perder el tiempo con mis vaticinios de bruja piruja. Tenía un conflicto muy real sobre la mesa. Un ajuste de cuentas en Cuatro Cañones. Seguro. Él no era pitoniso pero después de veinte navajazos en el pecho de un conocido camello no le hacía falta mucha imaginación. Un ajuste de cuentas. También venía en el manual. Así que estaba liado. Y no me prometía nada. Se lo agradecí. Una no promesa suya era más que una promesa de cualquier otro que yo conociera.

Cuando hube colgado, Inés se interesó por mi amistad con Álvarez. No era frecuente que un policía y un detective mantuvieran esa relación. Lo normal solía ser que fueran antagónicos, que no se tragaran. Nada más había que repasar la literatura policíaca. Claro. La literatura. Pero es que ella solo leía a los americanos. En España o te llevabas bien con la policía o no te comías una rosca. Debías dedicarte entonces a fraudes de seguro, a infidelidades, a robo de patentes, a secuestros. En cuanto saltaba la sangre un detective valía menos que el papel de envolverlo. Siempre le acababan dando por donde más le duele. Y no me refería al culo sino al orgullo.

Mi vínculo con Gervasio Álvarez se remontaba a quince años atrás, cuando una

pija me contrató para desmontar la teoría policial de que su novio se había suicidado. Sí. Todo muy novelesco también. Con la perspectiva del tiempo, incluso me daba la impresión de haberlo visto en una película, de que aquello le había ocurrido a otro. No me reconocía en ese Ricardo Blanco. Me atrevía a cosas que ahora ni se me pasaban por la cabeza. Mi abuelo estaba vivo. Beatriz aún no formaba parte de mi vida. Había llorado poco.

Desde entonces, Álvarez y yo habíamos colaborado en media docena de casos. En unos había sido él quien me había pedido ayuda. En otros fui yo quien lo necesité. En cierta ocasión coincidimos a mitad de camino, yo investigando la desaparición de un periodista y él la aparición de un tipo medio desnudo y ensangrentado en mitad del campo. Así descubrimos que, para pescar criminales, lo mejor era estar del mismo lado de la caña. Y nos fue bien.

¿La clave? El respeto mutuo. Sí. La necesidad también hace extraños compañeros de cama pero resultaba que Álvarez era un tipo honesto, un hombre de palabra que se tomaba muy en serio su trabajo, un buen policía. Nada que ver con los de las novelas que Inés leía. Y luego estaba Susana, la mujer de mi amigo. Tras la muerte de Colacho Arteaga mi vida se fue al carajo. Me perdí. Y ella me adoptó como hermano pequeño. Se desvivió conmigo. Me llamaba casi cada día. Me invitaba a comer siempre que sospechaba que me estaba dejando ir. Solo le faltó venirse a casa a arroparme en la cama. Por eso, me dejaría cortar un brazo antes que decepcionarla.

Inés guardó silencio, lo que aproveché para cerrar los ojos media hora. ¿Cómo podía dormir en momentos así? Podía porque tenía sueño, porque el asiento de mi coche era amoroso y porque por vez primera disfrutaba de una compañera que me guardaba las espaldas. Ella se lo tomó a pecho. Como un reto. Mantuvo la guardia alta y no perdió ojo de ninguna de las dos puertas. Al final sí que se iba a quedar bizca de verdad.

A la una y media o así me despertó el zumbido del móvil. Álvarez andaba de mejor humor. Habían pillado a los asesinos del camello. Exacto. En plural. Había dos dentelladas diferentes en el cuerpo. Dos navajas. Y por lo tanto dos asesinos. El inspector se jactó de no haber perdido su capacidad de asombro. Y no. No se refería al crimen de Cuatro Cañones. Ahora hablaba de mí. Aún se sorprendía de mis mañas. ¿Qué mañas eran esas que rivalizaban con veinte puñaladas? Las mañas del hurón: escarbar a la entrada de la madriguera para asustar a los conejos. Boh. Era una estrategia más vieja que la lepra. No la había inventado yo. Pero solía funcionar. ¿Por qué? ¿Se había asustado algún conejo?

Más bien una coneja. Acababan de recibir una llamada desde un despacho de la universidad. Elvira Osorio, nada menos que la directora de la cátedra de epidemiología, denunciaba una amenaza anónima. Ya, claro. En la carta no había amenaza alguna pero la mujer se sintió intimidada y eso bastaba para tomarla en serio. El compañero que despachó la denuncia había seguido el protocolo. Lo próximo que debía llegar era un chantaje. Alguien pidiendo dinero por guardar

silencio. Una cifra. Lo extraño había sido que no viniera la cifra con el primer anónimo. Eso era relevante porque ahorrraba mucho tiempo al extorsionador. Y si no había petición de dinero la cosa estaba clara. El hurón no quería comerse al conejo. Quería sacarlo de la madriguera. Álvarez sabía sumar: ¿Todavía andas metido en el caso de la estudiante, Ricardillo?

—Ya sabe lo que me cuesta a mí cambiar de paso.

—¿Y qué pinta esa Osorio en la investigación?

—Aún no lo sé. Por eso la estrategia del hurón. Estoy al acecho de tres conejos y ella es la única que se ha dado por enterada.

—¿Los demás?

—Ahí andan. Uno muy cabreado y el otro con los huevos de corbata.

Esa lectura era más intrincada. Ya no bastaba con saber sumar. ¿Quién parece más enamorado, el que se desmaya o el que se atreve, el áspero o el tierno, el furioso o el esquivo? Cada quién demuestra el miedo a su manera. Y la manera en que asesinaron a Paola Bortolucci no aclaraba el embrollo. Tan brutal puede mostrarse el tigre que ataca como el que se defiende.

El primero en salir fue Federico Prado, aún con el rictus de rabia en los ojos. Compadecí a sus estudiantes. Tuvo que haber sido una clase espantosa. Si sus alumnos por regla general no le gustaban, esa mañana debió de odiarlos con ensañamiento. Prado cruzó el terraplén hasta un rincón aparentemente reservado para profesores. Subió a su coche, un Lexus CT azul metálico con cristales tintados, y arrancó. Inés acompañó la trayectoria del coche con el dedo índice hasta salir del aparcamiento: ¿No vamos a seguirlo?; ¿dos horas aquí sentados como toletes y ahora lo dejamos marchar?; ¿qué mierda de trabajo es este?

Intenté calmar su ofuscación. Estábamos en desventaja. Tres contra uno. ¿Contra dos? No. Que Inés contara bien. Había tres conejos y dos hurones. Pero los hurones viajaban en un solo coche. ¿El procedimiento en esos casos? Contemplar cómo salían y seguir al más débil. ¿No veía ella los documentales de National Geographic o qué? Pues los depredadores se podían pasar horas ocultos entre la hierba acechando a la presa hasta hallar una falla, una duda, una debilidad. ¿Le parecía que Prado era una presa fácil? ¿Había visto su coche? Si llegamos a seguirlo por la autovía, antes de llegar a Tinoca habríamos fundido el motor de Mildred.

Mi secretaria puso la cara que solía poner cuando iba a reprenderme, como se te ocurra decir que la más débil es la profesora te suelto un cachetón que te boto los dientes. Supe que hablaba en serio. Que me lo hubiera dado. Pero mi razonamiento no iba por ahí. Yo no creía que Elvira Osorio fuera la presa más débil. Y de darse ese caso no lo sería por ser mujer. Nadie llega donde ella por la cara bonita. Como si la hubiera invocado en una güijja, la profesora apareció en la puerta principal donde la esperaba alguien en una ranchera negra. Osorio se subió, le dio un beso al conductor y el coche se fue por donde había llegado.

El alivio de Inés fue innegable. Daba la impresión de que su dilema de género

estaba por encima de cualquier otra cosa. De que prefería que se nos escaparan los tres conejos vivos antes de que nuestras sospechas recayeran en la Osorio solo por llevar falda. Estuve tentado de recordarle lo mal que quedaban las mujeres en sus novelas policiacas pero los acontecimientos se precipitaron y ya no hubo tiempo de análisis literarios.

Arnaiz fue el último en salir del edificio. Pensé en algún tipo de exigencia laboral, en la obligación de mantener un horario a toda costa ya que los profesores se marcharon en el mismo orden en que habían llegado. Él fue el último en salir y yo el primero en sorprenderme. Me pudo el estupor. Me faltaron reflejos. No me esperaba lo que iba a suceder, lo que estaba sucediendo. Inés me gritó algo pero yo no la oía. Me tiró de la manga de la chaqueta pero no reaccioné. Mis sentidos andaban tras los pasos del compañero de despacho de Jorge. Cuando le di a la llave de contacto ya Florencio Arnaiz abandonaba el aparcamiento. Montado en una Kawasaki 300 roja. Un modelo y un color que yo había visto antes. En miniatura. En el escritorio de Paola Bortolucci.

Salí de la Facultad de Veterinaria con un regusto acre en la boca. Inés seguía sin entender nada, Menuda porquería la estrategia del hurón, caray. Y yo me preguntaba si el amor que había mostrado Arnaiz por su pequeña hija era extensible también a su pequeña estudiante de doctorado. Para evitar un atormentado regreso a Las Palmas opté por compartir con mi secretaria las conclusiones de la vigilancia. Ah, pero ¿había conclusiones? Por supuesto que sí. Siempre las hay. Aunque parezca que se ha hecho de noche. Solo precisas acomodar la vista a la oscuridad y aparecen. Diáfanas. Delante de tus narices.

Ella mostró su escepticismo ácido. La única conclusión que había sacado era que yo tenía una carraca de coche. Eso y que cada vez entendía menos que alguien pagara a un detective por un trabajo así. Le compré sus prejuicios. La mañana había sido frustrante. Pero las conclusiones a las que yo me refería tenían relación solo con aquel caso y no con el oficio de detective. Había una muchacha muerta, un profesor detenido y muchas sombras alrededor del fuego: mujeres que decían odiarse y se reunían a escondidas, hombres que decían respetarse y se apuñalaban por la espalda. Eso había.

Inés prestó atención. Iba tomando notas mentalmente, contando con los dedos mientras yo hablaba, como quien calcula las posibilidades existentes de que fulano o mengana fueran capaces de cometer un asesinato. El dedo índice era el móvil del crimen. El corazón, la ocasión de cometerlo. El anular, el valor del asesino. Y el meñique, el leve resquicio de que existieran cómplices. ¿Veía ella cómo incluso a una mañana tan frustrante le podíamos sacar sus consecuencias? Inés volvió a sonreír. Se acordaba de las enseñanzas de las monjas del colegio: cada día tiene su afán.

Cuando cruzamos el puente del Rincón ya teníamos un mapa del asesinato de la Bortolucci. El móvil era joder a Del Amo: daba igual si por odio, por venganza o simplemente para quitárselo de encima en casa o en la universidad. Ocasión de matar

habían tenido todos: sin testigos y con una endeble coartada familiar, pudo haber sido cualquiera. El valor, como en la mili, se le presuponía a cada uno de ellos: de hecho, allí el que parecía más timorato les llevaba dos cabezas de ventaja a los demás gracias a su Kawasaki roja. En cuanto a la complicidad, las únicas que parecían moverse en manada eran las tres mujeres de la familia que la noche anterior habían celebrado un conciliábulo en casa de Soledad Robaina. Los profesores, por su parte, tenían pinta de ir por libre. Lo que no los hacía menos peligrosos.

Inés recuperó el entusiasmo igual que esas plantas muertas a las que echas un pizco de agua y resucitan. Le encantaba esa parte de la investigación. Como buena secretaria, estaba habituada a tomar notas, a confeccionar listados, a computar los datos uno detrás de otro. Luego de analizar el debe y el haber, apostaba por Florencio Arnaiz como asesino. ¿Porque era hombre? Ni hablar. Porque había mentido. Porque el jodido renegado había intentado desviar la atención sobre otros colegas. Porque tenía moto. Una igual que la réplica del cuarto de Paola. Una parecida a la que había oído el vecino de la italiana la noche del crimen. Vale. De acuerdo. El vecino no podía considerarse un testigo ideal. Se trataba de un hombre averiado. Pero hasta el reloj más averiado daba dos veces al día la hora correcta.

Hube de reconocer que su teoría tenía sentido. Que a falta de pan buenas eran las tortas de aquella explicación. Florencio Arnaiz, en nuestra primera entrevista, se había referido al crimen como el asesinato de Montevideo. ¿Lo habría leído en la prensa o conocía el apartamento donde vivía Paola? Y desde luego sabía más de la chica de lo que pretendía. De manera que el siguiente paso sería pegarse a él como una lapa a ver por dónde nos salía. Aquel fue mi segundo error en el caso Bortolucci. El primero había sido asustar a los conejos sin contar con que hasta el más manso tiene dientes para defenderse.

Florencio Arnaiz vivía en Valsequillo, pero la suya distaba mucho de considerarse una vida de campo. Comenzaba a creer que todo en él era farsa. Residía en una urbanización a la salida del pueblo. En un chalé de tres plantas. Con tejado a dos aguas y un jardín y un manzano y una tumbona a la sombra del manzano. Reconocí el paisaje en el que a Claudia, la hija de Arnaiz, le habían tomado la fotografía que adornaba la mesa del despacho quince. La urbanización, de quintas independientes, gozaba de un perímetro cerrado y una sola entrada. Algunas casas asomaban diáfanas, con setos bajos y recortados. Otras tenían muros altos que parecían esconder perversos trapicheos. La del profesor, a caballo entre las campechanas y las pomposas, venía con una verja de hierro forjado y un murete de piedra de ladrillo rojo con brozas de moho como lágrimas verdes. La noche era tan fría que no se veía ni un gato.

Aún podía escuchar las quejas de Inés por no haberla llevado conmigo. No le sirvieron de excusa ni la hora ni el frío ni el peligro que pudiera haber. ¿Qué peligro? ¿Qué frío? Mi secretaria no podía creerse que la dejase a medias después de haberle puesto la miel en los labios. Hombre tenía que ser. Bromeé con el protocolo real. El rey y el príncipe viajaban siempre en aviones distintos. Claro. Si a mí me ocurría algo durante la vigilancia, sería ella quien tendría que continuar la investigación. Ella la que debería ir a Álvarez con nuestras deducciones. De acuerdo. Así lo haría. Pero que yo supiera que no la había convencido ni un instante mi defensa monárquica.

Di un par de vueltas por aquel laberinto de calles enredadas y húmedas. No quería que algún vecino me viera rondar su casa y llamara a la policía o, peor todavía, me soltara los perros. Había dos o tres fiestas, los viernes tenían eso. La música se oía desde la rambla. En uno de los jardines habían organizado un asadero, el olor de la carne sobrevolaba el aire de la noche. Arnaiz parecía estar en casa. La luz de su salón permanecía encendida y podían verse las sombras de dos adultos y lo que supuse que era su niña pequeña. No obstante, para cerciorarme, regresé a la carretera general y busqué una cabina telefónica. Llamé a su casa. El teléfono venía en la guía, junto con la dirección. Lo cogió el mismo Florencio. Fingí una voz más neutra. Pregunté por Colacho Arteaga. El profesor contestó sin aspavientos. Allí no vivía nadie con ese nombre. Me disculpé. Colgué. Y aparqué en el arcén a esperar.

En las siguientes tres horas aconteció muy poco. Se me planteó un problema de

los que nos ponían de chicos en clase de matemáticas. Uno de aquellos de trenes y pasajeros en los que había que sumar los que subían y restar los que bajaban para resolverlo. El inconveniente en mi caso era que allí no se bajaba nadie. Todos los coches entraban en la urbanización (residentes que volvían a casa después del trabajo o de jugar al tenis o de pilates) y nadie salía. Así no había manera de resolver la incógnita.

A la una de la mañana me harté de sumar y de pasar frío. Era tan buen momento como cualquiera para volver a casa. Sin embargo, la espera me había dado hambre. Llevaba un día de perros y apenas había comido un bocadillo a media tarde. En mitad del pueblo, encontré abierto un bar de carretera. Casa Diego se llamaba. Puertas de contrachapado, letrero de neón y bachata de fondo musical. Menos daba una piedra. A aquella hora solo quedaban los búhos. Un par de parroquianos sentados a una mesa y otros dos acodados en la barra. Lo de la separación era un tejemaneje, un truco para engatusar a los confiados, una tela de araña para atraparte en mitad del fuego cruzado. En verdad el quinteto de la muerte (conté también al dueño del garito, un tipo de rostro huesudo y pinta de boxeador retirado) entablaba una única conversación. La lucha de clases, que en tiempo de crisis se agranda igual que un costurón en una media.

La lucha de clases, sí. Solo había que mirar a Valsequillo. Dividido en dos facciones como en la guerra. Ni que decir tenía que ellos eran los republicanos, los honestos, los buenos. Luego estaban los otros, los nacionales, los privilegiados que vivían en la urbanización. Allí protegidos, amparados en su propia seguridad. Ahora no se veía, por supuesto, pero yo no debía llamarme a engaño. Hacía un frío del carajo y nadie iba a robar con ese clima. Sin embargo en verano los guardias privados patrullaban, pistosos, la zona nacional con sus motos y sus uniformes resplandecientes.

Pedí media ración de carne mechada y una copa de vino tinto. ¿Del país? No, gracias. Prefería un Rioja o un Ribera del Duero o, ya puestos, uno del Bierzo. Porque yo tenía alma de republicano pero mi estómago solo aceptaba vino nacional. Debí de caerles en gracia con mi chiste porque a partir de ahí me admitieron en la charla. De libre oyente, eso sí. Hablaban tan alto y tan rápido que no dejaban meter baza a nadie que no pensara como ellos. El signo de los tiempos. Igual que en las tertulias de las radios y las televisiones. O en los discursos políticos. O en los debates de después del fútbol.

Fue precisamente gracias al fútbol que acabé por ganármelos. Porque yo no soy del Madrid ni del Barça. Soy de la Unión Deportiva. ¿Hasta la médula? Claro. ¿De qué otra forma se puede ser de un equipo de fútbol? Ya se sabe. En la vida puedes cambiar de partido, de mujer y hasta de religión. Pero el honor es patrimonio del alma y el alma solo es de la Unión Deportiva.

Acabé mi plato de carne. Apuré el vino. Y con un café solo, la misa estuvo dicha. Aunque hubiese querido, no habría podido sonsacarle nada al bando republicano

porque jamás se codeaba con los nacionales. Ni los conocían ni ganas de conocerlos que tenían. Pagué mi cena a deshoras y me despedí. El dueño me sonrió con esfuerzo. Nunca las mañas pierda, compañero. Y los demás celebraron la frase como hubieran celebrado un gol de Las Palmas.

De camino al coche me saltó la alarma del móvil. Debía de haber perdido la cobertura en Casa Diego y, al recuperarla a la salida, el contestador se arrebató. Tenía un mensaje nuevo, mensaje número uno, recibido hoy a la una y veintiocho. ¿Dónde coño estás, Ricardo?; te he buscado en casa y tampoco lo coges; espero que no te hayan pegado un tiro; llámame en cuanto oigas esto. No hizo falta que dejara un nombre. La voz de Gervasio Álvarez era inconfundible. Debía de ser importante para llamar de madrugada. Y lo del tiro me sonó a peligro.

El inspector estaba en modo mister Hyde, de nuevo encabronado. Me hablaba a gritos desde la clínica San Roque. ¿Había ocurrido algo? Y tanto que había ocurrido. Por mi culpa. Por mi gran culpa. Por mi grandísima culpa. ¿Qué había hecho yo para merecerme esa filípica? Ponerme a jugar a hurones y conejos sin atender a las consecuencias. Olvidar que los anónimos los carga el diablo. Darle argumentos a los desalmados para seguir cometiendo tropelías. Todo eso había hecho yo.

Chiara Alberganti estaba en la clínica. Alguien le había dado una zumba de campeonato. La muchacha había sobrevivido pero desde luego no gracias a mí. Le quedaba un chichón en la cabeza, una clavícula rota, magulladuras y arañazos por todo el cuerpo y un susto de tres pares de cojones. Ahora estaba sedada en su habitación pero Álvarez había podido hablar algo con ella. Solo una palabras. Lo que los médicos le permitieron.

La italiana no había visto a quien la atacó. Los leñazos le llegaron a traición cuando volvía a su casa después de una fiesta con otros estudiantes Erasmus. Había bebido un par de copas pero luego estuvo danzando más de dos horas así que nada de borracha. Solo desprevenida. Lo único que recordaba era un empujón contra la pared. Un forcejeo. Y un golpe en la nuca con algo frío y metálico. Y no. A Álvarez de nada le servían mis lamentaciones. Debía saber que había estado tentado de emitir una orden de busca y captura contra mí. Por mamón. Por tocachuevos. Por tolete.

Y que ni se me ocurriera expresar en voz alta lo que estaba pensando. Porque el hecho de que la agresión a Alberganti indicara que Jorge del Amo era inocente de asesinato no obviaba el peligro al que había expuesto a la muchacha. Joder. ¿Imaginaba yo lo que hubieran supuesto dos estudiantes extranjeras muertas en una semana? Habríamos salido hasta en el puñetero *Diario del Nepal*. Otra cosa. Lo había llamado el rector regidor. No. No era una redundancia ni a Álvarez se le trababa la lengua. Es que el rector se apellidaba así. Quería tener una reunión urgente. Y no podía esperar ni al lunes ni al domingo ni tan siquiera al sábado por la mañana. Tenía que ser esa misma madrugada. Así que en media hora me aguardaban los dos en la sala de espera de San Roque. Media hora. Eso era lo que me daba para llegar.

El hombre andaba más preocupado que otra cosa. Con aspecto de llevar varias noches maldurmiendo. Vestía un traje gris con camisa celeste abierta y sin corbata, imaginé que su uniforme de cuando no ejercía de rector. El rostro afilado y la barba gris le daban un aire de patricio romano. Su voz era firme sin llegar a imponerse. La voz de un hombre acostumbrado a dar órdenes. Formuló una pregunta dirigida más a sí mismo que a nosotros. ¿Cuándo descubre un artista que su obra está acabada? Es decir, el tronco de madera, la pieza de bronce, el lienzo ¿en qué golpe de cincel, en qué paletada se convierte en arte? Se lo había planteado hacía unos días al inaugurar una miscelánea en la Sala de Piedra del rectorado. Una selección de obras de Plácido Fleitas, Millares y Jorge Oramas. Le gustaban. Algunas no las entendía pero debía reconocer que le gustaban. Y entonces pensó: ¿Esto cómo va?; ¿una tarde, después de la siesta, el artista se levanta, se dirige al cuadro que está pintando, lanza un golpe suave de color magenta, lo extiende en zigzag con la yema del dedo y decide que ya está?; ¿es así de sencillo?

No. No se había vuelto loco. Su reflexión venía muy a cuento de lo sucedido. Cuando se enteró del ataque contra la segunda muchacha, le volvió la misma duda como un buche de ácido. Pensó que aquello podía ser igual. Que estábamos a expensas de que un desquiciado se levantara de su siesta una y otra vez y siguiera matando alumnas hasta completar su obra de arte. Necesitaba que le aseguraran que aquello se había acabado allí, que no se iba a desayunar el fin de semana siguiente con el asalto a otra estudiante, que no había un psicópata asesino en el campus de su universidad.

Álvarez no se dio por enterado. Dejó pasar la mano y se hizo el sueco de una manera bárbara. Yo solito me había metido en el jaleo, así que yo solito debía de salirme. A ver cómo lidiaba aquel toro negro. El rector se sentó, entre los dos, a esperar la respuesta. Se colocó en una postura extraña, incómoda, sin descansar la espalda contra el sillón, con las piernas separadas y las manos apoyadas sobre las rodillas. ¿Traía yo noticias tranquilizadoras? Según se mirara. Resultaba difícil tranquilizar a nadie con una muchacha en el anatómico forense y otra en la cama de un hospital. Pero creía estar en posición de asegurarle que no habría más sorpresas, que no teníamos suelto por las calles a un asesino en serie de estudiantes italianas. No. Yo no estaba dispuesto a mentirle y decirle que lo ocurrido a Bortolucci y Alberganti nada tenían que ver con su universidad porque sí tenían y mucho.

Se le tensó la mandíbula. Negó con la cabeza. Se atusó la barba cana.

—Pero eso que plantea usted es terrible.

—No tanto como lo que les ha pasado a las dos chicas.

—Ya, claro. No pretendía parecer indiferente. Es que es todo tan desagradable.

—Mire usted. Desagradable es que un alumno falsifique su expediente. O que un profesor llegue a clase oliendo a alcohol. Eso es desagradable. Lo que tenemos entre

manos es un crimen y una tentativa de otro. Por eso estamos reunidos aquí con la policía y no con el defensor de la comunidad universitaria.

—Pero es que me está diciendo que entre los profesores puede haber un asesino.

—No, señor. No le digo que *puede haber*. Le digo que *hay* un asesino. De hecho tenemos a uno de sus profesores en la cárcel ya, ¿o es que nadie se acuerda? Claro, como la policía lo detuvo y lo encerró creyeron que con ello se enterraba el problema. Pues no. Tal vez sea solo la primera ficha del dominó.

—¿Y qué podemos hacer? ¿De quién sospechan ustedes?

La última pregunta iba dirigida a Álvarez, que se había mantenido al margen en toda la entrevista. Al encontrarse de frente con la mirada helada de Regidor, mi amigo se removi6 en su asiento como si le hubiera picado una tarántula. Aquí las sospechas son como la risa, que va por barrios; Ricardo creía tener contra las cuerdas al verdadero asesino y le ha salido el tiro por la culata.

Intervine por alusiones para esclarecer una cuestión en la que nadie parecía reparar. Yo estaba allí sentado con ellos porque Jorge del Amo me había contratado. Mi única misión era demostrar su inocencia. Con lo sucedido esa noche, parecía haber quedado más que demostrada. En absoluto pensaba eludir mi culpa por la agresión a Alberganti. No se me caían los anillos por reconocer mi error: con mis tretas para hallar al culpable, puse en peligro a víctimas inocentes. Lo sentía. Y estaba dispuesto a apenar con lo que me tocara. Pero ahora era preciso acabar con los asaltos a estudiantes y para ello necesitaba la ayuda del rector.

¿De qué modo podía él ayudarme? De uno muy simple. Necesitábamos saber de primera mano lo que se cocía en el departamento de patología animal: quién le debía el cargo a quién; quién había torpedeado la cátedra de quién; quién había denunciado a un colega; quién salía ganando con la condena de otro. Eso no constaba en las actas de los consejos. Pero uno no llega a rector sin conocer el patio de su casa que es particular.

¿Confidencial? Carajo con la manía de los secretos. ¿Cuánto tiempo creía el señor rector que iban a tardar los periodistas en destapar la segunda agresión a una estudiante? Pues entonces qué me estaba contando con la confidencialidad. Mi propósito era encontrar a un asesino. Me daba igual si era la decana de la facultad o un subalterno de mantenimiento. Había que desenmascararlo y evitar que siguiera ocultando su rastro con más muertes. Porque una cosa era cierta: yo pensaba asumir mi culpa en el ataque a Alberganti, pero del siguiente no me responsabilizaba. De ese tendrían la culpa el rector y sus reparos.

No amenazaba a nadie. No tenía ni tanto poder ni tanto descaro. Yo era un mero detective privado y él la cabeza visible de la universidad, nada menos. Simplemente me limitaba a constatar un hecho. ¿Cuál? Que el castigo por matar a tres chicas venía a ser el mismo que por matar a dos. Entre leyes muy blandas, buenas conductas y reducciones de pena, el criminal saldría en treinta años aunque se pasara por la quilla a medio claustro.

Levantamos la reunión cuando casi daban las tres de la mañana. La mano del rector era suave y decidida. La mirada de Álvarez, cortante y suspicaz. Mi ánimo, desvaído. Pero el tiempo apremiaba y los tres teníamos tarea por delante. Gervasio se comprometió a velar por la seguridad de la italiana en San Roque. Regidor a realizar algunas llamadas durante el fin de semana. Y yo a estar el lunes a las doce (el hombre tenía que presidir un claustro universitario antes) en su despacho.

El rector subió a la tercera planta a interesarse por la salud de Chiara. Álvarez dio orden al policía que lo esperaba afuera de que organizara los turnos de guardia. Un hombre siempre en la puerta de la muchacha. Las veinticuatro horas. Todo el fin de semana. Nadie podía entrar allí sin identificarse. Y, si no era personal de la clínica, debía estar en todo momento acompañado por un agente. ¿Quedaba claro? Pues andando.

Y es que Gervasio tenía una espina clavada con los hospitales y los heridos. Se le perdió uno en mitad de un caso por no poner a nadie a custodiarlo. Un tipo al que habían hallado desnudo y ensangrentado, que padecía amnesia y al que nadie aparentemente conocía. Se le perdió y jamás lo pudo recuperar. Así que una y no más santo Tomás.

Se empeñó en acompañarme al coche. No. Mi seguridad le importaba un pimiento morrón, yo sabía defenderme sin ayuda. Pero quería escuchar lo que no le había contado al rector. ¿Por qué pensaba que no le había contado todo? Porque me conocía como si me hubiese parido. Yo jamás lo contaba todo. Era como las hienas: siempre enterraba algún pedazo para volver cuando nadie me viera. Vaya, hombre. Le di las gracias por la comparación. Yo también lo quería a él. Pero, para que supiera, esa vez pinchaba en hueso. Lo único que le había ocultado a Regidor habían sido los nombres de los sospechosos. No quería que en una de sus llamadas del fin de semana se fuera de la lengua y pusiera al asesino sobre aviso.

Sin duda el primero en emplear la estrategia del hurón había sido yo, pero mira cómo me había ido. De manera que en adelante íbamos a evitar que el conejo se asustase aún más. ¿Quién podía ser? Estaba bueno yo para hacer quinielas. Ya no me atrevía a pronosticar un nombre. Pero al menos habíamos descartado dos: Jorge del Amo y Florencio Arnaiz. Así la lista se reducía. ¿Un crimen compartido? No. Aquello no era como lo de Cuatro Cañones. Tal vez quisieran ajustarle las cuentas a mi cliente igual que al camello pero las puñaladas las había asestado una sola mano.

Los últimos metros hasta llegar al coche los recorrimos en silencio, cada uno con sus dudas. Las suyas, por aquello del cargo y de la edad, eran más grandes: ¿qué me había hecho pensar que Arnaiz fuera el asesino? Le revelé lo de la moto. Las coincidencias. Cómo me habían confundido la réplica en el cuarto de Paola, el ruido que había creído oír Jesús Alemany y la Kawasaki del profesor. Y no. No le estaba dando la razón con lo de las hienas. Pasaba que no había tenido tiempo de contárselo. El último detalle se había revelado ese mediodía en el aparcamiento de la Facultad de Veterinaria. Sí. Un detalle que, suelto, no hubiera parecido gran cosa. Pero, sumado a

los otros, significaba una buena razón para sospechar.

Gervasio se detuvo en mitad de la acera. Pateó una chapa con indiferencia. Observó la punta de su zapato salpicada de un resto de barro viejo. Se metió una mano en el bolsillo del pantalón. Con la otra desplegó un nuevo dilema, Entonces, Ricardo, ¿la muchacha italiana también estaba liada con Arnaiz?; ¿no es eso mucho pollo para tan poco arroz?

—Espero que no.

—Esperas que no ¿qué?

—Que no estuviera liada con Arnaiz.

—Te comprendo. La sangría que iba a hacer la prensa si se enterara de eso.

—No quiero ni pensarlo. Todo el mundo ha admitido que Paola era una preciosidad de chiquilla. Un encanto. Si se descubre que tuvo líos con dos de sus profesores, les va a importar un huevo que sea la víctima. La van a crucificar después de muerta.

—Ya me encargaré yo de que no se descubra. Y más ahora que sabemos que Florencio Arnaiz no tuvo nada que ver con el crimen.

—No lo tuvo. Pero es probable que hubiera habido algo entre los dos. Arnaiz me contó que Jorge y él compartían estudiantes, que se sustituían cuando alguno debía asistir a un congreso. Debió de haberse quedado colgado de la muchacha en uno de los viajes de Del Amo. Tal vez hubo algún encuentro furtivo que solo el profesor quiso prolongar en el tiempo. El hombre habría estado insistiendo en sus requiebros hasta el último día. Por eso se asustó tanto cuando lo del anónimo. Hasta ayer creía que nadie lo relacionaba con ella.

—Y fue él quien la acompañó a casa la noche que murió. El vecino chiflado con quien hablaste pudo estar en lo cierto. Lo que no cuadra aquí es...

—... Que la acompañó, la dejó en la puerta del zaguán, se despidió de ella y de repente apareció otra persona para matarla. Eso es lo que me lleva martirizando desde hace horas. No tiene ningún sentido.

—Salvo que esa otra persona la estuviera esperando en el zaguán.

—...

—No me hagas caso, Ricardo. Me estoy haciendo viejo. Cada vez entiendo menos a los criminales.

—No, no. Tal vez no vaya tan descaminado, Álvarez. Tal vez alguien supiera que Paola acostumbraba a salir los jueves a Vegueta. Y estuviera al tanto de la hora a la que solía llegar. Y sospechara de la pasión de Arnaiz. No sé. Son tantas conjeturas que parece obra de un genio matemático y no de un patólogo. Y estoy agotado para pensar en todas.

—Hagamos una cosa. Ve a dormir. Y mañana te vienes a comer con Beatriz. O a cenar. Lo que mejor les venga. Susana lleva tiempo detrás de mí para que los invite. A lo mejor si nos agarramos una buena tajada lo vemos todo más claro.

—Hecho. Lo hablaré con Beatriz a ver qué opina. Aunque primero tengo que

pasarme a devolver unas llaves a su dueña.

—Pues a mí me has dejado un muerto que maldita la gracia.

—¿Por qué?

—Porque a ver cómo les digo a los colegas que llevan el caso Bortolucci que Del Amo es inocente sin mentar tu dichoso anónimo.

—No se lo diga aún.

—¿Y dejamos al tipo en el Salto del Negro un par de noches más? ¿No va eso contra tu manual de detective?

—Lo bueno de los detectives es que podemos cagarnos en el manual. Y a Jorge de Amo no lo matará pasar un par de noches más en la cárcel hasta que esto se aclare.

—¿Por qué será que tengo la sensación de que tu cliente no te cae muy bien?

* * *

No me caía bien. Me jodía reconocerlo pero Jorge del Amo no me caía bien. Desde la primera vez que lo vi en aquella habitación desabrida del Salto del Negro hubo algo en él que no me convenció. Lo achaqué al escenario, nadie puede resultar convincente después de haber pasado veinticuatro horas sin dormir y el peso de la sospecha sobre los hombros. No obstante, el profesor se mostró casi siempre seguro, dueño de sus gestos y de sus silencios.

Y ocurrió que cuanto más ahondaba en la investigación tanto menos me gustaba mi cliente. Acaso fuera la influencia de Beatriz y de Inés y un poco de la de Sara Arrocha. Entre todas habían dibujado un cuadro de Del Amo que mermaba sus luces y exageraba sus sombras. Un cuadro descolorido y gris. El retrato de un tirano.

Pero debía olvidar mis escrúpulos y centrarme en resolver la muerte de Bortolucci. Como Orson Welles, me tocaba descubrir al tercer hombre. Un auténtico maestro del engaño, por lo que se había visto. Asesina a una alumna. Hace recaer las sospechas sobre su director de tesis. Y, por si eso no persuade a la policía, involucra a otro colega que también está enamorado de la víctima. No había dejado nada al azar. Y eso significaba que el tercer hombre conocía a fondo a la estudiante. No solo su evidente relación con Jorge del Amo sino la encubierta que había mantenido con Florencio Arnaiz.

Luego estaba el sainete familiar que habían montado la madre, la hermana y la exmujer de Jorge. Un camino sin salida aquel. Aún andaba decidiendo si las tipas pretendían protegerlo o echarlo a los lobos. Me costaba calcular hacia dónde remaban las tres. Definitivamente el sábado tenía que rendirle una visita de cortesía a Soledad Robaina.

Me despertó el teléfono. Beatriz andaba preocupada por mí. Tenía el instinto maternal agudizado, esa propensión a cobijar a todos los que la rodeaban. Me llamaba por si me quedaba algún antojo desde nuestro último almuerzo. Quería darse el gusto de prepararme uno de jeque árabe. Sonaba feliz. No sé de nadie que disfrute en el mercado tanto como Beatriz Guillén. La conocen todos los puesteros. Puede pasarse horas pasilleando, calculándole el peso a una sandía, buscándole macas a una lechuga, negociando la calidad de un solomillo. Dice que le relajan los regateos y el olor de la fruta. Con tal de no agobiarse con el peso sigue el procedimiento de ir dejando aparcadas las bolsas en los puestos para recuperarlas todas al final. Así que jamás se cansa.

Le trasladé la invitación de Gervasio y Susana. La note algo indecisa. No supe si le estaba fastidiando algún plan. Por si acaso, le aclaré la situación. Allí nada era obligatorio, ya bastante obligada venía la vida. Si no quería no teníamos por qué ir. Podíamos posponerlo. Los compromisos son para los días laborales. Los fines de semana se reservan a la familia. Ella estuvo de acuerdo, por eso íbamos a aceptar la invitación. Porque Gervasio y Susana eran lo más parecido a mi familia. Y porque a ella también le apetecía, qué caramba. Eso sí, prefería cena. Así le daría tiempo a cocinar, a dejarle comida hecha a sus padres. ¿Necesitaba ayuda? Beatriz se burló de mi oferta: ¿Tuya?, si tú no sabes distinguir un pimiento de una beterrada, muchacho.

—Para lavarlos, pelarlos y cortarlos no hace falta saber cómo se llaman, carajo. Me he ofrecido de pinche, no de investigador.

—Vaaaale. Un sábado casero puede estar bien.

—Chica, hablas como si fuera una condena menor.

—No, bobo. Me encanta el plan. Aprovecharemos para pasar el día juntos, que ya lo echo de menos.

—¿Ves? Así suena hasta romántico.

—¿Qué quieres comer, romántico?

—Pasta. Sin salsas rocambolescas ni tropezones. Sin pimientos ni beterradas, así no me confundo. Pasta. Con aceite, ajo y sal.

—Oído, cocina. ¿Dos y media?

—Dos y media.

Llamé a Álvarez para confirmar que, si no se había arrepentido del convite, sería

cena. Él jamás se arrepentía de nada. Andaban ya en los preparativos. Por eso me agradecía que les diéramos más tiempo porque a Susana le horrorizaba no tenerlo todo controlado hasta el más mínimo detalle. Así que a las nueve. Y nada de traer vino ni postres porque su mujer lo mataría. Lo único que se esperaba que lleváramos era hambre.

Hablar de comida me revolvió el estómago. Aún estaba repitiendo la carne mechada de Casa Diego. Me lavé los dientes. Me afeité. Me duché. Y decidí ir caminando a casa de Soledad Robaina. Un paseo de veinte minutos que ayudaba a pensar en la estrategia. Por lo pronto disponía de una buena excusa para la visita por cuenta de las llaves que debía devolverle. Sonsacarle algo a la madre de Del Amo era harina de otro costal.

La primera piedra en el camino fue la lluvia, un sirimiri tonto pero jodelón que convirtió el paseo en una odisea. La segunda, que la mujer no estaba sola. Diana había ido a desayunar con ella. Curioso, en una hija que se había mudado a Arucas y a la que le costaba hasta llamar por teléfono a su madre, dos visitas en apenas veinticuatro horas. Mucho tendrían que decirse.

Diana del Amo vestía un traje gastado y gris sobre el que llevaba una rebeca que parecía de otra. Su imagen recordaba a una escena de posguerra, lágrimas y miseria. Tal vez por eso resultó ser una de esas mujeres enfrentadas al mundo. Hablaba, gesticulaba e incluso callaba como si le debieras algo. Me costó Dios y ayuda convencerla de que yo no era su enemigo. De que no estaba allí para amargarle la vida. De que el objetivo de mi existencia no era convertir la suya en un infierno. Para ello le conté una breve historia. Una historia muy reciente. Nada de había una vez, en un tiempo de lo más remoto, un príncipe que vivía...

Mi historia era la de un detective de tres al cuarto al que despiertan un domingo para pedirle ayuda. Resulta que un insigne profesor de universidad, que llama desde el Salto del Negro, le ruega que le eche un capote. Cité de memoria las palabras del profesor. El detective era su única esperanza. No tenía a nadie más a quien recurrir. Si no lo ayudaba se pudriría en la cárcel. Luego se supo que no era el primero al que se lo pedía, pero el ego de los detectives es delgado como papel de fumar. Y hete aquí que, menos de una semana después, el capote ya estaba echado. Sí. Seguro. La policía tenía constancia de ello.

Pasa que las liberaciones tardan lo suyo porque a los jueces no les gusta que los convenzan de una cosa y su contraria en tan poco espacio de tiempo. La ley no está para esos bailes. Exacto. Jode mucho que te animen a encarcelar a un hombre porque es culpable *sí o sí* de asesinato y a los ocho días tengas que emitir una orden de excarcelación porque el tipo *no y no* cometió el crimen. Entonces el juez de turno te hace andar sobre brasas ardientes con las pruebas en la mano hasta convencerse de que esta vez es la definitiva y no va a quedar de nuevo con el culo al aire.

¿El verdadero asesino de *la estudiante*? Qué les costaba pronunciar el nombre de la muchacha, coño. El verdadero asesino estaría por ahí con su familia o de compras

o (el sol había vuelto a salir) tomando una caña en una terraza. De hecho, que me perdonaran mi falta de sensibilidad pero resultaba propicio que Jorge no saliera inmediatamente de la cárcel. Así el culpable no se pondría a la defensiva y cometería algún error del que sacar provecho. No. Yo no hablaba de esperar otra semana más. Hablaba de unos días. Tres a lo sumo. Me pareció notar un leve brillo en los ojos de Diana, acaso el brillo del alivio. Aquella jodida familia tenía el don de confundirme siempre.

La voz cantante la llevó la hermana de Jorge. Su madre se veía superada por todo aquel fregado y se limitó a ofrecerme un café y a sentarse en una silla del comedor con las rodillas bien juntas. Era una mujer sencilla, no demasiado culta, a la que le había tocado en desgracia una familia desagradecida por las cuatro esquinas. Un marido ruin y bebedor. Unos hijos que se habían desentendido de ella desde que habían podido alzar el vuelo: Jorge, con más estudios, al cielo de la universidad; su hermana, más tosca, al infierno de un bazar de Arucas.

Sentí lástima por ella y por tantas mujeres como ella que vivieron una vida prestada y sin opciones. A mí, cuando me hablaban de la pérdida de valores y me ponían de ejemplo a padres y abuelos que habían resistido en sus matrimonios hasta más allá de lo exigible, me nacía pensar siempre en las madres y las abuelas. Si les hubieran preguntado a ellas habrían mandado a la mierda a más de uno. ¿Matrimonio feliz? Y un huevo. Ojalá hubieran tenido la oportunidad de vivir en otro tiempo. Ojalá hubiesen podido elegir. Ni de coña habrían aguantado carros y carretas junto a auténticos bárbaros.

No obstante, a pesar de la batalla perdida, defendían a los suyos como leonas. Ya sabía Soledad que su hijo no podía haber cometido la salvajada que le achacaban. Ya sabía que alguien tenía que estar equivocado. Me lo había dicho en la primera cita. ¿A que me lo había dicho? Cierto. Me lo había dicho y yo, no sé por qué, la había creído. Lo que no podía creer era aquella querencia de hogar que les había entrado a todas en los últimos días. ¿A qué venía ese repentino amor fraternal?

Intuí la razón y lancé una pregunta al aire que las descalabró. ¿Qué tal padre había sido el padre de Jorge? Las dos se revolvieron en sus sillas. Fue como mentar la soga en casa del ahorcado. Soledad bajó la vista. Diana arrugó la frente. Se resistió casi a gritos. Qué tenía que ver su padre, que llevaba muerto más de diez años, con todo aquello. A mí me habían contratado para demostrar que Jorge era inocente, no para hurgar en viejos asuntos familiares. Maticé sus palabras mirándola a los ojos, sin mover una ceja, con la voz embridada. A mí me habían contratado para demostrar que un tipo que llevaba ocho días en el Salto del Negro no había asesinado a Paola Bortolucci. Allí la única inocente era ella, la víctima, con nombre y apellido.

¿No querían hablar de su padre? Perfecto. No hablaríamos. Pero aunque no se hablara del mal, el mal seguía existiendo. Estaba allí, acechando a la vuelta de la esquina. Aunque no se hablara de ello, el origen de la maldad tendía a reaparecer desde que lo dejaran. Las dos mujeres me miraron como las vacas al tren. No tenían

ni idea de a qué venía mi monserga de filósofo de sobre de azúcar. ¿El mal? ¿Qué leches era eso del mal? ¿A qué, a quién me refería yo? Sonreí con hartazgo. Busqué con la mirada las baldas de las estanterías. Comprobé de nuevo la ausencia de retratos del paterfamilias. Regresé al rostro enjuto de Soledad Robaina, a un gesto repentino, a una estría dolorosa en sus labios ajados.

La mujer se observó los dedos frágiles como ramas secas. Los contó, igual que las abuelas les cuentan los deditos al nieto recién nacido mientras ofician una letanía heredada. Diez en las manos, diez en los pies, así es como es. Se ordenó la falda, que se le había subido hasta medio muslo. Habló muy bajo, tal que en un confesionario, La culpa es mía; yo dejé que ocurriera; si hubiese tenido el valor... Fui corriendo a taponar su herida. La detuve antes de que se desangrara más. No. Ni hablar. Yo no era nadie para escuchar pecados.

Y aunque lo fuera, aunque de pronto me hubiese sobrevenido un arranque de sumo sacerdote, ni loco iba a aceptar que Soledad (ahora caía en la cuenta de que el nombre le venía a huevo a la pobre mujer) tuviera culpa en aquella desventura. Si buscaba un culpable de los males familiares que mirara al padre y al hijo. Y porque al Espíritu Santo no le habían dado oportunidad de actuar, que si no... La excusa sonaba a rancia. A mi marido me pega solo lo justo. O cuando me lo merezco. O porque en el fondo me quiere. Al coño de su madre con las culpas de otro.

Fue allí, en aquel salón de estar desconsolado, donde lo comprendí. La ropa de Diana, la humillación de su madre, las urgencias de Sara Arrocha. La esclavitud y el miedo. Jorge era su perdición pero también su sustento. El que las mantenía. Si lo declaraban culpable, si lo condenaban a treinta años de cárcel lo expulsarían de la universidad y al carajo el sueldo y los trienios y la pensión. Todo perdido. Le tenían un miedo brutal, por eso no habían insistido en que aceleráramos la excarcelación. Pero más miedo le tenían al hambre.

Me quedé con la magua de prevenirlas de que para Paola Bortolucci ya no había salvación pero para ellas sí. Con la magua de animarlas a rebelarse contra el tirano. Tuve la certeza de que no iba a servir de nada. *Malhaya quien nace yunque en vez de nacer martillo*. Porque igual que hay un perfil para el maltratador hay un perfil también para la víctima. Dejé las llaves del apartamento de Jorge, ya no las iba a necesitar más. Nos despedimos sin una palabra, para qué malgastarlas. Cuando salí de allí lucía un sol hermoso pero solo por fuera. Por dentro me llevaba una amargura insondable que se unió a la acidez por la puñetera carne mechada de la cena. Anduve no supe cuánto tiempo por la avenida de las Canteras, con la vista perdida y el corazón en un puño.

Mis pasos me condujeron hasta la Puntilla. Sentí la necesidad de regresar a la casa de mi abuelo. A recorrer sus cuartos. A oler su recuerdo. A pasar los dedos por sus muebles. A contemplar las fotografías de un aparador en el que no faltaba nadie, en el que no había nadie a quien debiera ocultarse por vergüenza, en el que nadie dolía. Me senté en su sofá y lloré su ausencia como hacía tiempo no la lloraba.

De camino al almuerzo, por la carretera de Tafira, aún no me había repuesto del sentimiento de orfandad. Llevaba un sabor a pila oxidada en la boca. Y la tristeza se había ensortijado con otras sensaciones igual de descarnadas: el alivio egoísta de quien no ha tenido que sufrir el dolor de Soledad Robaina; la impotencia de no poder hacer nada por cambiar algunas cosas; la rabia de ver a aquellas mujeres anuladas por un hombre. Estaba equivocado: para quien ya no había salvación era para ellas.

Lo que sí hice nada más llegar a su casa fue abrazar a Beatriz. Ella debió de notar que algo no andaba en su sitio porque al separarnos me miró como a un desconocido. Me presenté, Buenas tardes, señora. La besé, Un placer conocerla. Le acaricié la cara y la besé, Me llamo Ricardo Blanco. Pasé los dedos por su pelo castaño y la besé, Venía a ver si me invitaba a usted a almorzar. Ella sacó a pasear una sonrisa amplia y luminosa, Vaya, Ricardo Blanco, pues sí que tenía usted hambre.

Me recompuse lo mejor que supe para no aguarle la fiesta. Pelar la cebolla para unas carrilleras que quería prepararle a su padre ayudó a disimular mi ahogo. Pero estaba escrito que aquella mujer que sonreía al otro lado de los fogones había llegado para redimirme, para salvarme acaso de mí mismo. Lista como el hambre, puso sobre el poyete una noticia que había escuchado esa semana en la radio. Resulta que solo el ocho por ciento de la población encuestada reconocía haber logrado cumplir sus sueños. Ajá. Solo el ocho por ciento. Lo que venía a decir que el noventa y dos restante era infeliz con la vida que llevaba. Nueve desdichados de cada diez adultos parecía una barbaridad, ¿no?

Y tanto. A mí la cifra me resultaba exagerada. Valía que no todo el mundo alcanzara la felicidad plena en su vida diaria pero de eso a una legión de infelices por las calles iba un abismo. Beatriz removié el fondo del caldero para que no se le pegara la carne. Sacó la cuchara de madera con un pizco de salsa espesa y ocre de la que sobresalía un trozo de zanahoria, sopló para enfriarla y me la dio a probar. Es que ella había mezclado tanto los sabores que ya no distinguía lo amargo de lo ácido. Me pareció exquisita. ¿Bien de sal? A mí me gustaba así de sabrosa y su padre no estaba para comidas contundentes así que ni se le ocurriera salarla más.

Pensé que habíamos pasado la página de la infelicidad colectiva pero me equivocaba. La farmacéutica no daba nunca puntada sin hilo. Lo de darme a catar las carrilleras era una triste treta para que bajara la guardia y me confiara. ¿Yo era feliz? ¿Había logrado en la vida aquello que soñaba de joven? La abracé por detrás, su pelo olía a una mezcla de champú y tomate frito. ¿De joven? Me gustaba creer que aún era joven. Ya. Por descontado. Pero la había entendido perfectamente. Besé su hombro desnudo. Por descontado. La había entendido perfectamente.

La respuesta se acercaba mucho al sí. Era feliz. Beatriz tenía que haberme conocido veinte años atrás. Me creía un tipo listo, un tipo duro. Pero la mayor parte del tiempo andaba más perdido que el barco del arroz. Así que lo mío no tenía mérito.

Cuando no tienes muchas ilusiones en la vida, por poco que logres, rebasas tus sueños. Beatriz se dio la vuelta. Ya iba a saltar con Qué bonita respuesta, hombre, gracias por lo que me toca, cuando la atajé en el aire. Le puse un dedo en la boca para que me dejara continuar. Porque quedaba lo más importante.

Ocurría que, por si fuera poco haber sobrevivido a una vida delirante y serpentina, había llegado ella para darle sentido a muchas cosas que antes no lo tenían. ¿Como qué? Como cocinar juntos unas carrilleras que ni siquiera iba a probar después. No. Por ahí no iban los tiros. Ni me estaba quejando ni tenía tanta hambre. Hablaba de que ella me había convertido en alguien menos egoísta. Para Beatriz la cosa resultaba fácil porque era madre. Cuando se tienen hijos uno descubre que ha dejado de ser el centro del universo. Uno pasa a convertirse en gregario como en el ciclismo. Tu tarea consiste entonces en que los demás, tus hijos, lleguen a la meta. Y te dejas la salud en ello.

Pero yo no tenía hijos. Era un narcisista sin remisión. Hasta que apareció una farmacéutica excéntrica y preguntona y le dio la vuelta a todo como un calcetín. Y entonces allí estaba. Preparando comida para otros y feliz como el nueve por ciento del que hablaba la radio. Ah, era el ocho. Pues más a mi favor. Beatriz dio un respingo, no tuve claro si por la emoción o por la responsabilidad. A ver. Convenía que yo recordara que uno no puede poner la felicidad en manos de los demás. Que a uno no lo completa una mujer (o un hombre) como si hubiera nacido mutilado. Que quizá por eso había tanta gente desdichada.

Prometí que lo recordaría. Pero por lo pronto íbamos a dedicar el resto de la tarde a comer pasta al dente sin nada más que sal y aceite virgen. Y a completarnos sin necesidad de haber nacido tarados. Y a reconocernos con los ojos cerrados. Y a olvidarnos del mundo. Hasta la hora de ducharse y vestirse para la cena con Gervasio y Susana.

A pesar de la prohibición de Álvarez, Beatriz robó de la bodega de su padre un par de botellas de vino. No se iba a presentar allí con las manos vacías. ¿Estábamos locos o qué? Susana, en lugar de recriminarle el gesto, se lo agradeció con una sonrisa y un abrazo. Elogió lo guapa y lo joven y lo delgada que estaba Beatriz y se la ganó para el resto de la noche. La farmacéutica ironizó sobre la juventud y la belleza. Las cremas, que obran milagros. Antes de sentarnos a la mesa las mujeres se confabularon en un aparte y nos hicieron prometer que no habría cadáveres durante la comida. ¿Trato hecho? A mí me fue más fácil complacer sus deseos, al fin y al cabo solo tenía entre manos una muerte. Si Álvarez no veía reparos yo tampoco.

Posiblemente fuera la velada más amable en muchos meses. Se nos pasó la hora en anécdotas y recuerdos de infancia: los de los anfitriones, en sepia; los míos, en blanco y negro; los de Beatriz, en un color satinado y difuso. Pero todos igual de felices. Nadie supo por qué pero los cuatro evocamos el primer hogar del que teníamos memoria. Creo que Gervasio fue el primero, una casa de adobe en plena Edad Media. Como lo oíamos. Había que hacer las necesidades en un cuartucho al

fondo de las plataneras. El excusado. Con un agujero en el suelo y un balde de agua y jabón para limpiarse.

Los demás lo seguimos en una melodía melancólica, excepto Beatriz, cuyo primer hogar había sido un caserón con huerta y caballerizas. Se sintió algo incómoda recordando una niñez venturosa frente a tanta desgracia. Susana la corrigió con energía pero sin un asomo de reproche en su voz. No debía confundir la pobreza con la infelicidad. Que en su casa no supieran lo que era un baño no significaba que no hubieran sido muy felices. Beatriz se sintió algo avergonzada. No había pretendido disgustarla. Susana lo entendió. Le espantó la pena con un beso en la frente, cuando se levantó a servir el segundo plato: una lasaña de verduras del tiempo. Se la oyó decir algo camino a la cocina sobre la alquimia de los años y la dicha. No tuve claro si era la letra de un tango o una cita literaria pero me sentí aludido, dichoso como nadie.

El vino me había soltado la lengua y me atreví a revelar la conversación de la tarde sobre la estadística de sueños incumplidos. Y allí Susana nos desarmó, a su regreso, con una confesión. Ella siempre había soñado con una vida junto a Gervasio. Desde la primera vez que lo vio en una procesión de Viernes Santo. Le hubiera gustado tener más experiencias que relatar pero solo había habido un hombre. Y estaba en aquella mesa, a su lado. Álvarez se vio abrumado por el arranque de intimidad de su mujer, No le hagan ni caso; la última vez que contó esa historia ocurría en fin de año y la penúltima un verano en las Alcaravaneras y la anterior...

Beatriz lo interrumpió. A ella le daba lo mismo el origen del cuento. Le parecía igualmente un cuento de hadas. Pidió perdón por no haber seguido su consejo. No hubiera podido, no hubiera sabido y, sobre todo, no quiso. ¿Por qué? Porque de haberlo hecho aún estaría unida a un hombre que no lo merecía. Y lo peor: se hubiera perdido conocer al que estaba en aquella mesa, a su lado. Brindé, orgulloso, por eso. Por una mujer que se había redimido de la amarga experiencia de un marido indigno. Una mujer que, como tantas, se había propuesto sacar a delante a sus hijos y a sus padres solo con su coraje. Recordé mi amarga visita a Soledad Robaina. La humillación de aquellas dos mujeres. Su miedo a la libertad.

Con el café, la anfitriona nos levantó la veda para hablar de lo que quisiéramos. Nos habíamos portado bien en la cena. Había disfrutado como una niña. Hablando de niñas, Álvarez tomó la palabra para tranquilizarme con una buena noticia: Chiara Alberganti se estaba recuperando rápido. El prodigio de la juventud. En un par de días le darían el alta. Había ido a visitarla por la tarde a San Roque y convenía conmigo en su aspecto frágil e infantil. Pensar en Jorge del Amo manteniendo una relación con una amiga de su edad le escocía.

Susana le recordó que ella frisaba los diecisiete cuando Gervasio le robó el primer beso. Y eso sí que había sucedido en las Alcaravaneras, que otra cosa no pero la cabeza la tenía estupenda. Claro. Diecisiete años. Pero él tenía veintidós, no cuarenta. Y en algunas cuestiones era tan niño como ella. Beatriz, que había mantenido un

silencio cauteloso tras sus últimas intervenciones, proclamó su más absoluta ignorancia. ¿Sobre qué? Sobre esa siniestra necesidad de los hombres por mantenerse jóvenes a costa de la inocencia de las adolescentes. Había visto *Lolita* varias veces y en todas la desconcertaba James Mason. Y que no le vinieran con la martingala de la turbación que puede producir la belleza de una muchacha. El síndrome de Stendhal vale para los museos, no para los vestuarios de las chicas de universidad.

Yo entendía su postura y en buena parte la compartía pero me dio por hacer de abogado del diablo. A veces en mi oficio eso marca la diferencia entre la luz y la oscuridad. *Lolita* no solo era una historia de amor descompensado entre un hombre mayor y una muchacha. En la novela el hombre mayor no domina la situación, casi nunca lo hacen, y la muchacha no está tan desvalida. Venía a ser una lucha entre lo que se tiene y lo que se desea, una búsqueda de lo imposible. Beatriz me fulminó con la mirada: ¿Te vas a poner ahora de parte de Del Amo?

—Y dale con la matraca. Que no esté contigo no significa que esté con él.

—Es que a veces, Ricardo, no te entiendo.

—¿Por qué? ¿Porque no creo que tener una novia joven sea tan descabellado?

—Porque a ti no te gustan las muchachas jóvenes.

—Tampoco me gustan las corridas de toros y no voy a fusilar a todos los toreros.

—Me estás saliendo por peteneras. ¿A qué viene ese cambio de actitud? Hace unos días dudabas de la moral de tu cliente.

—Y sigo dudando. Pero verás: anteanoche ocurrió algo curioso. Inés me está ayudando con la investigación. Y se dejó caer por Mendizábal para ver si alguien había visto a Del Amo el jueves anterior. Mientras hacía preguntas le salió un pretendiente de veinticinco años. Ella, claro, se lo quitó de encima como a una mosca verde. Pero a mí me hizo gracia.

—¿Te hizo gracia?

—Me hizo gracia, sí. Me pareció moderno y, si me apuras, hasta revolucionario. Me gustó, vaya. Y entonces pensé en Jorge y en Paola. ¿Por qué voy a condenarlos por algo que, de haber sucedido al contrario, me hubiese resultado divertido?

—Porque la muchacha está muerta. ¿Te parece poco?

—Me parece mucho. Pero no está muerta por haberse liado con un hombre mayor. Está muerta porque alguien quiso joder al hombre mayor. Y, mira por dónde, quizá empezó a quererlo solo porque le fastidiaba esa relación. Quizá empezó a fraguar su sórdido plan cuando los vio juntos tan felices por primera vez y no lo entendió.

—Ya. ¿Y a la segunda estudiante? ¿A quién quería joder el asesino cuando la estampó contra la pared de su casa?

Fui incapaz de explicarle a Beatriz lo del anónimo. Incapaz de decirle que a Chiara Alberganti la había estampado yo, con mis trucos de prestidigitador barato, contra la pared de su casa. Se hubiera ido al garete toda la velada. Le hubieran renacido sus ganas de odiarme. Y no tuve arrestos. Me limité a mirarla. A poner cara

de No tengo todas las respuestas. A desviar la atención. Álvarez no me dejó por mentiroso y salió en busca del Calvados, siempre salvador. Para brindar por que la muchacha había sobrevivido. Y por que bien está lo que bien acaba. Solo que aquello aún estaba lejos de acabarse.

El segundo domingo del caso Bortolucci se levantó tarde y confuso. Cuando abrí los ojos no sabía ni dónde estaba. La habitación olía a *Mademoiselle*, un perfume que le había regalado a Beatriz para su cumpleaños. A mi lado, ella dormía boca arriba con el brazo derecho cubriéndole los ojos y la almohada sobre el pecho. Parecía querer protegerse de un mundo hostil. Un mundo con padres mayores, hijos preadolescentes, exmaridos detestables y un novio terco empeinado en resolver un crimen.

No me atreví a moverme. Beatriz tenía noches de primavera pero despertar de crudo invierno. Su mal humor la acompañaba al baño, la perseguía por el cuarto, la guiaba torpemente hasta la cocina y no se despedía hasta el primer café. Como si supiera que mis pensamientos iban para ella, como si temiese que iba a dolerles, Beatriz se hizo un ovillo de cara a la pared. Me descubrió su pelo enmarañado, un pedazo de cuello y el inicio de la espalda desnuda que se mecía al vaivén de su agitada respiración. Aquella había sido una semana infame con más tiempo de tempestades que de calmas. Desde que había aceptado el encargo de Jorge del Amo todo se había conjurado contra nosotros.

Una semana repleta de engaños. Y yo no estaba libre de culpa. Me había contagiado de la farsa en que se había convertido aquel caso. Y al final una verdad que no se dice es una mentira que se calla. Le había prometido a la farmacéutica cuando regresábamos a casa que el domingo no pensaría en asesinatos ni en asesinos. Pero, como había dicho Chiara Alberganti, pruebe usted a no pensar en algo y ocurre que ese algo no lo deja en paz ni a sol ni a sombra. Aquello valía también para la penumbra de la alcoba. Un hilo de claridad profanaba la pared de enfrente, entre el espejo y el vestidor donde Beatriz tenía sus potingues y sus lociones.

Jamás me había fijado en ellos. Me bastaba con reconocerlos, con disfrutar de su olor. Pero esa mañana el dedo de luz que se colaba por las orillas de la cortina vino a señalar un frasco. No cualquier frasco. El de una crema antiarrugas que yo había visto antes. Me levanté con cuidado. Anduve descalzo, de puntillas, hasta la cómoda. El suelo estaba frío como la madre que lo hizo. Cogí el tarro, lo abrí, me puse una gota de esencia en el dedo, la olí. Olía a Beatriz, ¿a quién si no? Sin duda era un potingue de mujer. Volví a olerlo. De mujer elegante. Leí la etiqueta. Helena Rubinstein. Para las que han cumplido los cincuenta y se sienten aún jóvenes. Joder. ¿Cómo pudo pasármese por alto la forma y la leyenda cuando rebuscaba en el ropero de Jorge del

Amo? ¿De quién era la crema? Porque Paola Bortolucci era la mitad de vieja y yo me sentí entonces el doble de idiota.

Por más que busqué sosiego en Beatriz, por más que me dejé llevar por su corriente plácida, el día se me hizo largo. Me tuve que obligar constantemente a olvidarme de la investigación, que era lo mismo que decir olvidarme de todos mis errores. Me mordí las ganas de agarrar el teléfono y comenzar a hacer llamadas, una tras otra, a un montón de gente a la que necesitaba preguntarle algo. Me hubiera bastado con una pregunta por cabeza.

De manera que me pasé el domingo evocando aquel juego infantil de unir mediante flechas palabras con imágenes. En la columna de la izquierda, media docena de fotografías tan dispares como la de Sara Arrocha y Alemany, la de Santa Ana y Elvira Osorio, la de Jorge del Amo y el portero del edificio donde vivía. En la columna de la derecha, media docena de preguntas que acaso fueran la misma. Al menos tuve la decencia de concentrarme en lo que precisaba concentración.

Porque a Beatriz, según ella por herencia de una bisabuela majorera, le encantaba la siesta del borrego. Muchos fines de semana, después de desayunar, se ponía un chándal, cogía el coche e iba a comprar los periódicos. Luego volvía, se metía en la cama de nuevo y se dedicaba a leer y a dormir. Cuando amanecíamos juntos, la lectura y el sueño se entremezclaban con algún arrumaco, algún beso robado. Los de ese domingo fueron besos con trampa. Había que ganárselos, como en los concursos de televisión: si no acertabas, te quedabas sin premio.

El concurso empezó cuando Beatriz abrió la revista que venía con el periódico y fue señalando anuncios en los que salían jovencitas esqueléticas y pálidas como personajes de tragedia griega. ¿Me gustaban? ¿Me las llevaría a la cama? ¿Las veía como madres de mis hijos o las adoptaría?

—Oh, coño. ¿No quedamos en que íbamos a pasar un día tranquilo sin pensar en muertos y asesinos?

—Sí. Pero esto no tiene que ver con los muertos sino con los vivos. Quiero saber con quién me acuesto.

—A buenas horas te preocupa eso, m'ija.

—Nunca es tarde para saber a qué atenerse.

Cierto. Nunca es tarde. Pero si ella no sabía a qué atenerse conmigo, ¿de qué nos habían servido los últimos dos años? Beatriz levantó una ceja recelosa. Por lo pronto, los últimos dos años estaban en cuarentena. Exacto. Si yo podía cambiar de opinión tan fácilmente, ella también. Allí o jugábamos todos o rompíamos la baraja. Vale. Pero yo había cambiado de opinión con respecto a la manera en que los demás se amaban. Mi amor por ella no ofrecía dudas. Las muchachas que me había mostrado en los anuncios no me atraían lo más mínimo. Les sobraban ángulos. Les faltaban curvas. Parecían de plástico. No me movían ni una tripa.

Pero no ahora que estaba con Beatriz. Jamás me habían gustado las mujeres así. ¿Cómo eran mis novias anteriores? Imperfectas. Muy imperfectas. Con arrugas y

curvas y miedos y contradicciones. ¿Con muchas tetas? A mí con más de dos me daban asco. La risa de Beatriz inundó la alcoba. Me había ganado un beso de los buenos.

* * *

Sus hijos regresaban a media tarde y yo me tenía que marchar. No fue ella quien lo sugirió y yo se lo agradecí. Pero llevaba dos días sin ver a los chiquillos y necesitaba intimidad para recuperar las sensaciones de madre. Para arreglar el descosido que sin duda César habría hecho en sus rutinas con tanta comida basura y tanto relajo. Además, tampoco convenía que me viera al llegar. Ya bastante pantanosa andaba su relación para que yo la empozara más.

Estuvieron a punto de pillarme. Me crucé con ellos en una curva de la carretera de Tafira Baja. César conducía con cara avinagrada y los niños, atrás, no perdían ripio a la pantalla de sus móviles. Anoté mentalmente que, la próxima vez que jugara con Beatriz al concurso de besos, le enseñaría una fotografía de su exmarido y le preguntaría lo de si le gustaba, si se lo llevaría a la cama o si lo veía como padre de sus hijos. Ah, qué tonto. Si todo eso había ocurrido ya. Seguí conduciendo hasta Las Palmas. Al llegar a la avenida marítima, en lugar de girar a la izquierda, hacia casa, giré a la derecha. Si alguien podía estar trabajando la tarde de un domingo era Ignacio Santa Ana.

Tuve que esperar porque el forense andaba en mitad de una autopsia. Un accidente de circulación. Un pibe que no tenía edad de conducir y que iba de cubatas hasta la coleta. Un pibe que al menos había tenido la decencia de matarse solo, de no llevarse a nadie por delante. Tuve que esperar en el peor lugar que existe: la sala de espera de una morgue. Esperar en el único sitio donde no hay esperanza. Había una pareja sentada en el sofá de cuero negro. El hombre intentaba consolar a una mujer sin consuelo. Ella llevaba una rebeca azul puesta sobre los hombros. Y sobre la rebeca, los brazos del marido la acunaban con mimo. Supuse que eran los padres del conductor suicida.

En la media hora que compartimos allí la pareja no pronunció una palabra. Imaginé que aún deberían estar sobrecogidos ante la tragedia. La mujer, en una ocasión, levantó la vista y me miró, toda la tristeza del mundo instalada en su rostro. Pareció preguntarme a qué muerto había venido yo a velar, que tan sereno andaba. O tal vez fuesen otras las preguntas: ¿por qué le había ocurrido a ella?, ¿en qué se había equivocado?, ¿a quién había hecho tanto mal para tal represalia? Intenté confortarla yo también con una mirada que se me quedó renca, falsa. La mujer regresó a su dolor y ya no se separó de él.

Cuando el celador, un tipo enorme con un cuello del tamaño de mi cabeza, se asomó a la puerta de la sala, me costó reconocer mi nombre. Había creído que antes los llamarían a ellos, cuya urgencia era mayor que la mía. Pero Ignacio Santa Ana

había acabado la autopsia y era a mí a quien esperaba. Luego supe por qué, cuando ya era demasiado tarde.

Santa Ana se lavaba las manos en una jofaina que tenía en su despacho, tras una cortinilla de tela blanquecina a medio cerrar. Llevaba una bata azul celeste sobre un pantalón vaquero. Sin siquiera mirarme me saludó, Ya me extrañaba a mí, Ricardo, que tú te contentaras con una llamada telefónica; al final va a resultar que te gusta la sangre. Lo tomé como una invitación y me senté en el sillón delante de su escritorio, Como dice el inspector Álvarez, yo soy como las hienas; siempre me guardo la carroña para el final.

Se lo notaba cansado. Por muy entusiasta que fuera de la medicina forense, la visión de tanto cadáver acababa agotando al más fuerte. Tenía el pelo apelmazado contra el cráneo y la mirada hundida de sueño. Se frotó los ojos. Se rascó la cabeza. Suspiró. Señaló una cafetera eléctrica, Voy a hacerme uno, por si quieres acompañarme; y de paso me cuentas en qué puedo ayudarte.

—Ya he tomado, gracias. No quiero quitarte mucho tiempo. Solo venía a corroborar algo de lo que tratamos por teléfono. Entonces me dijiste que habías hallado rastros de lubricante en la vagina de Bortolucci.

—Sí. Tú preguntaste qué cosa me había chirriado en la autopsia y yo te respondí que un violador con condón.

—¿Y si no hubiera sido un violador? ¿Y si no hubiera sido un condón?

—¿Qué otra explicación cabe? Parece lo más razonable.

—Lo razonable no siempre es lo verdadero, Ignacio. Alguien me dijo hace poco que no hay mayor imbécil que el que cree llevar siempre la razón.

—Coño, ¿me estás llamando imbécil?

—A ti no, hombre. A ti no. El imbécil más grande de esta historia he sido yo. Desde el principio.

—Y eso ¿por qué?

—Porque di por sentado que el asesino violador había sido un hombre.

—Vuelvo a mi argumento inicial. ¿No es eso lo razonable?

—Lo es. Salvo que la violaran con un consolador.

—¿Con qué?

—Me hablaste de lubricante. Recuerdo que pensé en guantes y tú me corregiste. Lubricantes como en los condones.

—Cierto.

—Pues los consoladores también llevan lubricante. Y, aunque no te lo creas, los hay con olor a manzana.

Santa Ana guardó silencio. Le dio vueltas a la nueva alternativa que le proponía. Se levantó de su silla. Se acercó a un mueble que había junto a la puerta que daba al depósito de cadáveres. Abrió el cajón superior. Sacó un cartapacio color blanco con el sello del IAF. Se lo trajo a la mesa. Releyó sus propias notas. Fue señalando con su dedo huesudo las líneas de su informe. Luego tecleó en el ordenador. Buscó una

confirmación. Asintió con la cabeza.

Los componentes, en efecto, venían a ser los mismos en preservativos y consoladores. Y el rastro que dejarían tras de sí también. Pero eso yo ya lo sabía, ¿no era cierto? No exactamente. Más que saberlo lo sospechaba. Le llevaba un domingo de ventaja. Me lo había pasado entero dándole vueltas a esa teoría. El forense se acabó su café ya frío, Entonces, chico, no eres tan imbécil; solo que tu inteligencia va más despacio que la de los demás; intuyo que ya sabes quién mató a la estudiante italiana.

—Una cosa es saberlo y otra demostrarlo.

—Ah, amigo. Eso es trabajo de la policía. Nosotros por lo pronto podemos mitigar el dolor de sus padres.

—Ya te dije que no los conozco y no sé si querrán hablar conmigo. Recuerda que a mí me contrató Del Amo.

—Sí que los conoces. Has estado media hora sentado con ellos en la entrada. Llevan tres días languideciendo allí en espera de que la juez los deje llevarse a su hija a casa. A Sicilia. Al cementerio de Taormina, donde la aguardan sus antepasados.

Si me hubiera clavado un punzón de hielo en el pecho no me habría hecho tanto daño. ¿Cuántas veces tenía que meter la pata en aquel caso antes de solucionarlo? Al final no me iba a salir a cuenta descubrir a la asesina.

Ya no estaban. Se les habrían agotado las fuerzas. Pensarían que un domingo no trabajaba ni el gato. Que ya nadie vendría a darles una buena noticia que llevarse a la boca. Preguntamos al celador, que andaba adormilado en su garita. Acababan de irse. Habían pedido un taxi y habían vuelto a su hotel. No. No dijeron nada. Ellos nunca hablaban. Debían de ser de una zona rural o algo así porque no entendían ni media de lo que les decían.

Ignacio me miró. No tuvo que pronunciar una palabra. Sus ojos extenuados lo expresaban todo. Venían a decir: ¿Ves, Ricardo, por qué me dedico a los muertos?; ellos ya han superado el umbral del dolor. Yo también lo había superado. ¿Estaba igual de muerto? Me fui a casa. A esperar que acabara el maldito domingo. Pero antes quise pasarme por Montevideo. Por si la flauta sonaba y un vecino en una ventana reconocía una fotografía.

A Inés aún le duraba la felicidad. Traía color de trigo de su fin de semana y una sonrisa renovada que no le cabía en la cara. Decidí evitarle el relato de mi visita al anatómico forense. Y el descubrimiento de que, a pesar de todo lo que había luchado por mostrarme la amarga cara del maltrato, a Paola la había asesinado una mujer. Al carajo Lolita y el síndrome de Stendhal. Al carajo el complejo de Peter Pan. Al carajo todo. Una mujer que podía quedar libre de su crimen.

Porque al fin y al cabo yo no tenía nada. Una certeza sin testigos ni pruebas era como aullarle a la luna. ¿Qué le iba a presentar al juez? ¿El hecho manifiesto de que Jorge del Amo había sido amante de una compañera de departamento? ¿La declaración de un toxicómano en la que recordaba a una señora elegante que, en los últimos meses, había rondado el apartamento de Paola Bortolucci y hasta había hablado con ella?

Lo primero era un secreto a voces. Me lo habían dicho los camareros del bar de veterinaria y Sara Arrocha pero yo no supe escucharlos. Lo atribuí a murmuraciones o a celos infundados. Jorge había tenido historias con alguna que otra colega. ¿Y qué? Si las alumnas tenían edad legal, las profesoras ni te digo. ¿Que podían estar casadas? ¿En qué artículo de la ley se penaba la infidelidad? De lo segundo, del testimonio de Jesús Alemany, me había enterado la noche anterior. Pero valía menos que nada. Hasta su perro tenía mejor reputación como testigo.

Desayunamos juntos mi secretaria y yo en una tahona que acababan de abrir en Triana. Pan de semillas recién horneado con queso y fruta. Y zumo de naranja. Y café como para recuperar a un batallón de borrachos. La dejé hablar hasta que se cansó de rendirle pleitesía al sol del Sur y al agua de una piscina con burbujas y a las manos redentoras de un masajista checo de nombre Matías. Ya. En checo se pronunciaba de otro modo, pero el tipo tenía cara de Matías y sanseacabó. ¿Y qué se había hecho del óptico? A la gran puñeta el óptico. Necesitaba una cura de sueño y en las curas de sueño los hombres son un estorbo.

Estaba embriagada. Le faltaban manos para exteriorizar su frenesí. Había sido un fin de semana perfecto. Tanto que al llegar a casa la noche del domingo se sentó a escribir en su diario. ¿Inés llevaba un diario? Sí. Uno muy íntimo en el que registraba emociones que jamás sería capaz de expresar de palabra. Allí estaban sus miedos, sus ilusiones, sus vergüenzas. Y yo podía reírme si quería. La miré a los ojos. Levanté las

manos. Ni por asomo me reiría de algo así.

Se quedó en el despacho con recado concreto de zambullirse en otra piscina: la de la pantalla de su ordenador. ¿Qué debía buscar? Tiendas eróticas en Las Palmas. Qué coño para mí. Para la investigación. Tenía que conseguir los teléfonos. Y llamar. Y preguntar si alguien recordaba haber vendido hacía poco un consolador con olor a manzana. ¿Cómo que para qué? Para lo que se usan los consoladores. Ah, ¿que para qué quería esa información? Ya se lo contaría cuando le diese forma a una sospecha. Por lo pronto, solo necesitaba saber que los condones quedaban descartados.

* * *

El rector iba a llegar tarde. El claustro se le había atravesado con los dichosos ruegos y preguntas y hasta las doce y veinte no iba a poder levantar la sesión. Me pasaron a un cuarto chiquito pero agradable y con unos sillones comodísimos. Olía, gracias a la prohibición de fumar en sitios públicos, a flores silvestres. Me brindaron café o agua. Se ofrecieron a ayudarme en lo que necesitase. Como no hay mal que por bien no venga, la soledad y el retraso de Regidor me dieron tregua para volver sobre la conversación del desayuno. Para enfocar una imagen nebulosa que se me había quedado en el poso del café. La imagen de mi secretaria, una mujer poco dada a los misterios y al romanticismo, escribiendo de noche en su diario.

Recordé lo que le había dicho a Chiara Alberganti al despedirme de ella. Lo de que la claridad se revelaba con el tiempo. Y que, en algún momento de la investigación, un detalle se uniría a una imagen, un olor a un recuerdo y todo encajaría. Profético que me pongo a veces. Pero aún así llegaron la Kawasaki roja, la crema de belleza y ahora el diario. Porque Paola Bortolucci llevaba un diario. Una chica que siembra de pétalos de rosa el cuarto de su novio y lee a Federico Moccia tiene por fuerza que llevar un diario. Un diario en el que se desnudaría, se desangraría, se desviviría.

Recurrí a Álvarez de nuevo. ¿Otro favor? ¿Me creía yo que la policía era la Virgen de Lourdes? Admití que era un favor, sí, aunque estaba por resolverse quién se lo iba a hacer a quién. No. No se me estaba subiendo el pavo. Pero me jugaba la licencia a que lo que destapara con ese favor sería decisivo. Ajá. Por decisivo me refería a que podíamos dar el caso por concluido. ¿Seguía él teniendo crédito entre los colegas suyos que llevaban el asesinato de la estudiante? ¿Podía acceder a las pruebas?

Pues en la consigna o donde quiera que las guardaran debía de haber una bolsa de plástico cerrada con la etiqueta de Bortolucci. Y dentro de la bolsa, un diario con tapas de flores o de corazones o de caballos galopando sobre la hierba verde. Y en el diario, en las páginas correspondientes a las últimas semanas, la muchacha habría escrito el nombre de su asesina. Desde luego que no sabía que iba a matarla. Pero habría escrito algo sobre el miedo y la muerte. ¿Había bebido yo? Ni una gota. Eran

las doce y diez de la mañana. ¿Por quién me tomaba? ¿Por un profesor invitado de la universidad de Warwick, Inglaterra?

Si algo detestaba el inspector Álvarez eran los acertijos. Le sacaba de quicio que jugaran con él al adivina adivinanza. ¿Eso qué significaba? Que o le contaba de principio a fin todas mis conclusiones, sin dejarme carroña para más tarde, o me colgaba el teléfono en ese instante y perdíamos las amistades. ¿Por dónde podía empezar? Por ejemplo, qué vela tenía un profesor inglés en aquel entierro.

Me gustaba mi trabajo. Me gustaban mis reglas y mis secretos. Pero más me gustaban mis amigos. Así que le conté, sin olvidarme nada, lo ocurrido la noche que murió Paola Bortolucci. Y los polvos, nunca mejor dicho, que nos habían llevado a aquellos lodos. Gervasio apenas me interrumpió para colar un coño, un carajo, un no me jodas. O para preguntar y eso por qué, cómo lo supiste, cuántas amantes caben en un apartamento. Al acabar mi narración, eché el resto sobre el tapete. Si me equivocaba, si el nombre de la asesina no aparecía en el diario de la chica, podíamos darnos por jodidos.

El inspector soltó una risa sardónica, No, Ricardillo; podemos darnos por jodidos ya; con lo que me traes no tenemos ni para pipas; conozco a la jueza que lleva el caso, Cristina Roldán-Bejarano; así, con los dos apellidos unidos por un guión con la soldadura que da el linaje; y se le van a saltar los puntos de la risa si le vamos con esta vaina; ni jarta de coca va a encausar a una catedrática de universidad, una de su misma casta, por un consolador, una crema de viejas y las confesiones de una muchacha en un diario con tapas de corazones.

Nos interrumpió el rector, que venía lamentándose de la cantidad de gente a la que le encantaba escucharse en un claustro. Llegó con la secretaria general, una mujer risueña que hablaba como si cantara. Cuando cruzaba la puerta de su despacho, Regidor nos presentó. Pronunció nuestros nombres al aire y sin mirarnos. Le estreché la mano a la secretaria, aún con el móvil colgado de la oreja. Yo era Ricardo Blanco así que Carmen Salinero debía de ser ella. Mientras me despedía de Álvarez en un susurro, el rector dio unas indicaciones a la mujer para que convocara de urgencia a la mesa claustral. Quería cerrar un tema que por lo visto llevaba atragantándosele dos años y no había modo de meterlo a viaje: cuando no faltaba quórum, sobraba oposición.

Al quedarnos a solas me ofreció un cuenco de caramelos con el membrete de la universidad. Lo acepté, más por deferencia que por ganas. Me tocó uno de uva que debía de estar pasado de fecha. Se me pegó su baba al paladar. Mi anfitrión se disculpó un momento para ir al baño, que los rectores también mean. Su broma pretendía romper el hielo pero se notaba a la legua de una mesa de caoba gigantesca que él estaba más inquieto que yo. Aproveché su ausencia para escupir de nuevo el caramelo en su envoltorio y tirarlo a la papelera. Removí un poco los papeles para ocultar mi gamberrada. Y me tranquilizó saber que yo no era el único que renegaba de los empalagosos dulces. Encontré otro de fresa bajo las notas arrancadas de una

agenda.

No era mi amigo. Me caía bien pero no era mi amigo. Así que no tenía que compartir con él toda la información. Esperé a ver lo que tenía que decirme antes de desvelarle mis suposiciones. Habló con parsimonia, jugando a apilar de un modo milimétrico unos folios que había sobre la mesa, a colocar sus ángulos perfectamente paralelos con el borde del escritorio. La de veterinaria no era diferente a cualquier otra facultad, que no fuese a pensarme yo otra cosa. Lo único que la distinguía de las demás era su ubicación: en el norte, entre montañas y algo apartada del mundo. Pasaba que había sido la mejor propuesta que tuvieron cuando nació la universidad, a finales de los ochenta. Por aquello de las granjas avícolas y ganaderas. Sí. De donde tenía que estar cerca era de las gallinas y las vacas.

Regidor tenía el tic del político, que tantas veces había visto yo: incapaz de ir al grano, de proponer una respuesta simple, de explicar un problema sin remontarse a la prehistoria de los tiempos. Le recalqué que yo no pensaba que la Facultad de Veterinaria fuese la casa de los horrores ni que la lejanía la convirtiera en nido de psicópatas y criminales. Incluso lo felicité por un edificio tan moderno y tan bien organizado. Había tenido oportunidad de visitarlo. ¿Lo que más me había gustado? La luz. Lo que más me había gustado había sido la luz tan azul y tan diáfana. Así que no: la distancia no era importante allí. Podía asegurarle que, de haberse dado las mismas circunstancias, víctima y criminal habrían podido haberse conocido en Derecho o en Arquitectura.

El hombre separó su silla del borde del escritorio para cruzar las piernas, Dice usted que las mismas circunstancias; ¿qué circunstancias son esas?

—La de un profesor que se enamora de su alumna. La de una alumna que lo corresponde. La de un departamento en el que todo Cristo está al tanto del asunto. *Esas* circunstancias.

—Eso quiere decir que el móvil no fue académico sino, digamos... pasional.

No se llegaba a jefe indio sin haber cortado un montón de cabelleras. Y Regidor era perro viejo. Se había curtido en mil batallas hasta llegar a aquel despacho. Pretendía espantar el problema como se espanta una pelusilla de la chaqueta. O me ponía a su altura o me comía por las patas. Así que imité su gesto: separé mi silla y crucé las piernas para rebatirle, Mire, señor rector...

—Apéeme el tratamiento, que estamos en confianza.

—Perfecto. Pues mire usted: si el acusado es un profesor y la víctima una estudiante de doctorado, el crimen es académico. La academia está aquí en medio de todo.

—Sin duda, Blanco. Sin duda. Pero no es lo mismo una fruta podrida que un huerto echado a perder por una plaga. Entiéndame: lo ocurrido es aterrador y merece una repulsa, pero mi deber es para con toda la institución. No puedo permitir que cunda el pánico. Hablamos de mil quinientos profesores y veinticinco mil alumnos sin contar al personal de administración y servicio. Eso es mucha fruta. Y una cosa es

que la academia sea el escenario y otra muy diferente que esté en el origen del crimen.

—El escenario ya le digo que no es. A las dos estudiantes las atacaron en el portal de su apartamento.

—¿Eso a dónde nos lleva?

—Dígame usted. He venido a que me cuente lo que se cuece en esa facultad.

Nada. No se cocía nada fuera de lo habitual. Había profesores y alumnos. Se suspendía y se aprobaba. Se investigaba. Se estudiaba en la biblioteca. Se pagaban las matrículas. Había horarios que cumplir. Se controlaba la asistencia de todos. Se gestionaba el pago de la luz, del teléfono, del agua. Se fiscalizaba el número de fotocopias para que no se desmandaran. Lo mismo que en todas partes.

De pronto recogió los documentos con los que jugaba a delineante y los hojeó. El último informe anual del defensor universitario. ¿Qué decía? Decía que, de las doscientas treinta y cuatro quejas presentadas el año anterior por los diferentes estamentos, solo nueve provenían de veterinaria. Menos del tres por ciento. Simple anécdota. Nueve. Y ocho tenían que ver con las matrículas. Lógico. Por culpa de la crisis, muchos estudiantes habían tenido problemas para pagar el segundo plazo. De forma que algunos solicitaban una prórroga y otros una beca. Incluso uno pedía que le devolvieran el dinero del primer semestre.

Regidor pasó la hoja para seguir mostrándome que todo estaba en regla. De pronto se detuvo en la lectura. Pasó un ángel, dos, tres antes de que reaccionara. Levantó la cabeza. Se secó con dos dedos el sudor de la frente. Me miró por encima de sus gafas negras. Ahí estaba. El primer gesto de debilidad del jefe indio. La primera grieta. Debería haber revisado el informe antes de entrevistarse conmigo. De hecho, esa había sido su intención al citarme a las doce. Pero el claustro se le eternizó y ya no pudo. Ahora era tarde. Acababa de ver algo que contradecía su versión idílica del mundo. Y no tenía tiempo de armar una defensa.

Cerró el dossier y continuó perorando sobre las bondades de la vida académica. Pero ya sonaba falso hasta para él, acostumbrado a ordenar con palabras el caos. Habló sin convicción de los magníficos programas, de los equipos de investigación, de los premios recibidos por esos equipos de investigación. Habló de la necesidad de que hubiera competencia entre ellos, de las exigencias de los nuevos planes europeos, de cómo había mejorado la enseñanza superior en los últimos años. Recalcaba cada sílaba para subrayar su discurso. Un discurso de autómatas, exhibido cien veces desde su nombramiento.

Entonces se detuvo. Imagino que comprendió que el informe era público. Que estaba colgado en la web de la universidad. Que lo primero que yo haría al salir de allí sería tirarme de cabeza a un ordenador a consultarlo y él ya no estaría delante para ordenar el caos. Respiró profundo. Se aflojó el nudo de la corbata. Me pasó el documento. Descolgó el teléfono. Pidió que lo pusieran con alguien. Esperó.

El silencio se espesó como el humo de un puro. Y yo no pude más que

solidarizarme con el hombre. Su angustia no era fingida, se lo veía herido de verdad. Antes de empezar a leer la memoria anual, cogí otro caramelo, lo abrí, me lo metí en la boca y tiré el envoltorio a la papelera que era mi forma de quemar las naves. Por suerte, esa vez tocó de anís.

Después de su conferencia telefónica, volvió a mí. Me traía una explicación que no explicaba nada. Él lo sabía. Una explicación que no podría devolverle la vida a Paola Bortolucci. Porque se trataba de eso. Se trataba de ella. La novena queja de veterinaria, la que faltaba por examinar, había sido presentada por una estudiante de doctorado. Acusaba a una de sus profesoras de acoso. De interferir en su trabajo. De atosigarla con tareas que nada tenían que ver con su investigación. De seguirla incluso hasta su casa. De acusarla de trepa. De llamarla zorra siciliana.

Esas reclamaciones, Regidor necesitaba que yo lo creyera, eran muy infrecuentes. Y, cuando se daban, seguían un estricto protocolo. Había un careo entre el denunciante y el denunciado, conducido por el decano, el jefe del departamento y otro miembro de la junta de facultad. Muy riguroso todo, me lo aseguraba. Nada de paripés. Si alguno de los afectados presentaba testigos, el asunto llegaba a él. Si no, ocurría como en cualquier juicio (la palabra de uno contra la del otro) y se archivaba. Paola Bortolucci no había presentado testigos. Y Elvira Osorio no los necesitó. La avalaba una trayectoria académica e investigadora intachable. Nadie en su sano juicio creería lo de zorra siciliana.

Regidor se preguntaba, a toro pasado, cómo no había trascendido aquella denuncia al círculo más próximo de Paola. Que no llegara al Rectorado tenía un pase pero que sus amigos de piso, su familia, el profesor Del Amo no hubieran conocido nunca el acoso que sufría la muchacha era una píldora difícil de tragar. La vergüenza y el miedo estarían sin duda detrás de su silencio. Sí. La vergüenza de que sus compañeros supieran lo que estaba ocurriendo, de que sus padres la vieran como una niña débil que no sabía defenderse sola. Y el miedo de que Jorge se tomara la venganza por su mano, de que cometiera una locura contra su colega. Bortolucci posiblemente solo buscaba que acabara la pesadilla. Y tal vez le bastase con el careo frente a su acosadora delante de la decana.

Lo que no pudo descifrar el Rector, llegados a ese extremo de fealdad, fue cómo la demanda de acoso se le había pasado por alto a la policía. Ahí intervine yo. No se trataba de fealdad sino de torpeza y prejuicios. Se les había pasado porque ya tenían un sospechoso con pinta de culpable. Un tipo con antecedentes de maltrato, con fama de chulo y mujeriego y que, siempre según su criterio, se había *aprovechado* de su posición para seducir a una alumna de *veinticuatro años*. Una inmundicia de hombre, vaya. Registraron su casa y hallaron evidencias de esa relación *casi pederasta*. La autopsia reveló restos de su semen en la vagina de *la chiquilla*. Y el sospechoso, para colmo, se mostró *contradictorio* en su declaración. Nadie había aportado testigos. Pero a Jorge del Amo ya no le servía su palabra contra la de la otra porque la otra estaba muerta. Y no hay guerra más perdida que la que se entabla con los muertos.

A la hora de desovar, cocodrilos y tortugas entierran sus huevos en la arena. Y no es la naturaleza sino la temperatura de la tierra la que determina el sexo de las crías. Por encima de veintinueve grados son todas hembras. ¿Y eso explicaría la rabia de la asesina? Jamás. Solo que a Ignacio Santa Ana le vino a la memoria el documental cuando le revelé los entresijos de la muerte de la estudiante italiana. Tal vez fuera otra forma de enfocar la distancia, sugerida por el rector, entre un crimen pasional y uno académico. ¿Sería el académico un crimen de menos de veintinueve grados, un crimen masculino? Nunca. Pero una mujer no mataría por una cátedra de patología animal.

Una victoria amarga. La retórica lo define como oxímoron, la combinación en una misma estructura sintáctica de dos palabras de significado opuesto. Pero a mí me pareció una consecuencia lógica de aquellos nueve días de primavera. Una victoria amarga. Nadie se sintió vencedor. A nadie satisfizo la verdad. No vi sonreír, disfrutar, suspirar de alivio a ningún personaje de tremenda tragedia.

¿Los padres de Paola necesitaban de verdad conocer los detalles de la muerte de su hija? ¿Los ayudaba en algo? ¿Aminoraba su desconsuelo? Quién sabe si se hubieran contentado con llevarse los restos a Taormina en la más completa ignorancia. Con creer que a la muchacha la había sorprendido la muerte así sin más, de repente, indolora, subiendo o bajando una escalera. Según Álvarez, que los despidió en el aeropuerto, después de aquellas horas de espera habían perdido, además de la palabra, la luz. Sus ojos se habían apagado. Se habían echado de golpe veinte años encima. Querían agradecerle a la policía, al forense, a la jueza Roldán-Bejarano sus servicios. Pero el machetazo dolía tanto que les salió una mueca turbia, negra. Eran gente de fe, le confesaron. La iban a necesitar. Porque habían enviado a su única hija a salvar al mundo y se la habían devuelto crucificada.

La pérdida de las tres mujeres de Del Amo resultaba más difícil de calibrar. Nadie las fue a despedir a ningún aeropuerto y, sin embargo, también iniciaban un viaje. Un viaje largo y oscuro. Una vuelta al mismo infierno del que querían escapar. Habían vendido el futuro por un plato de lentejas y no había miel que endulzara el agrio sabor de boca. El consuelo de que su hijo, su hermano, su exmarido no fuese un asesino violador no lograría jamás contrarrestar la vida perra que les aguardaba.

A Jorge del Amo, por su parte, lo esperaba un taxi a la salida del Salto del Negro.

Y un taxista desconfiado que se pasó el trayecto acechándolo de reojo por el retrovisor no fuese que al recluso le diera por atracarlo o algo así. Y el regreso humillante a un apartamento vacío. O peor, a un apartamento lleno de recuerdos tristes. O peor, a un apartamento lleno de felices recuerdos que nunca habrían de volver. Lo vi de nuevo una sola vez, cuando vino al despacho a saldar su cuenta la semana siguiente. Y hasta Inés se sintió conmovida. Era un muñeco roto, un hombre que arrastraba la mirada. Muy lejos del tirano miserable que todos esperábamos.

Venía a que le mintiéramos. A que le aseguráramos que Paola no había sufrido tanto como decía la autopsia. Otro iluso. Porque las autopsias no se encargan para un muerto feliz. Nadie llama a un forense cuando alguien muere en la cama, de viejo, rodeado de sus nietos. Esa estampa no encaja con una mesa de disección. Allí hay sangre. Y desgarros. Y violencia. Los instrumentos que se usan en un lugar así calan sobre mojado. Sobre músculos rotos y arterias destrozadas y piel herida. Así que no. De aquella condena no lo libraría ni Dios.

La sola idea de que Paola había muerto por su culpa, ¿por quién si no?, lo atormentaba. Llevaba dándole vueltas a los últimos meses buscando hallar la clave de su ruina, el momento en que se había ido al carajo todo. ¿Había creído acaso que su relación con la muchacha iba a pasar desapercibida? ¿Que nadie a su alrededor echaría cuentas y compararía y sufriría con la comparación? Pues entonces es que no entendía nada de nada.

Era el problema de los maltratadores, que no se molestan en analizar el paisaje después de la batalla. Antes sí. Antes estudian los movimientos de sus víctimas, sus rutinas, el trayecto que hacen de casa al trabajo y del trabajo a casa. Aprenden de memoria los lugares donde beben agua, los amigos y los enemigos de la presa. Y así actúan: se hacen los contradizos con unos, se alían con otros, acechan, tienden trampas. Pero eso hasta que termina la caza. Después de saciar su hambre, abandonan los restos a los buitres.

¿Y qué ocurre después? Después ocurre que el tiempo es circular y las emociones como los bumeranes, que siempre andan volviendo. Y, si no, que se fijara en los refranes que se han escrito para situaciones como esa: donde las dan las toman, quien a hierro mata a hierro muere, a cada cerdo le llega su San Martín... La presa malherida se rehace. Se cura de todas las lesiones menos de una, que es la que más duele. Desanda el camino a rastras si hace falta hasta llegar al origen de su perdición. Y espera. Espera. Espera. Y una mañana se le presenta la oportunidad de dar cumplida cuenta a su venganza. Una oportunidad en forma de muchacha hermosa, de muchacha con la vida bullendo a borbotones, con la sonrisa juvenil y la mochila de estudiante de doctorado. Y entonces urde un plan.

Pero no hubo plan en aquel caso. Al menos no uno trazado desde el principio, diseñado sobre un mapa con señales rojas en puntos estratégicos y relojes sincronizados. No. Fueron quizá pequeñas pinceladas tejidas sobre la marcha que vinieron a desembocar un jueves por la noche en el mar de Mendizábal, que es el

morir y el violar y el matar, todo junto.

La fortaleza de Elvira Osorio tardó varios días en desmoronarse. Fue reconociendo los hechos de un modo fragmentado: ahora una fecha, luego un lugar, después la coincidencia de ambas cosas. Cuando la detuvieron en su casa acababa de almorzar y se disponía a sentarse a escribir un artículo que le habían pedido de una revista de primera fila. Su sorpresa fue enorme. Replicó que era un disparate, un terrible error. Negó todos los hechos. Amenazó con una demanda por hostigamiento. Le dijo a su marido que a la hora de la cena estaría de vuelta, que no se preocupara.

La mujer repitió hasta la saciedad un sermón aprendido, memorizado para soltarlo en caso de necesidad, con la certeza de que ese caso no se daría nunca. Sin embargo, doce días después del crimen, se dio y la pilló desprevenida. Se había ido olvidando de la falsa coartada, ya no esperaba tener que declarar ante nadie. Por eso la tarde en que la comisaria Aurelia Caballero (alguien tuvo la feliz idea de darle el mando de la investigación a otra mujer) la sentó en la sala de interrogatorios se la pasó intentado recitar de corrido. Pero con las excusas inventadas ocurre como con los espejos: por mucho que pretendas fingir y distorsionar, la imagen está ahí, frente a ti. No puedes esquivarla.

Elvira Osorio pretendió esquivar la verdad, su imagen del espejo, con artimañas que no podían sostenerse. Las primeras treinta y seis horas se mantuvo firme en su papel: era alguien por encima de frivolidades mundanas, alguien tan importante, tan ocupada que por no tener no tenía ni tiempo de enamorarse, qué chiquillada. Repitió la monserga que me había soltado a mí en su laboratorio. Aquello de la heroína superviviente en un mundo de hombres, de la que viene de vuelta de emociones tan simples como el deseo, los celos o el rencor. No mencionó nada, por supuesto, de la edad. ¿De qué le iba a servir ante otra mujer?

Había sido amante de Jorge. Matías Álamo, el portero del edificio de Del Amo, la reconoció. El hombre no podía asegurar con exactitud cuánto había durado la relación pero al menos recordaba dos San Valentín que pasaron juntos en el apartamento. Para no creer en el amor, bien cursi que resultaba eso. La crema hallada en el ropero era la misma que ella acostumbraba a ponerse, si bien eso no serviría de nada en un juicio: era demasiado común; el último año se habían vendido casi dos mil unidades en Gran Canaria. Lo que sí sirvió, lo que no era tan común ni se vendía tanto fueron un centenar de mensajes de teléfono, con confidencias y fotos incluidas que harían enrojecer al mismo Casanova. Osorio se había cuidado mucho de que nunca se le viera la cara en las fotografías. Pero su marido no era hombre que viniera de vuelta de emociones simples y testificó, con el rostro teñido de roja vergüenza, que las otras partes del cuerpo desnudo que se veían en los mensajes eran de ella.

No hacía falta una carrera de Derecho para demostrar que esa correspondencia telefónica no convertía a la profesora en asesina. Pero probaba su implicación en el asunto. Ya no le valdría su pretendida imparcialidad, el gélido distanciamiento que había mostrado desde el primer instante. Su credibilidad se resquebrajó pronto. Y, con

ella, la pose y la nobleza. Aurelia Caballero, con toda la mala leche del oficio, ordenó que enchufaran el aire acondicionado. En una sala fría como un témpano a Osorio poco a poco se le fueron bajando los humos. Primero pidió un té, luego una rebeca, luego un abogado. Ninguno de los tres le sirvió de abrigo.

Porque luego fueron llegando testimonios cruciales que la comisaria le fue poniendo sobre la mesa con una insistencia machacona: no bien la detenida se recobraba de un aprieto, ella le caía encima con el siguiente sin dejarla coger resuello. El manifiesto de Florencio Arnaiz. El de Jorge del Amo. El de Natividad Ventura, la dueña de una tienda de artículos eróticos de Mesa y López. Pero sobre todo el diario de la estudiante (¿cómo no iba a existir un diario?; ¿a quién iba a contarle Paola su padecimiento?), en el que relataba con una espantosa crudeza su martirio. Y de repente el frío se convirtió en el menor de los problemas de la profesora.

La comisaria y la jueza que dirigían la causa coincidieron en una pregunta: ¿cómo se explicaba que a una mujer casada, que volvía cada noche a dormir con su marido, pudiese enfurecerle tanto que su amante tuviera otras historias?, ¿no se suponía que la segunda regla de los amantes (la primera es la discreción) debía ser la independencia? Osorio les sonrió de un modo despectivo. ¿Habían tenido ellas amante alguna vez?; pues entonces no lo entenderían.

El sexo es más corrosivo que el amor. Se te mete en la sangre como un virus y poco a poco te va infectando el alma. Te obsesionas. El dolor por la pérdida es infinitamente mayor. Elvira Osorio hubiera aceptado el engaño de su marido, al fin y al cabo hubiese sido lo normal después de tantos años de convivencia. Incluso encerraba cierta justicia poética, cierto orden en el universo del matrimonio. Pero que Jorge se atreviera a compartirla, a sustituirla tan pronto (encima por una niñata) la cegó.

Intentó separarlos por el eslabón más débil: minando la seguridad de la niñata. Acosó a Bortolucci hasta la angustia. Con todas las emboscadas de que fue capaz, las que la estudiante había denunciado y alguna otra de la que ni siquiera Paola se atrevió a informar. La amenazó con destruir su carrera, con avisar a sus padres, con emitir informes desfavorables ante la comisión de doctorado. Hubo un momento en que creyó verse libre de su rival, cuando supo que también Florencio Arnaiz se había embobado con ella. Los vio una tarde juntos en su moto y sintió que se le abrían los cielos. Pero la historia no duró. Al final resultó que la italiana sí que estaba enamorada de Jorge. Y si el sexo corroe, el amor resucita.

El momento fatal, el que la decidió a emprender su venganza, el que Jorge del Amo no acertaba a entender, lo que demostraba su insensibilidad, llegó la tarde en que se citó con él para proponerle reanudar su historia. No pretendía que la amara, solo que la dejara volver alguna vez a su cama, que la dejara quererlo como habían hecho tantas noches en que Elvira se escapaba de casa con la excusa de una cena o una reunión. Su marido no había sospechado jamás porque ella se cuidaba de regresar antes de medianoche y oliendo a su crema de siempre. Se lo propuso, se arrastró a

pedirle por favor que volvieran a ser algo, lo que fuera, las migajas de lo que fuera que hubieran sido una vez. Y el muy cabrón se rio en su cara, Osorio aún recordaba la cara de cínico. ¿Volver con ella? ¿A su cama? Su cama ya estaba ocupada por alguien que no necesitaba cremas. Le describió el panorama con la muchacha: unas tetas firmes, un culo prieto y una vida por delante.

Así que no hubo plan. Tan solo rabia. Y paciencia. Y un jueves de cañas y tapas en Vegueta. Y una vieja habilidad para falsificar las firmas. Y lo que es la vida: la estrategia del hurón. Sí. También la estrategia del hurón. Osorio le dejó una nota a Florencio Arnaiz en su despacho, imitando la caligrafía de Paola que conocía de algunos trabajos y exámenes escritos. Se citó con él en Mendizábal a medianoche. Pero la cosa no resultó como esperaba. Resultó mejor. Porque la trampa era para Florencio. Ella había previsto que su colega apareciera por Vegueta. Que Paola se enfureciera. Que discutieran en público. Que los vieran los amigos de la italiana. Y que al día siguiente la policía sumara dos y dos y les diera una estudiante muerta, un profesor enrabiado y su amor de nuevo libre para ella sola.

Sin embargo, nadie los vio discutir. Ni marcharse juntos. Tal vez a Bortolucci se le quitaran las ganas de fiesta y Arnaiz solo encontró la manera de disculparse llevándola en moto a casa. Osorio los oyó llegar desde el entresuelo del zaguán. Sintió pánico. Pensó que iban a subir juntos y la descubrirían y a la gran puñeta su reputación y sus propósitos. Pero se despidieron en el umbral de la puerta. Hablaron un minuto. El profesor se disculpó otra vez y juró que no había sido su intención molestarla. Le suplicó, el muy cobarde, que no dijera nada de aquel encuentro. Y la alumna entró sola. Con el bolso en bandolera, el teléfono en una mano y una botella de coca cola en la otra. Se acercó al ascensor. Agachó la cabeza para mirar la hora en el móvil.

Lo demás venía recogido en la autopsia. Todo excepto lo que Elvira Osorio le dijo a la chiquilla mientras le tapaba la boca para que no gritara y la ensartaba con la botella de refresco y un consolador con olor a manzana verde, comprado dos días antes en Más Erótica, la tienda de Natividad Ventura en Mesa y López.

* * *

Acudí acompañado por Inés y Beatriz al juicio oral contra la profesora, después de que Álvarez nos consiguiera un pase. Quería que las dos oyeran, sin intermediarios, las cosas que se iban a decir allí. No me sentí con fuerzas de repetir las luego, de aguantar la bronca por exagerar un detalle o minimizar otro. Nos sentamos en la última fila, azocados detrás de una marabunta de periodistas. No había ningún representante de la universidad ni de la familia. La jueza fue leyendo las declaraciones de testigos que no quisieron estar presentes. Ni Jorge ni Florencio ni siquiera el marido de Elvira Osorio, ya bastante bochorno había sufrido reconociendo a su mujer en fotos guarras enviadas a otro hombre. La profesora estaba sola junto a

su abogado, un tipo calvo y flácido con cara de funcionario.

Salvo el momento en que le espetó a Cristina Roldán-Bejarano, con todo el desprecio del que fue capaz, lo de que no tenía ni puñetera idea de lo que se siente al perder a un amante, la detenida se acogió a su derecho de no declarar. Mantuvo la mirada baja y los brazos cruzados contra el pecho. Ni las duras palabras que la jueza le dedicó al hablar de su ignominioso crimen la movieron un milímetro de su sitio. El fiscal pidió sesenta años de prisión para ella, cuarenta por asesinato premeditado y la mitad más por tentativa en la persona de Chiara Alberganti. El abogado le susurró algo a Osorio y esta negó con la cabeza. Y así hasta la vista definitiva.

Pocas ganas de hablar nos quedaron aquel mediodía de finales de marzo al salir de los juzgados. Callejeábamos por la ciudad vieja haciendo un ruido de reloj cansado. Cada uno con su cruz a cuestas. A Inés debía de remorderle haber defendido a quien menos lo merecía. Beatriz debía de andar pensando en su propia condena. A mí no sé por qué me horrorizaba lo único que ignoraba del caso Bortolucci: las últimas palabras que oyó la pobre chica antes de morir.

La primavera se desperezaba. El sol había vuelto a salir tras unos días de panza de burro. Las niñas de un colegio, pulóver rojo y falda gris oscura, salían de clase riendo y chillando. Una pasó corriendo a nuestro lado. Se le cayó con las prisas una bufanda azul. Se la recogí en el aire, antes de tocar el suelo. La chiquilla sonrió, Gracias, señor; fuertes reflejos; esta bufanda es mi vida, ¿sabe?; me la regaló mi abuela. Le respondí, De nada, mujer; pero ve con cuidado, no vayas a perder algo tan importante. Ella siguió camino, ya sin prisa, aferrada a su prenda más preciada. Inés y Beatriz sonrieron melancólicas. Y a mí se me quebró algo en el pecho por otra niña a la que no había podido salvarle la vida antes de tocar el suelo.

Las Palmas de Gran Canaria, primavera de 2015